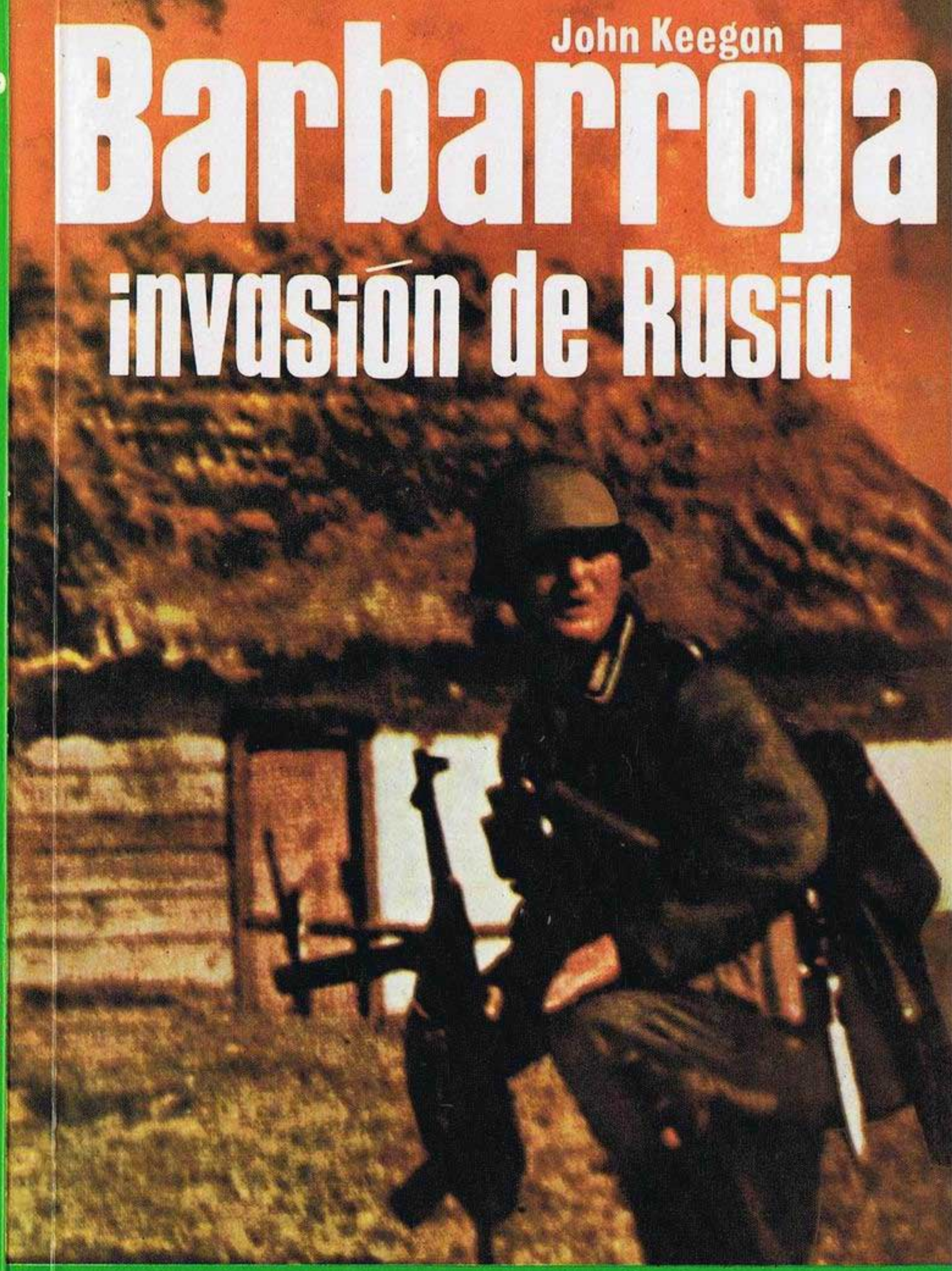
John Keegan

Barbarroja

invasión de Rusia



San Martin Historia del Siglo de la Violencia

SM

campañas libro n.º 4

John Keegan
BARBARROJA
libro n.º 4
San Martín

Barrie Pitt presenta la historia ilustrada del siglo de la violencia que edita San Martín

La cronología del siglo XX es un catálogo de violencia como jamás hasta ahora conociera el mundo. Dos guerras a escala mundial han señalado las cimas de la inevitable inclinación del hombre hacia la violencia; pero el período no ocupado por esas guerras no ha sido menos violento: la humanidad no ha cesado de prepararse para la violencia, de ejecutar actos violentos o de ocuparse de sus consecuencias.

Cuanto más capaz se hace la raza humana de controlar el medio que la rodea, más le empuja su ansia de autoafirmación a poner en peligro ese medio con el uso de la violencia. El instinto de luchar y destruir parece ser tan básico en la naturaleza humana como el instinto de amar y crear.

Para comprender mejor este siglo de violencia, **San Martín-Ballantine** inicia ahora la publicación de una extensa colección, la **Historia Ilustrada del Siglo de la Violencia.** En ella se integrará la historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial, que tan enorme éxito tiene, y que continuará ofreciendo las series ya conocidas por sus lectores. Seguirán apareciendo los libros de Batallas, Campaña y Armas de la Segunda Guerra Mundial, y se ampliarán para incluir otras batallas, campañas y armas de todo el siglo de otros períodos y diferentes países, desde Corea hasta Vietnam y desde la España de 1936 hasta las luchas revolucionarias de América del Sur. Aparecerán además series nuevas. **Personajes** presentará biografías de los hombres: unos, de reconocida grandeza; otros, de infausto recuerdo, que arrastraron a la humanidad a la violencia o que emplearon la violencia para dirigir la lucha por la paz. Ya se han publicado las biografías de **Patton, Skorzeny** y **Hitler.** Pronto les seguirán las de **Tito, Churchill,** etc.

Los libros irán, en todos los casos, profusamente ilustrados. El siglo XX ha sido la era de la cámara fotográfica, gracias a la cual han podido desarrollarse nuevas técnicas de presentación. Hemos demostrado bien el dominio de dichas técnicas con la **Historia Ilustrada de la Segunda Guerra Mundial.** Dondequiera que haya tenido lugar un hecho de violencia ha habido una cámara pronta a registrarlo. El equipo de investigadores de la colección ha recorrido los archivos públicos y las colecciones particulares de todo el mundo en busca de las mejores fotografías, para que todos los libros vayan inmejorablemente ilustrados. Los textos se deben a las plumas de los escritores y comentaristas más competentes del mundo, cada uno experto en su campo. Todos son concisos y de fácil lectura; textos e ilustraciones componen juntamente una nueva forma de presentar la información. Los libros ilustrados de San Martín son un nuevo tipo de libros para el lector moderno.

Barbarroja: La invasión de Rusia en 1941

John Keegan: autor de Barbarroja

John Keegan nació en Londres en 1934. Se educó en el King's College de Tauton, y en el Winbledon College y Balliol College de Oxford, donde se especializó en historia militar. Desde 1960 es profesor de historia militar en la Real Academia Militar de Sandhurst. Ha escrito numerosos artículos sobre historia militar, estrategia y asuntos internacionales.

John Keegan

Barbarroja: invasión de Rusia 1941

Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt
Dibujo: David Allen
Cubierta: Denis Piper
Dibujos Especiales: John Batchelor
Investigación Gráfica: Benedict Shephard
Cartografía: Richard Natkiel

Las fotografías de este libro han sido especialmente seleccionadas de los siguientes archivos:
De derecha a izquierda: páginas 2-7 Bundesarchiv; 8-9 Paul Popper Ltd; 10-11 Süddeutscher verlag; 14 Paul Popper Ltd / Südd Verlag / Südd Verlag / Pictorial Press; 15 Pictorial Press / Novosti / Novosti / Imperial War Museum; 16-17 IWM; 18 Paul Popper Ltd; 19 Südd Verlag / Pictorial Press; 20 Paul Popper Ltd / Südd Verlag / Südd Verlag; 21 Südd Verlag; 21 Südd Verlag; 22 Südd Verlag / Pictorial Press; 24-25 Novosti; 26-27 Südd Verlag; 28-29 Paul Popper Ltd; 30 Südd Verlag; 35 Ullstein; 36 Ullstein / Ullstein / Südd Verlag; 36-37 Südd Verlag / Ullstein; 39 Ullstein; 40-49 Südd Verlag; 50-56 Ullstein; 58 Südd Verlag / Ullstein; 59 Ullstein; 60-61 sin indicación; 62 Pictorial Press; 62-63 Südd Verlag / Sado Opera Mundi; 64 Südd Verlag / Associated Press; 66-67 Ullstein / IWM; 68-69 Ullstein; 70-71 no credit; 72-73 Südd Verlag; 74 Bundersarchiv; 76-85 Ullstein; 86 Bundersarchiv; 88-95 Ullstein; 96-97 Südd Verlag; 98-99 Südd Verlag / Ullstein; 100-101 Südd Verlag; 102-103 Ullstein 104 Novo sti; 105 Pictorial Press; 106-108 Südd Verlag; 110-111 Pictorial Press; 112-114 Südd Verlag; 114-115 Sado Opera Mundi / Südd Verlag 116-117 Südd Verlag; 118-119 US National Archives; 120-121 Ullstein- 122-124 IWM; 125-127 Südd Verlag; 128 Novosti; 129 Editorial Press / Novosti; 130 IWM; 131 Features International; 132-139 Novosti; 140, 150-154 Südd Verlag; 154-155 Novosti; 156-157 IWM; Sado Operaz Mundi
Cubiertas anterior y posterior: Search

Traductor: Diorki
Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine
Copyright © 1970 John Keegan
Copyright © en Lengua Española
LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol. 6
MADRID-14
Printed in Spain - Impreso en España
Por Altamira-Rotopress. S. A.
Carretera Barcelona, Km. 11.200 - Madrid-22
Depósito legal: M. 16.489/74
I. S. B. N.: 84-7140-079-0

Indice

6 Introducción

8 El Ejército Rojo

38 Tras los pasos de Napoleón

50 La gran rotura

72 Hitler y sus generales en desacuerdo

88 La batalla en el Sur

112 El sitio de Leningrado

138 Derrota a las puertas de Moscú

Choque de armas

Introducción por Barrie Pitt

La historia considerará probablemente el 22 de junio de 1941 como la fecha apocalíptica del calendario militar. Ningún plan del alcance de la Operación Barbarroja se había lanzado antes de entonces, porque nunca hasta aquel momento se había dispuesto de técnicas de organización, de transporte y de comunicación aplicables en tal escala.

«Cuando se inicie la Operación Barbarroja —proclamó Hitler— el mundo contendrá la respiración.»

Si no sucedió tal cosa es porque el mundo no está muy interesado en los asuntos que se alejan demasiado de su ámbito personal y doméstico. Los primeros movimientos de Barbarroja se presentaron como el mayor espectáculo militar desde los acontecimientos de 1914, y la Europa occidental y los Estados Unidos los contemplaron con el mismo desinterés casual con que el ganado mira el paso de un tren expreso. Incluso los que, por su profesión, se dedicaban al análisis de los grandes acontecimientos se mostraron más interesados en calcular el grado de agotamiento a que se vería abocado el poderío alemán tras el inevitable colapso de la resistencia rusa, y mientras sus fuerzas acorazadas de choque profundizaban en territorio ruso, no parecía gratuita la jactanciosa afirmación de Hitler de que la conquista estaría concluida antes de Navidad.

«¡No tenemos más que dar una patada en la puerta principal —había dicho a sus generales— y todo el podrido edificio se derrumbará!» Mientras el tiempo transcurría y las amenazadoras líneas se extendían cada vez más hacia el Este, lo

único que parecía exagerado de tal afirmación era la valoración del esfuerzo que costaba derribar la «puerta principal». Por añadidura, los observadores militares no tenían en esta ocasión las dudas que siempre habían albergado ante tan rápidos avances. No se trataba, indiscutiblemente, de una serie de hábiles retiradas tácticas de los rusos para atraer al agresor a una trampa aún mayor, ya que gran parte de sus fuerzas habían sido capturadas y aniquiladas. Los campos de prisioneros estaban a rebosar y, al paso arrasador de las columnas acorazadas, el suelo se empapaba de sangre rusa. A los diecisiete días de la embestida inicial se habían capturado 300.000 prisioneros, 2.500 carros de combate, 1.400 cañones y 250 aviones en el frente del Grupo de Ejército Centro, y el servicio de información indicaba correctamente que muchos otros centenares de aviones habían sido destruidos en el suelo.

Así, al contemplar cómo se detenía en el Desna el Grupo de Ejército Centro, los países occidentales sintieron derrumbarse sus pocas esperanzas, ya que no era descabellado creer que el poderío armado ruso había sido aplastado mientras los alemanes se dedicaban a operaciones de limpieza, a reforzar sus tropas, cansadas pero victoriosas, y a prepararse para la última y fácil etapa: Moscú.

No compartían del todo esta opinión las tropas alemanas, pero tampoco tenían que preocuparse mucho en su posición. Desde luego, los rusos estaban reforzando sus líneas, y habían demostrado ser unos combatientes obstinados; no cabía duda de que la contienda sería larga, pero la victoria resultaría doblemente satisfactoria por el esfuerzo que implicaría, y estaba casi a su alcance. Quince días más y se reanudaría el avance, con los hombres descansados, los polvorines abastecidos y los vehículos debidamente revisados después del castigo que habían sufrido en las duras carreteras rusas, si es que se podían calificar de tales.

Pero el éxito trae tantos problemas como el fracaso, y como John Keegan indica en su brillante análisis del dilema con el que ahora se enfrentaba Hitler, para el Alto Mando el pulso no era tan firme. El propio Hitler había reconocido que la decisión más comprometida de la guerra sería la de optar por dirigirse al Norte o al Sur una vez rota la Línea Stalin.

Por consiguiente, y para su sorpresa, los hombres del Desna se vieron privados de su mayor orgullo y protección, el Grupo Panzer de Gudarian, a quien, ante la indisimulada irritación de sus jefes, se le ordenó dirigirse al Sudoeste, volviendo hacia Kiev, mientras el I Grupo Panzer se encaminaba hacia el Norte. Siguió, sin embargo, una vasta serie de movimientos envolventes, esta vez con mayor rendimiento todavía de prisioneros y de botín, y se afianzó así una victoria, que por el número de bajas, constituyó la mayor catástrofe de la historia rusa y, paralelamente, el mayor triunfo de las armas alemanas.

Pero algo se había perdido.

Tiempo.

El Ejército Rojo

Caballería Roja durante unas maniobras de invierno de 1937.

Cualesquiera que fueran los demás motivos de Hitler para atacar a Rusia en junio de 1941, uno predominaba: su creencia en la facilidad de la empresa que estaba acometiendo. «No tenemos más que dar una patada en la puerta —diría a Runstedt— y toda la podrida estructura se vendrá abajo».

¿Qué pudo conducirle a valorar tan erróneamente a su adversario, ya entonces la mayor potencia terrestre del mundo, como bien sabía por los cálculos que le había facilitado su servicio de información militar acerca del número de soldados y la cantidad de armas de que disponía? En sus discursos y escritos siempre había argüido, claro está, la natural e inalterable inferioridad del eslavo respecto del teutón, pero tales pensamientos iban dirigidos exclusivamente al consumo de la masa. Nunca hubiera permitido que nublaran su juicio en decisiones de tal importancia. ¿Influyeron acaso sus recuerdos de la actuación del Ejército ruso en la Primera Guerra Mundial, período en el que Hitler se había formado y durante el cual las mayores victorias alemanas se habían logrado en el frente oriental y la mayor de todas, casi olvidada en Occidente, había ocasionado la derrota rusa y la pérdida de sus provincias más ricas?Puede ser; sin embargo, aunque los generales zaristas habían demostrado sus escasas dotes para el mando y más tarde se había generalizado la moral derrotista entre los ejércitos del Gobierno Provisional, los rusos consiguieron no pocos éxitos militares, tanto en el ataque como en la defensa, donde tradicionalmente demostraban hallarse más a sus anchhas. Por lo demás, Hitler conocía la historia lo bastante bien como para saber que Rusia se había ganado el respeto de todos los países europeos oponentes, y era lo suficientemente realista como para aceptar que los puntos fuertes de la milicia rusa —«número, espacio, tierra arrasada, enero y febrero», a los que deberían añadirse el valor y la capacidad de sacrificio de sus soldados— eran cualidades intrínsecas del país y de sus habitantes, fuera cual fuere el régimen político gobernante. A largo plazo, estos puntos fuertes contarían sin remedio.

Pero Hitler no tenía intención de dejar que llegara ese largo plazo. Estaba convencido de que la guerra podría ser resuelta a corto plazo, en parte por la rapidez y poder de penetración con que sus fuerzas Panzer operarían, y en parte por las ventajas que daría a sus generales la ineptitud de los rusos para manejar sus formaciones. Creía que, por mucho valor que desplegase el soldado ruso, éste sería contrarrestado por los errores de juicio y los titubeos a que el mando se mostraba propenso, como había demostrado la reciente actuación del Ejército Rojo en Finlandia, y que creía inevitables por su propia estructura.

La ineptitud rusa era, por supuesto, legendaria. El conde Von Sehlieffen, que había redactado los planes alemanes de guerra antes de 1914, basaba sus cálculos en la reputación de ineficacia del Estado Mayor Central ruso, apoyándose en la cual había planeado el lanzamiento de un golpe decisivo contra los franceses, suponiendo que los aliados rusos quedarían sumidos en un mar de confusiones con los preliminares de la movilización.

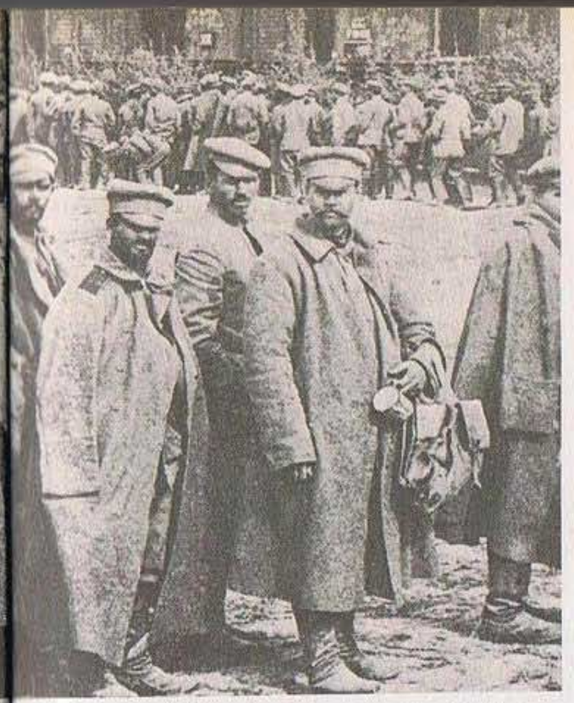
No era, sin embargo, con este confusionismo superado con el que Hitler contaba para dar curso a sus planes (aunque haberlo rechazado del todo hubiera sido ciertamento prematuro), sino más bien con un compromiso fatal que, afectando al propio principio de mando, suponía introducido por los dirigentes bolcheviques y que Stalin, con la purga del Ejército de 1937-38, había actualizado de manera particularmente destructiva y espectacular.

En esto Hitler estaba, sin duda, tras una buena pista. La pregunta «¿Quién manda?» flota en silencio entre el gobierno y el ejército de todos los estados, incluso entre los más antiguos; en los de origen reciente, tiende a provocar disputas, y cuando ese origen es revoluciona-

rio, la disputa se hace a veces violenta. Si tal cosa no sucedió en la Rusia Soviética, estado revolucionario que sólo se libró de perecer a manos de la contrarrevolución y la invasión extranjera debido a los esfuerzos del recién nacido Ejército Rojo en la guerra civil, fue porque los dirigentes bolcheviques se preocuparon desde los primeros momentos de proveer a cada oficial (aunque «oficial» no sea la palabra exacta, ya que había sido prohibida) de un comisario o delegado político que supervisara sus actos.

Es posible que un sistema dual de este tipo, en el que el comisario tenía preferencia sobre el soldado en las decisiones de tipo político y que teóricamente era su igual a efectos militares, fuera necesario en los primeros tiempos. Para dirigir al Ejército Rojo, que de unos pocos guardias de toda confianza había pasado a convertirse en una fuerza armada de millones de hombres en un espacio de tiempo muy corto, los líderes bolcheviques se valieron en su mayor parte de los servicios de antiguos oficiales zaristas, dotados exactamente de los mismos conocimientos e instrucción que los mandos del Ejército Blanco con los que estaban en guerra. Esta dependencia de los oficiales zaristas continuaría hasta bien avanzada la década de 1920-30 e incluso subsitió, aunque ya reducida a los grados superiores, cuando se incorporó a las nuevas academias un número suficiente de jóvenes fieles al comunismo. Para entonces, muchos, ante el aparente beneplácito de los dirigentes, habían jurado su lealtad a la revolución y al Estado comunista. Sobresalía especialmente Tukhachevsky, antiguo oficial de guardias, que a los 25 años había ostentado la jefatura de uno de los ejércitos bolcheviques durante la guerra civil. Cuando concluyó ésta y muchos exoficiales zaristas cuyos servicios no se reputaban adecuados o necesarios fueron licenciados, Tukhachevsky, el hombre que en 1920 había dirigido el avance sobre Varsovia y un año después había sofocado la rebelión naval de Kronstandt, estaba ya situado en el camino ascendente que le llevaría al mando del Ejército Rojo en la década siguiente.

A pesar de la conversión evidentemente sincera de oficiales como él, y de la hostilidad que algunos de los más ortodoxos comandantes rojos profesaban al sistema de comisariado, el Partido lo



Muchos millones de rusos conocieron el cautiverio alemán de 1914 a 1918.

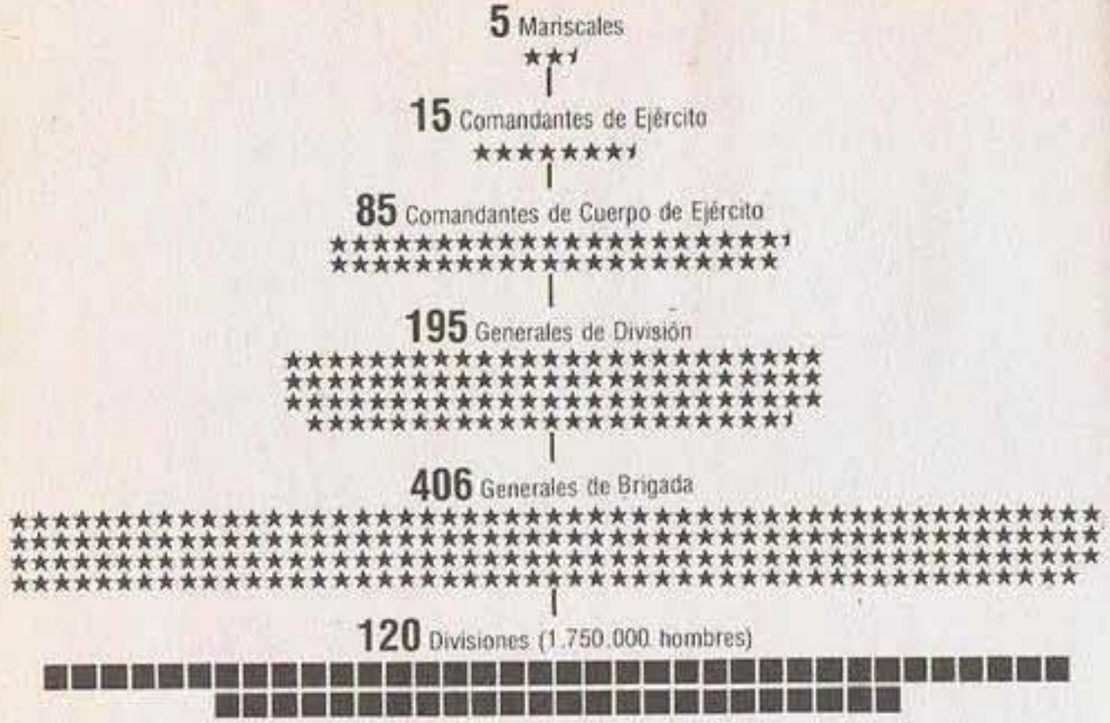
mantuvo en la década de 1920 y hasta principios de la siguiente. Pero aunque insistía en su necesidad, hacía poco para escoger candidatos adecuados al servicio o para formar a los que desempeñaban el cargo, con lo que el comisario quedó como una especie de funcionario fervoroso pero oscuro, con quien los más arrojados dirigentes rojos de la guerra civil demostraban tener poca paciencia.

Por otra parte, bajo la inspiración de Tukhachevsky y de su círculo, la preparación profesional del oficial soviético empezó a superar a la del comisario. La cooperación secreta con el Ejército alemán, excelentemente acogida por los alemanes a causa de la intimidad que les proporcionaban las áreas de entrenamiento rusas para experimentar material prohibido por el tratado de Versalles, y que los rusos acogieron también con alegría por la oportunidad que les brindaba de conocer las nuevas técnicas militares, ayudó a hacer del Ejército Rojo uno de los más avanzados del mundo en los primeros años de la década de 1930. Empezó por experimentar con el desembarco aéreo de grandes unidades, tanto en aviones como en paracaídas, y con el empleo de concentraciones masivas de carros, estos últimos desarrollados en su mayor parte a partir de los famosos prototipos Christie adquiridos a su diseñador norteamericano en 1931.

Esta profesionalización del Ejército Rojo recibió el aparente visto bueno del Partido en marzo de 1934, cuando se abolió por fin el principio del control dual y se declaró que las responsabilidades del comisario se circunscribían en adelante a las de asesoramiento y educación políticas. Al año siguiente se reinstauró la titulación formal de los grados (abolida durante la revolución y reemplazada por eufemismo como el de «especialistas de mando»), introduciéndose la nueva distinción de mariscal, a la que fueron ascendidos los cinco dirigentes militares principales: Tukhachevsky; Voroshilov, comisario de Defensa, antiguo agitador político y miembro del Primer Ejército de Caballería, y luego colaborador cercano de Stalin; Yegorov, jefe del Estado Mayor salido de las filas del mismo Ejército de Caballería); y Blucher, otro ex sargento zarista, héroe de la guerra civil, en otro tiempo consejero militar de Chiang-Kai-Shek y comandante del ejército semiautónomo de Siberia.

Al profesionalismo cada vez más acusado del cuerpo de oficiales siguió una favorable disposición a la creación de un ejército regular, o para ser más precisos, activo. Hasta entonces, la infantería había estado formada principalmente por las milicias ciudadanas, que operaban en zonas urbanas y cuyos miembros recibían instrucción sólo periódicamente. Con el cambio operado, las divisiones de infantería se transformaron en su mayor parte en formaciones activas en las que al recluta se le hacía cumplir su período de servicio sin interrupción. Para compensar la consiguiente degradación de las instalaciones de instrucción militar de los trabajadores, campe-

EL EJERCITO ROJO EN 1937, ANTES DE LA PURGA



EL EJERCITO ROJO DESPUES DE LA PURGA

Cada símbolo representa 2 mandos o 2 divisiones.

sinos y ciudadanos, se asignaron elevados recursos a la *Osoaviakhim* (Sociedad para la Promoción de la Aviación y la Defensa Química) y sus dirigentes, en un decreto firmado por Stalin, recibieron la orden de no ahorrar esfuerzos para adiestrar a la gran masa de los ciudadanos soviéticos en materia de puntería, salto con paracaídas (realizado no desde aviones sino desde arneses colgados de torres) y defensa civil.

Esta ampliación numérica de los contingentes permanentes del Ejército Rojo estaba en todo de acuerdo con las ideas que Tukhachevsky y otros generales soviéticos habían mantenido desde el principio.Sin embargo, su efecto fue menos eficaz en la práctica que en la teoría, ya que abrió las puertas del ejército a aquellos jóvenes campesinos amargados que tan difíciles de entrenar y asimilar habían demostrado ser desde que comenzara la colectivización de la agricultura en 1931. Tan alarmados se mostraron algunos de los mandos superiores ante la perspectiva de que todo el ejército adquiriera el talante de las unidades de reclutamiento, que fueron atendidas sus peticiones de revisión del programa. El mariscal Blucher, en Siberia, consiguió algunas concesiones. Sin embargo, fracasó el intento de extenderlas al resto del país.

Bien pensado, ¿cómo podía Stalin estar de acuerdo? Cualquier demostración de debilidad en ese período de su dictadura habría terminado con él: tan violentos y tantos eran los enemigos que se había ganado. Acababa de completar la parte principal de su gran purga del partido y una purga complementaria de la NKVD (policía secreta). De los tres grandes órganos de poder, éstos dos se hallaban sin lugar a dudas en sus manos; el tercero, el ejército, todavía podía desbancarle si sus jefes así lo querían, y en su mayor parte no le debían nada. Voroshilov, comisario de Defensa desde 1925, parecía leal, pero también era el menos profesional de los cinco mariscales y probablemente el que gozaba de menos apoyo entre el cuerpo de oficiales regulares. Los otros, que eran además los mandos superiores del Ejército Rojo, personalmente no le debían nada. Habían comenzado su carrera antes de que él subiera al poder y su ascenso había dependido más de su propio esfuerzo o de la estima de sus compañeros que de la intervención del Partido o de la distribución de favores personales. No es, pues, de extrañar que, excitado por el ambiente creado por la purga del Partido y casi convencido de la realidad de los peligros que él mismo había fabricado, o tal vez intoxicado por el placer de derramar sangre porque sí, decidiera no detenerse hasta la aniquilación de todos sus enemigos, reales, potenciales o imaginarios.

Es posible también que dispusiera de pruebas más ciertas sobre una conspiración contra su gobierno personal, ya que corría el rumor de que la Gestapo había hecho circular un informe amañado en el que se daba a entender que Tukhachevsky intercambiaba información con el Estado Mayor Central alemán. Los rumores no fueron conformados; de todas maneras, Tukhachevsky se había comportado de forma poco inteligente durante las purgas del Partido, en especial en el curso de un viaje hecho a Francia —indulgencia sin parangón para un oficial soviético—, y uno de los acusados en uno de los espectaculares juicios del partido le había acusado de estar en contacto con Trotsky. Sea cual sea la verdad de todo esto, o de cualquier otro alegato contra él u otro oficial, Tukhachevsky fue uno de los primeros que sufrieron arresto y muerte. Con otros siete generales, fue juzgado y fusilado el 11 ó 12 de junio de 1937.

Este breve y brutal episodio sirvió de norma y caracterizó el holocausto que iba a seguir. En el otoño de 1938, como consecuencia de las ejecuciones sumarias y de estudiados y espectaculares juicios, el Ejército rojo había perdido entre la cuarta parte y la mitad de sus mandos superiores: tres de los cinco maris-

Stalin.

Tukhachevsky.

Budenny.

Blucher.

Zhukov.

Voroshilov.

Shaposhnikov.

Timoshenko.

Paracaídistas rusos —las unidades rusas de este tipo fueron unas de las primeras del mundo— entrenándose con el equipo.

cales; trece de los quince jefes de ejército; cincuenta y siete de los ochenta y cinco jefes de cuerpo de ejército; 110 de los 195 generales de división y 186 de los 406 generales de brigada. En los grados inferiores se estima que los golpes fueron aún mucho más duros, aunque en los de coronel a capitán parece que la ejecución se sustituía a menudo por la pena de privación de libertad, a diferencia de la norma adoptada para los altos mandos y los cargos político-militares, en los que la muerte parecía ser casi sentencia obligatoria: los once comisarios adjuntos de Defensa fueron fusilados, como también setenta y cinco de los ochenta miembros del Soviet Militar, instaurado en 1934, todos los comandantes de distrito militar y la mayor parte de los jefes de Administración política (comisarios superiores).

Era difícil, sin embargo, detectar un método en la locura de Stalin. Con la purga se había librado ciertamente del bloque de oficiales ex-zaristas, pero por otra parte había liquidado a muchos de los comandantes revolucionarios surgidos de la guerra civil, manteniendo, en cambio, en sus puestos a algunos de los más notables oficiales ex-zaristas. Shaposhnikov, otrora educado en la Academia Imperial del Estado Mayor y que había caido en desgracia en 1931, fue designado sucesor de Yegorov, cuyos orígenes campesinos eran irreprochables, como jefe del Estado Mayor en 1937, y tuvo la suerte de mantenerse en el puesto hasta que su mala salud le impidió continuar años más tarde. Esto no quiere decir, sin embargo, que los jefes militares sufrieran más duramente que los políticos, ya que no fue menor el número de comisarios ejecutados; la mejor garantía de supervivencia parecía consistir en haber pertenecido durante la guerra civil al Primer Ejército de Caballería, fuerza anticosaca que había disfrutado del apoyo político de Stalin y cuyos métodos de trabajo habían suscitado la hostilidad de Tukhachevsky.

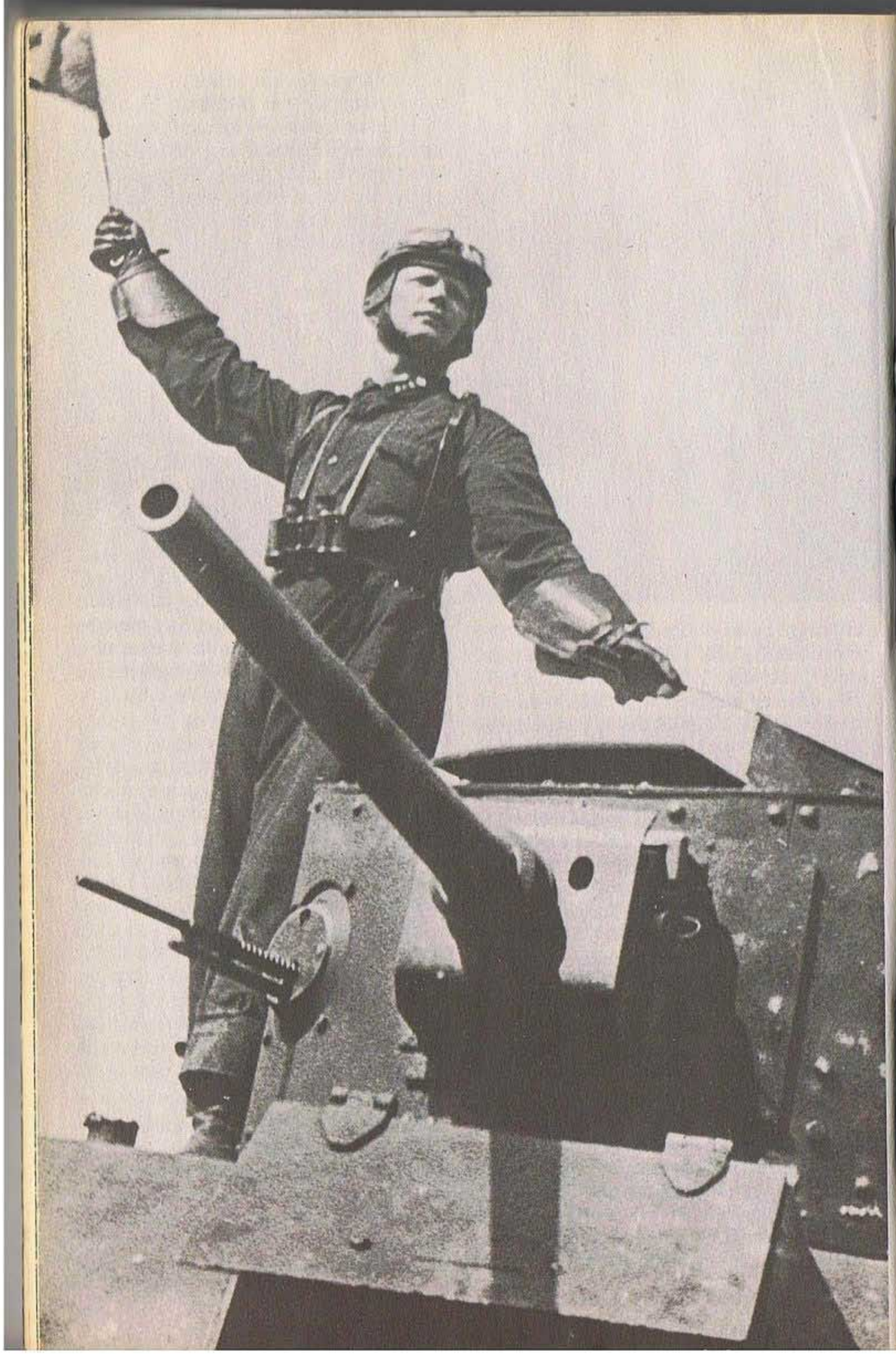
Fue este grupo del Primer Ejército de Caballería el que en la segunda siega de

la purga accedió al poder. Budenny, Timoshenko, Kulik y Zhukov. Disfrutaban de la protección de Stalin; le debían mucho antes y ahora se lo debían todo, incluso la vida. Si el trato fue bueno para él o no, ya es más dudoso. En Timoshenko tenía a un jefe capaz, aunque no inspirado; en Zhukov, a un general cuyo talento se aproximaba al genio, pero demasiado joven todavía para que pudiera desarrollarlo. En Budenny, a una figura muy aguerrida, aunque de ideas tácticas (estratégicas, desde luego, no poseía) nunca muy profundas y por entonces completamente superadas.

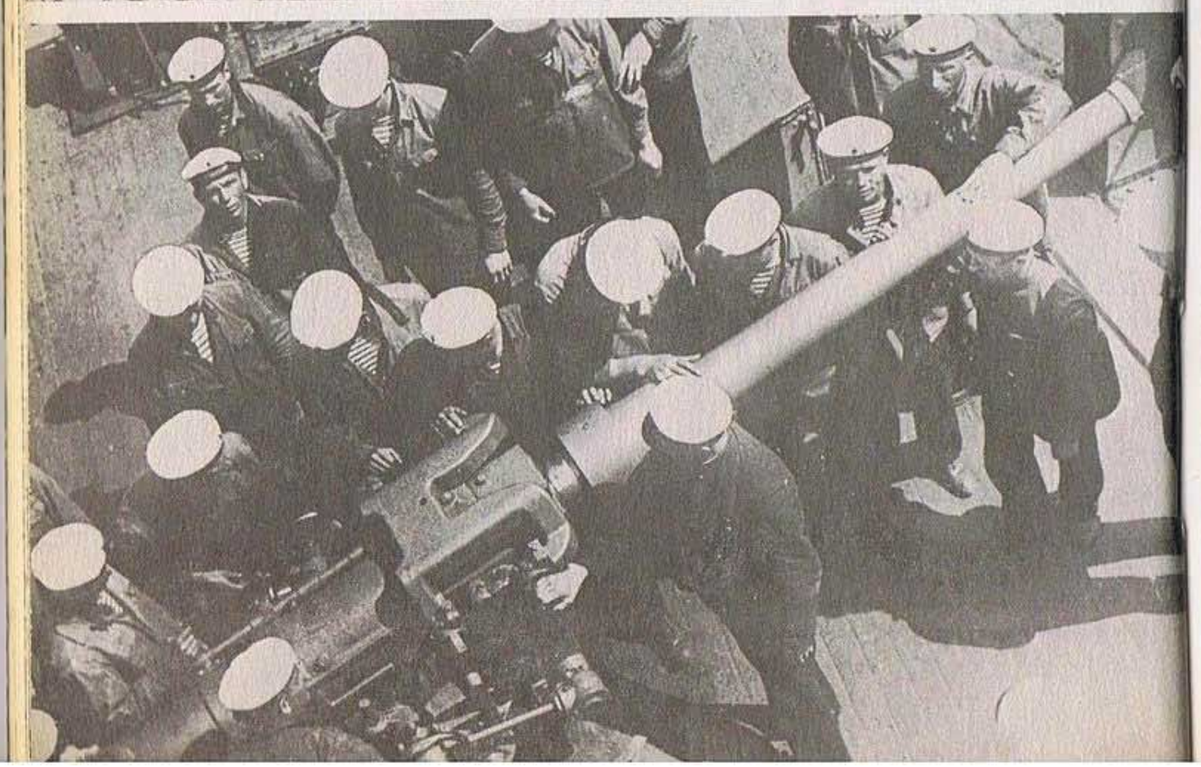
Kulik era un jefe de Aprovisionamiento (cargo en que sucedió a Tukhachevsky) con ideas casi perversas sobre los problemas de equipamiento, puesto que llegó a retirar al ejército las armas automáticas ligeras basándose en la afirmación de que eran inadecuadas para los soldados y deteniendo la producción de armas anticarro y antiaéreas. Se equivocó asimismo al interpretar el testimonio recogido por los observadores del Ejército Rojo durante la Guerra Civil española (en la que gran parte del equipo ruso se puso a prueba por primera vez) sobre el uso del material blindado, decidiendo, en base a sus conclusiones, deshacer las grandes formaciones acorazadas que Tukhachevsky había estado preparando y redistribuir los carros entre la infantería en pequeñas unidades. El efecto de tan malos cálculos y, más en general, de los desgraciados hechos en que tenían su raíz no se advirtió fuera de Rusia hasta 1940, cuando Stalin adoptó la imprudente medida de declarar la guerra a Finlandia.

La génesis de esa vergonzosa derrota yace en el deseo de Stalin de asegurarse la transferencia o el arrendamiento del territorio finlandés situado en las cercanías de sus bases navales bálticas. La negativa de Finlandia determinó la ruptura de relaciones diplomáticas y el 30 de noviembre de 1939 los rusos iniciaron un ataque masivo a través del istmo de Carelia, pasillo de tierra que une el Sur de Finlandia con la región de Leningrado. Aunque lanzado con una considerable superioridad numérica, fue rechazado, como también lo fueron los iniciados en la larga frontera terrestre que separaba a los dos países al Norte y al Sur del Círculo Artico. Hasta principios de febrero de 1940, previa una concentración de casi un millón de hombres y de un prolongado bombardeo de las posiciones defensivas finlandesas en la Línea Mannerheim, el Ejército Rojo no pudo infiltrarse, forzando a los finlandeses a pedir la paz un mes después. La recuperación se debió a la jefatura y habilidad para el mando de Timoshenko, muy superior al primer comandante del frente finlandés, el mariscal Voroshilov, quien desde entonces volvió a tareas de naturaleza política para las que estaba mejor dotado.

El curso de la guerra finlandesa, en la que una nación de tres millones y medio de habitantes había logrado contener y aún cercar durante todo un invierno al ejército de una nación con una población treinta veces superior, poniendo en ridículo a sus jefes, hizo bien poco para



Arriba: **El T-35, uno de los ineficaces y monstruosos carros rusos de antes de la guerra.** Izquierda: **El BT-7, una de las primeras copias del prototipo norteamericano.** Abajo: **Un T-34, admirable carro de combate ruso.**



Arriba izquierda: **Tropas alpinas rusas de maniobras.** Centro: **Ametralladora ligera rusa de 7,62 mm con su dotación.** Abajo: **Marineros de la Flota del Báltico aprendiendo el manejo de un cañón.** Arriba: **Puesto de observación de artillería: los gemelos de campaña de «orejas de burro» eran un legado del ejército zarista.**

Arriba: **Una patrulla alpina finlandesa avanza para tomar contacto con el enemigo.** Abajo: **Soldados finlandeses evacuan una posición.**

realzar el prestigio militar soviético. De hecho, tan grande fue el entusiasmo suscitado en Occidente por el desafío finlandés que Inglaterra y Francia casi llegaron a intervenir a su lado. En caso de hacerlo, hubieran lamentado sin duda sus últimas consecuencias, pero el resultado inmediato habría contribuido a aumentar más aún el sentimiento de frustración ruso.

Más, con el tiempo, las lecciones de la campaña finlandesa, aunque amargas para digerirlas de golpe, resultaron la mejor medicina que los rusos podían haber tomado. Los observadores extranjeros —Hitler era el más importante de ellos— dedujeron de la incompetente actuación rusa que sus fallos— exactamente los mismos que había exhibido contra un ejército alemán inferior en los comienzos de la Primera Guerra Mundial— eran incurables, y que en cualquier campaña de más larga duración los rusos sufrirían el mismo destino de las derrotas de Tannenberg y de Mazuria veinticinco años atrás. Indolencia, ineptitud, falta de previsión, confusión: éstos eran los defectos, paliados sólo por el valor del soldado raso, que cualquier enemigo de Rusia haría bien en tener en cuenta.

Pero Rusia —y su ejército— había aprendido a cambiar. Los meses que siguieron al armisticio con Finlandia fueron de intenso esfuerzo en este sentido. Otra campaña, la de Zhukov contra los japoneses en la frontera de Mongolia con Siberia, poco comentada en Occidente, había demostrado en mayo de 1939, contrariamente a lo ocurrido en Finlandia, lo que valía el Ejército Rojo. Timoshenko, ascendido al mando *de facto* en lugar de Voroshilov, se mostró dispuesto a conseguir que lo que un pequeño destacamento había sido capaz de hacer en un conflicto local se convirtiera en práctica operativa de todas las fuerzas armadas. Zhukov había vencido utilizando abundante material blindado. Timoshenko remozó, pues, los cuerpos blindados —formaciones de dos divisiones de carros y una motorizada— que Tukhachevsky había organizado antes de su caída. Demostró además que era posible degradar a los comisarios, por segunda vez, a la categoría de consejeros políticos y afirmar la independencia del jefe militar en la toma de decisiones. Muchos de los oficiales encarcelados o desterrados durante la gran purga militar fueron reintegrados a sus puestos, y se dictaron y publicaron nuevas disposiciones sobre instrucción y sobre operaciones basadas en la experiencia finlandesa, así como informes sobre la dirección de las operaciones en Francia y Polonia por parte de los alemanes.

No todo lo que estaba torcido podía enderezarse en el tiempo disponible, que demostraría ser demasiado corto. La purga había asestado un golpe casi mortal a la confianza del cuerpo de oficiales, de forma colectiva e individual, haciendo improbable que el oficial de cualidades medias o inferiores a la media —por definición, la mayoría— se arriesgara a seguir una línea de acción independiente al entrar en contacto con el enemigo (la rígida adhesión a las órdenes demostraría ser uno de los principales defectos rusos). La propaganda del Partido, por otra parte, a pesar de la humillación de la guerra de Finlandia, producía un desafortunado efecto inflacionista sobre la confianza del soldado y sobre la moral ciudadana, al fijarse como meta la divulgación de la invencibilidad del Ejército Rojo, artículo de fe tan importante como la confianza en la infabilidad del juicio del Politburó. Pero al comenzar el verano de 1941 se había hecho mucho para restaurar el equilibrio del Ejército Rojo, y aunque todavía quedaba por hacer, lo crecido de los efectivos y la abundancia del material eran suficiente para dar que pensar a un atacante potencial.

Aparte la *Osoaviakhim* y las reservas instruidas, éstas últimas resultado del sistema de reclutamiento total implantado a mediados de la década de 1930 el Ejército Rojo tenía en orden de

Actividad rusa cerca del río Khalkhin-Gol. Arriba: **La infantería adopta posturas características en una posición defensiva.** Izquierda: **Los carros de combate rusos se preparan para avanzar.**

combate, en la primavera de 1941, entre 230 y 240 divisiones, en su mayor parte dispuestas para su intervención inmediata y unas 170 dentro del marco de operaciones de la frontera occidental. La mayoría eran de infantería no mecanizada, con unos 14.000 hombres armados con fusil y dotados de escasos medios de transporte. Las de carros —en número superior a veintidós y que probablemente se acercaba a sesenta— constaban de dos regimientos de carros de combate, un tercero de infantería transportada en camiones, y otro de artillería. Las divisiones motorizadas, en las que la proporción de carros e infantería estaba invertida, sumaban por lo menos trece y probablemente más. (Estos dos últimos tipos de división eran los equivalente exactos de las *Panzer* y *Panzergranadier* alemanas, como se llamarían más tarde, aunque los rusos lograrían mantener el número de carros de sus regimientos acorazados en un nivel superior al de los alemanes).

Mucho, si no la mayor parte del poder ofensivo y defensivo del Ejército Rojo quedó anulado, sin embargo, debido al extraño plan de despliegue que Stalin impuso en las formaciones de campaña a principios del verano de 1941. Las fronteras rusas en aquel año y estación eran, por supuesto, diferentes de las que habría tenido que defender dos años antes, ya que en casi todos los sectores se extendían bastante al Oeste de la línea de 1939. En el Norte, la anexión de los estados Bálticos —Lituania, Letonia y Estonia— habían extendido los límites fronterizos hasta Prusia Oriental; en el centro, la partición de Polonia con Alemania les había hecho avanzar casi hasta Varsovia; y en el Sur, la anexión de la Besarabia rumana había llevado a las tropas rusas, a través del Dniester, hasta Pruth. Aunque satisfactoria para Stalin, la anexión de todos estos territorios no facilitó las tareas estratégicas a sus generales, ya que las nuevas fronteras significaban que las antiguas defensas fronterizas quedaban vacías e inutilizadas decenas y aún centenares de kilómetros detrás de la zona militar de operaciones.

Una frontera abierta, sin defensas fijas sólidas ni grandes obstáculos naturales —anchos ríos, lagos o cordilleras—, requiere una defensa en profundidad a cargo de fuerzas equipadas y entrenadas para una guerra móvil. La posesión de grandes reservas, localizadas en centros clave de la red de comunicaciones muy a retaguardia, es fundamental; sin tales fuerzas a su disposición, el comandante de una frontera abierta vivirá con la pesadilla de una incontenible penetración enemiga.

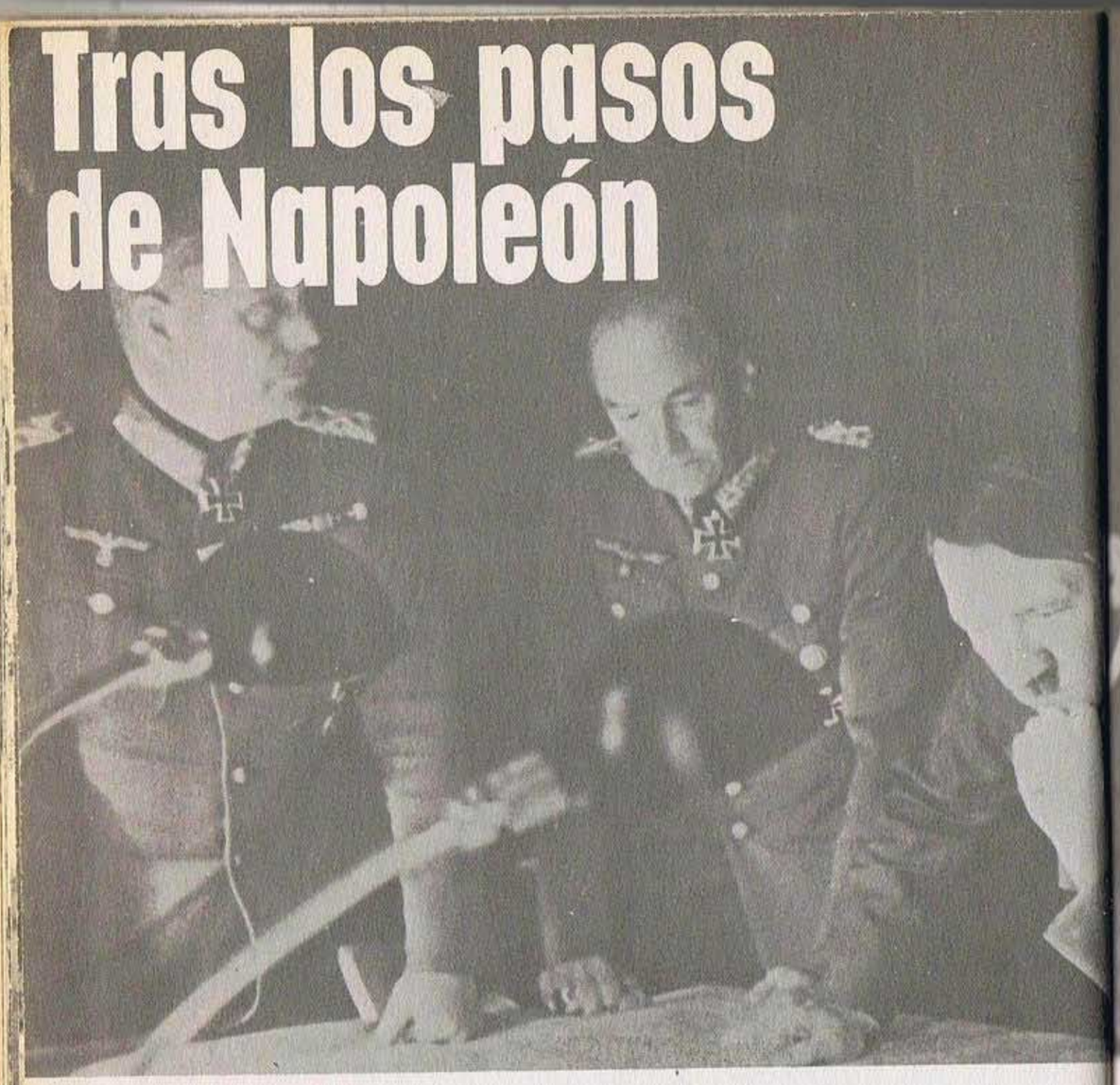
Con esta pesadilla condenó Stalin a vivir a sus comandantes durante toda la primera mitad de 1941, puesto que, en lugar de asignar a parte de sus fuerzas

El 1 de mayo de 1940. Las tropas rusas desfilan en la Plaza Roja.

un papel de reserva estratégica, insistió en que todas estuvieran desplegadas en núcleos avanzados; en lugar de reconocer que la línea de sus fronteras, con muchos entrantes y salientes, hacía poco rentable defender cada kilómetro, insistió en que estuviera vigilada en su totalidad; y en lugar de admitir que había zonas menos necesitadas de una defensa enérgica que otras (por ejemplo, la que está situada al Oeste de las impenetrables marismas del Pripet), extendió sus divisiones casi equidistantes unas de otras desde el Norte al Sur, entre el Báltico y el mar Negro.

Habría que preguntarse, por tanto, qué motivos le indujeron a exponer su ejército al peligro de una manera tan clara. Según se ha dicho, constituían «un compendio de complacencia, confianza y un cierto nerviosismo precavido»: complacencia alimentada por su propia propaganda sobre la invencibilidad del Ejército Rojo, confianza en la posibilidad de evitar la guerra y un nerviosismo precavido que se manifestó en la decisión de adelantar fuertes contingentes de protección para que, detrás de ellas, no pudieran ser detectadas las concentraciones preliminares de fuerzas procedentes de la Rusia central y oriental. A todas estas circunstancias podríamos añadir otra; el «espejismo». Stalin no quería la guerra, no prestó oídos a los avisos de su peligro, tanto de amigos extranjeros como de otros que lo serían después (Churchill entre ellos), despachó los alimentos y materias primas a Alemania en la fecha convenida y prohibió a sus comandantes toda preparación militar, por vital que fuera para la seguridad de su propio sector del frente, en previsión de que fuera tomada o interpretada por Alemania como un acto de provocación o agrasión.

Tras los pasos de Napoleón



Tres rutas llevan al corazón de Rusia. Una sigue el borde de la costa báltica hasta Leningrado. La segunda, que Napoleón eligió en 1812, pasa por las antiguas ciudades de Minsk y Smolensko (antes territorio polaco) y conduce a Moscú. La tercera, situada al Sur de las marismas del Pripet y al Norte de los Cárpatos, es la carretera que va desde el Sur de Polonia hasta las tierras negras de Ucrania. Dejando aparte el Pripet, área enorme y casi impenetrable de bosques y marismas que divide estratégicamente la región fronteriza rusa en dos mitades bien distintas, Norte y Sur, y los Cárpatos, que con sus cumbres mirando al Oeste de la línea internacional protegen más la frontera rumana y húngara que la rusa, no hay otros obstáculos naturales que defiendan a Rusia de una invasión europea, pues, aunque las tres rutas tradicionales atraviesan grandes ríos, en los enormes espacios de la estepa es difícil de garantizar la integridad de una línea de defensa fluvial.

Pero esto no quiere decir que Rusia sea un país fácil de invadir. Dos militares geniales, Napoleón y el rey sueco Carlos XII, perdieron allí su reputación y las penalidades del «Gran Ejército» durante su retirada de Moscú en 1812 subsistieron largo tiempo en el recuerdo de los europeos. El estado ruso es ineficaz; sus habitantes, gentes atrasadas; su economía, subdesarrollada; las carreteras, pocas y malas. Así opinaba antes de la Revolución, aunque no por eso dejaba de pensarse que Rusia era un país virtualmente inmune a los peligros de una invasión. Al menos así lo veía Schlieffen, autor de los planes alemanes de guerra para 1914. No dudaba de que sus soldados derrotarían contundentemente a los rusos a pesar de la desigualdad en el número, pero atribuía a los resultados la condición de «victorias vulgares»: esto es, victorias en las que no se cerca ni se acorrala al enemigo, sino sólo se le obliga a abandonar el campo de batalla. Los alemanes no alcanzarían un éxito definitivo en Rusia, argüía, debido a la

Keitel, Brauchtisch, Hitler y Halder estudian pensativos un mapa de Rusia, 1941.

gran magnitud de los ejércitos rusos, que hacía casi imposible rodearlos, y a la carencia en el terreno de obstáculos contra los que se les pudiera inmovilizar; encontrarían por donde escabullirse, arrastrando tras sí al invasor a los grandes espacios del interior, donde el clima, la política de tierra arrasada y el cansancio de la persecución terminarían acabando con él. Por tan razonables motivos, Schlieffen desdeñó una fácil victoria en el Este, favoreciendo en cambio la campaña contra Francia, tácticamente más desafiante pero menos peligrosa desde el punto de vista estratégico. Este fue su primer movimiento en una guerra de dos frentes.

Hitler heredó de Schlieffen todos los problemas que plantea la situación de dos frentes. En principio, decidió tratarla, como Bismark había hecho, no en términos militares sino diplomáticos; firmó así el acuerdo Molotov-Ribbentrop de 19 de agosto de 1939, pacto de no - agresión ratificado poco después por el reparto entre ambas naciones del territorio polaco. Probablemente Hitler no consideró nunca este pacto como otra cosa que un recurso. Es difícil asegurar, por otra parte, que tuviera razones doctrinarias para atacar a Rusia, pues en casi todo, exceptuando su antisemitismo, era hombre eminentemente pragmático. Sin embargo, su sentido común le decía que la amplitud del éxito conseguido, primero al derrotar al ejército polaco, y luego al aniquilar a los de Bélgica, Holanda, Francia e Inglaterra, terminaría por alarmar a Rusia y le induciría a tomar medidas, encaminadas no tanto a apaciguar a Alemania reafirmando su política de no-agresión, cuando a aumentar su preparación militar. Hoy sabemos que se equivocaba al razonar así, ya que durante todo 1940 y hasta el 22 de junio de 1941 la política de Stalin, aunque tuviera en cuenta

El rostro de la no-agresión: Ribbentrop (izquierda), Stalin y Molotov.

ciertas medidas defensivas, acataba en líneas generales el pacto de no-agresión, al parecer con la mejor voluntad conciliatoria. En algo, no obstante, acertaba el sentido pragmático de Hitler: en advertirle que Stalin estaba ganando tiempo, y que, si le dejaba hacerlo, su potencia militar alcanzaría un nivel que, empleada en la defensa o en el ataque, terminaría por abrumar a Alemania más allá de sus fuerzas, si es que se rompían las hostilidades.

La enconada resistencia británica acentuaba además el peligro de una inversión de las alianzas por parte de Rusia. Hitler estaba más molesto que perplejo ante la persistente negativa de los británicos a admitir la derrota, pues era obvio que Gran Bretaña no podía intervenir en el continente. Pero su larga tradición de supremacía marítima y su habilidad en este terreno —utilizando a un tiempo su gran potencia naval y su pequeño ejército contra los flancos marítimos de Europa— constituían factores que no podía descartar, menos aún cuando uno de los principales objetivos de Gran Bretaña, en caso de aislamiento, había sido siempre, y era de suponer que todavía lo fuera, ganarse poderosos aliados terrestres. Rusia y Gran Bretaña habían hecho causa común contra Alemania en la Primera Guerra Mundial, al igual que contra Napoleón. ¿Cuánto tiempo podría Rusia resistir la tentación de renovar estas alianzas? Si sucumbía a ella, Hitler se vería enfrentado con la situación no de un doble, sino de un triple frente, pues el apoyo ruso a Gran Bretaña daría carta blanca al presidente norteamericano para realizar su deseo de llevar a los Estados Unidos a la guerra.

Pero las cosas no tenían por qué seguir necesariamente ese orden. «Si Rusia desaparece de la escena —así lo explicó Hitler a sus jefes de servicio el 31 de julio de 1940—, Gran Bretaña perderá también el apoyo de los Estados Unidos, ya que el poder japonés en Oriente aumentará en gran número. Decisión: debemos considerar la destrucción de Rusia como parte de esta lucha; cuanto antes acabemos con ella, mejor». Con este razonamiento trató de justificar, quizá a sí mismo, y sin duda a sus subordinados, su decisión de emprender el estudio de una *blitzkrieg* contra el Ejército Rojo.

No permitió, por supuesto, que los preliminares de lo que todavía era una operación contingente afectaran al curso normal de las relaciones entre las dos dictaduras. Estas relaciones estaban reguladas por el pacto de agosto de 1939 y por algunos otros acuerdos firmados después, como el Ribbentrop-Molotov en Moscú en septiembre de ese mismo año. Basándose en dichos acuerdos, Stalin se anexionó los estados Bálticos a principios de 1940, y en junio la región fronteriza rumana de Besarabia.

Si Stalin se hubiera detenido aquí, Hitler no habría podido objetar nada. Pero Rusia se anexionó también parte de la Bucovina rumana, situada fuera de las esferas de influencia convenidas, y eso dio a Hitler una causa de alarma y motivos de protesta. Rumania, aliado potencial suyo bajo la égida del fascista Antonescu, le suministraba su único recurso natural: petróleo. Hitler estaba decidido a conservar este privilegio a cualquier precio, y los esfuerzos de su diplomacia durante el resto del año estuvieron dirigidos a mejorar allí la posición alemana a costa de Rusia. Se sobornó, pues, a Hungría ofreciéndola parte del territorio rumano, se apaciguó a Rumania con el envío de tropas alemanas para proteger sus campos petrolíferos (y como garantía contra una mayor anexión rusa), y se dio a entender a Rusia que estos movimientos estaban destinados a repeler cualquier intervención *británica* en la zona. De todos modos, a Stalin no le gustaron nada tales iniciativas, como tampoco la invasión italiana de Grecia a finales de octubre (que resultaría fallida) y a mediados de noviembre envió a Molotov a Berlín para que se encarara con Hitler y le pidiera garantías concretas de buena voluntad. Pero Molotov fracasó en su cometido; si hubiera sabido que Hitler preparaba una campaña relámpago contra los Balcanes para la próxima primavera (la operación Marita), habría regresado aún más preocupado de lo que estaba por la situación en la zona. Y si hubiera sospechado el grado de planificación a que se había llegado en la Operación Barbarroja, nombre clave con que se conocía la proyectada invasión de Rusia, es posible incluso que ni siquiera se habría atrevido a volver, pues este plan arruinaba por completo su trabajo como diplomático.

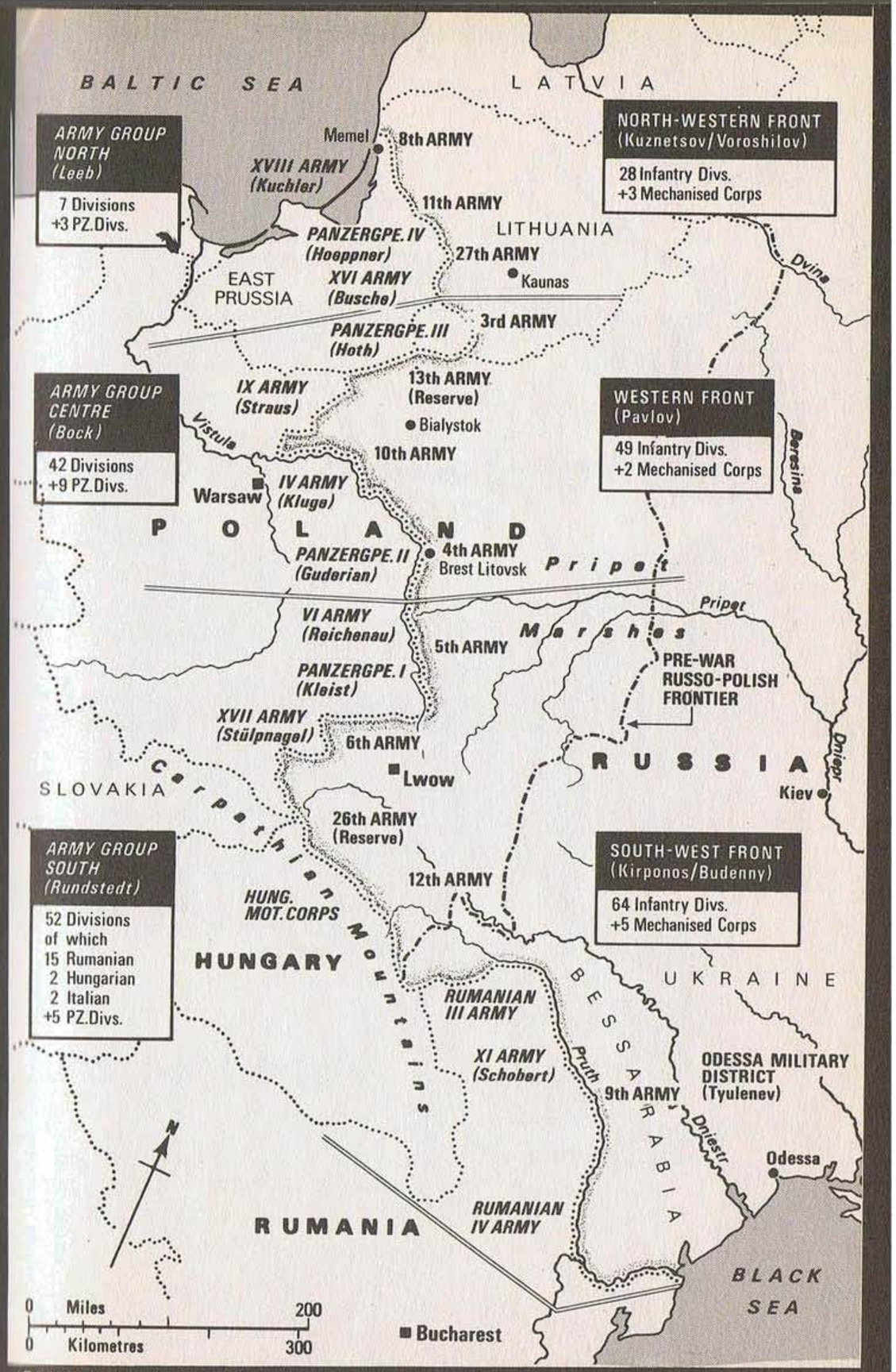
Es probable que Hitler expusiera por primera vez su intención de atacar Rusia al general Halder, jefe del Alto Mando del Ejército (OKH), el 2 de julio de 1940 (el mismo día en que difundió su orden para la operación «León Marino», la proyectada invasión de Gran Bretaña). De hecho, nunca pensó muy en serio en atacar Inglaterra, tal vez porque dudaba de la habilidad de la Luftwaffe para vencer al Mando de Caza, o quizá porque mentalmente ya se había lanzado contra la Unión Soviética. De ahí que en adelante se concentrara en los planes de invasión de ésta. El escrito original de planificación fue entregado al general Jodl, jefe de la sección de operaciones de su estado mayor personal, el OKW (Alto Mando de la Wehrmacht), que sería ahorcado en Nuremberg, convicto de «preparar y librar una guerra agresiva». Jodl, a su vez, se lo explicó a sus subordinados, quienes apenas pudieron dar crédito a lo que oían. Hitler encomendó también a Halder la preparación de los planes, orden que el jefe del Alto Mando del Ejército delegó en el general Marcks. El proyecto que Marcks presentó el 5 de agosto de 1940 esbozaba las directrices generales a seguir por el plan definitivo de invasión.

Macks partió de la hipótesis de que los rusos no atacarían a los alemanes, aunque sería conveniente que lo hicieran (Schlieffen había hecho un juicio similar sobre los franceses antes de 1914, que demostraría ser erróneo más tarde),

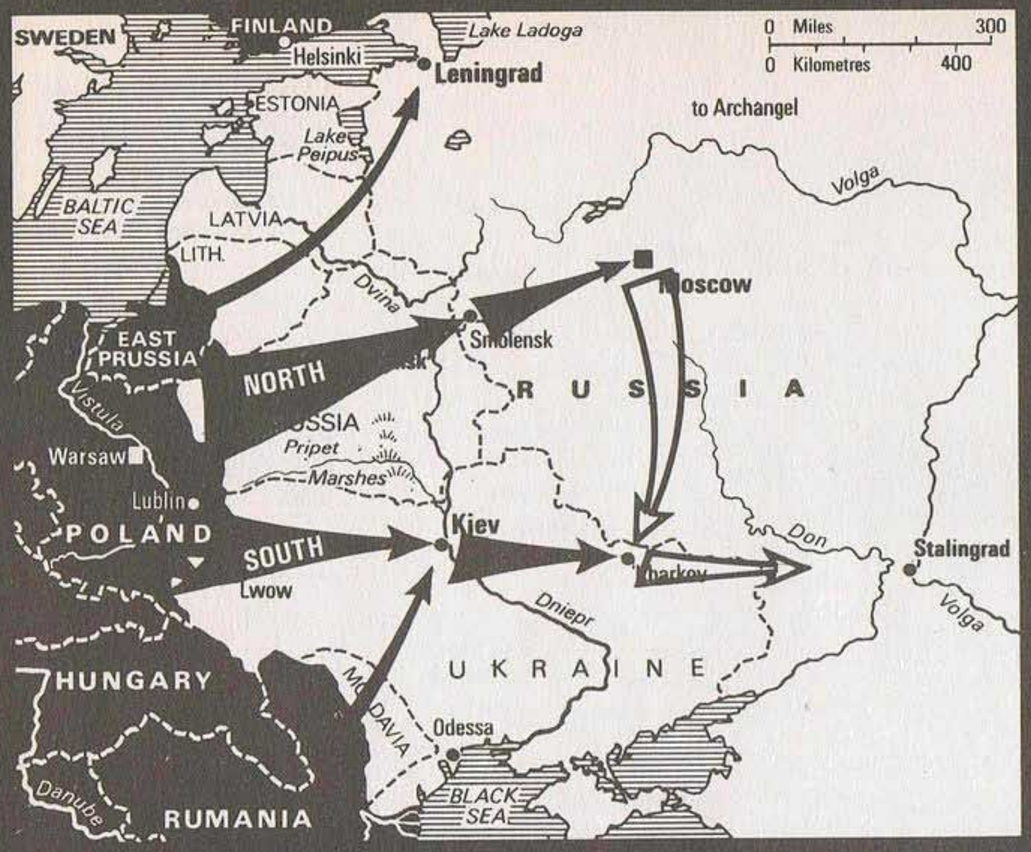
y de que la Wehrmacht disfrutaría de una ligera superioridad en el número de hombres, de una superioridad neta en el número de unidades acorazadas, y de cierta superioridad en cuanto a la calidad del material. Habida cuenta de la necesidad de mantener guarniciones en los países ocupados, Marcks calculó que Alemania podría emplear 110 divisiones de infantería, 24 panzer y 12 motorizadas, contra las 96 de infantería (que los rusos llamaban de «fusileros»), las 23 de caballería y las 28 brigadas acorazadas del enemigo (los alemanes ignoraban el restablecimiento por Timoshenko de los cuerpos y divisiones mecanizados). Marcks proponía distribuir el grueso de las divisiones en dos grupos de ejército centrales; uno operaría en el Sur y se dirigiría por el Este hacia Kiev, capital de Ucrania, y el otro llegaría desde el Este de Polonia a Moscú, siguiendo la gran carretera lateral que pasa por Minsk y Smolensko, y que Napoleón había decidido tomar con su Gran Ejército en 1812. Habría dos operaciones secundarias: la primera, un avance sobre Leningrado llevado a cabo por el más septentrional de los grupos de ejército centrales; la segunda, un avance sobre Kiev con una fuerza combinada germano - rumana que operaría a través de la anexionada Besarabia. Serían, sin embargo, los grupos de ejército centrales los que asumirían la parte sustancial de la operación; una vez alcanzados sus objetivos iniciales —Moscú y Kiev, respectivamente— avanzarían con rapidez y completarían el cerco de las tropas rusas a su Oeste. Su último objetivo, el principal en el plan de Marcks, sería rodear y destruir el Ejército Rojo entre los ríos Dvina y Dnieper. Todo esto tendría que completarse en un período de nueve a diecisiete semanas.

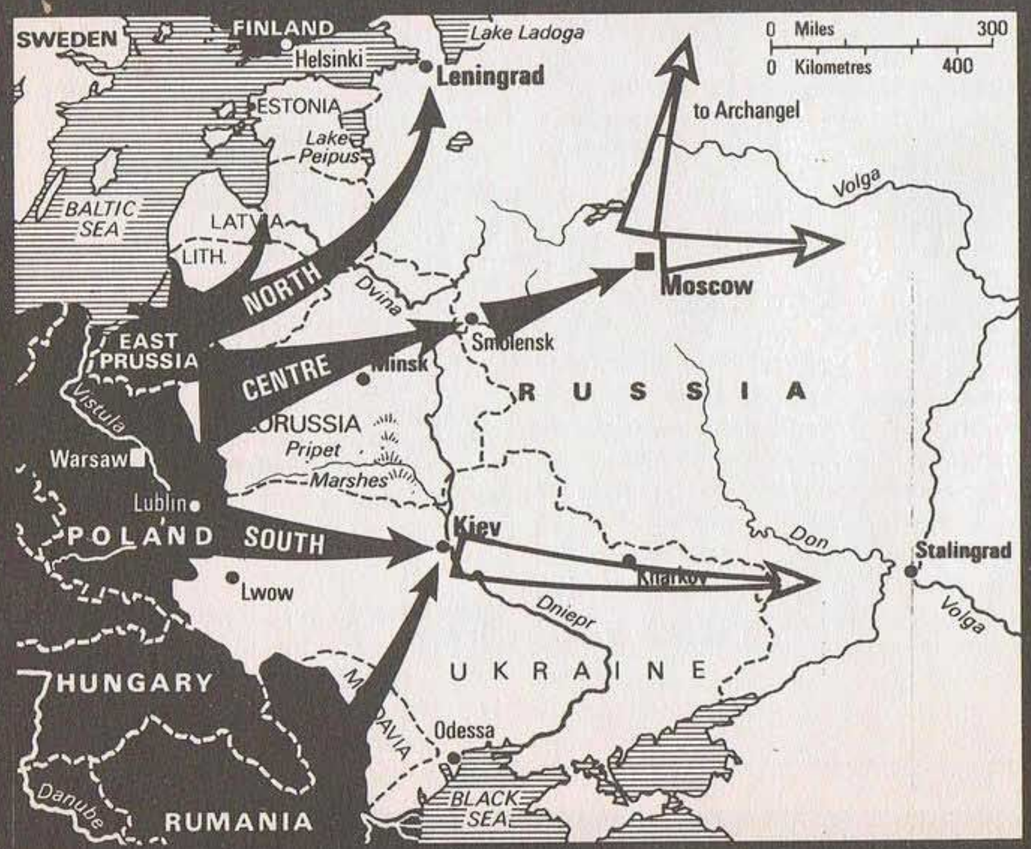
El plan, aunque muy rectificado más tarde, establecía los principios fundamentales de la estrategia alemana en la Operación Barbarroja, en especial los del *Ejército* (pues, como veremos, los puntos de vista de éste difirieron posteriormente de los de Hitler con resultados dignos de mención). Se trataba, sin embargo, más de un estudio que de una orden de operaciones, y mientras se continuaba trabajando sobre problemas aislados, el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), estado mayor personal de Hitler para la formulación de planes y operaciones, inició los preparativos prácticos. La primera tarea era el traslado de grandes contingentes del teatro de operaciones occidental al oriental; en total, el 24 de octubre de 1940 afectaba a 35 divisiones. Este gigantesco despliegue de todo un Grupo de Ejército, uno de los tres que en mayo habían sido lanzados contra los aliados, se explicó a las partes interesadas (incluyendo desde luego a los rusos), como un intento de facilitar a sus hombres áreas de entrenamiento más amplias de las que podían encontrarse en Occidente y asimismo de alejarles del peligro aéreo británico. De este modo quedaba perfectamente clara, al menos en términos militares, la redistribución de fuerzas entre Francia y Polonia, pues —así continuaba la explicación— con tres Grupos de Ejército, la flor y nata de sus fuerzas terrestres, asignados a Occidente, la posición estratégica alemana estaba peligrosamente desequilibrada.

Con el nombre clave de *Aufbau Ost*, el OKW concluyó estos preliminares. Al mismo tiempo, su sección de operaciones preparó una apreciación estratégica del problema de la invasión, para presentársela a Hitler. Las conclusiones a que llegó diferían de las del OKH: en lugar de recomendar que el mayor esfuerzo se hiciera a lo largo del eje Minsk - Smolensko, carretera que lleva a Moscú, pensaba que las fuerzas invasoras debían dividirse en tres grupos más o menos iguales, que se dirigirían respectivamente contra Leningrado en el Norte, Kiev en el Sur y Moscú en el centro. Podría pensarse en una simple diferencia técnica de tratamiento entre los dos estados mayores, si el OKW no hubiera propuesto además que los tres ejércitos



Orden de combate de los alemanes y de los rusos, en la víspera de la operación Barbarroja.





Arriba izquierda: **El plan de Marcks; fuertes ataques contra Moscú y Kiev; los flancos del Báltico y el Mar Negro estarían a cargo de fuerzass menos poderosas.** Izquierda: **El plan del OKH; Leningrado pasa a ser uno de los tres objetivos principales, mientras que el ataque contra Moscú se refuerza a costa del avance contra Kiev.** Arriba: **La variante de Hitler de la «Operación Barbarroja», es esencial conquistar Leningrado antes del siguiente y —definitivo— avance hacia Moscú.**

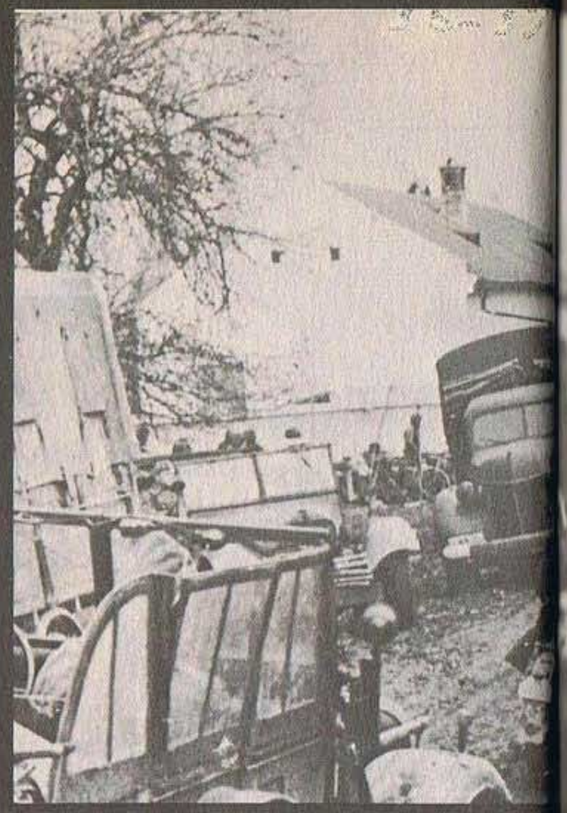
Marcks, autor del plan del Ejército para la Operación Barbarroja.

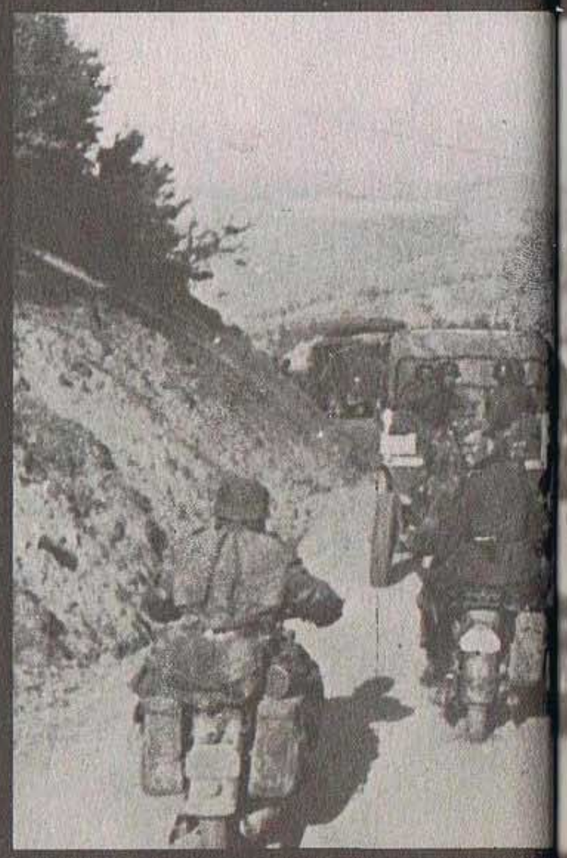
Halder, jefe del Alto Mando del Ejército.

Ritter von Leeb, comandante del Grupo de Ejército Norte.

Von Bock, comandante del Grupo de Ejército Centro.

El Caballero Negro: Runsdtedt, comandante del Grupo de Ejército Sur.





La Waffen-SS camino de Grecia en abril de 1941.

Blindados y artillería alemanes en las montañas de Yugoslavia, 1941.

«se esperaran» en líneas yuxtapuestas. Esta sugerencia, aunque contando con ciertos riesgos obvios, no permitiría obtener sino las victorias «vulgares» a que tan reacio se había mostrado Schlieffen treinta años antes.

Mientras tanto, el Alto Mando del Ejército (OKH) había pasado el otoño perfeccionando los planes elaborados por Marcks, que a fines de noviembre fueron sometidos a la lógica rigurosa de un juego de guerra en gran escala, uno de los métodos más apreciados por los alemanes para poner a punto sus planes. Los resultados, recogidos por Halder, jefe del OKH, en una conferencia pronunciada ante un auditorio en el que se hallaba Hitler, parecían recomendar una combinación de ambos planes, el original del OKH y el más reciente del OKW; es decir, un avance de tres grupos de ejército, no de dos, pero con primacía para el que se dirigía hacia Moscú. En su pasaje central, la conferencia decía así:

«Los más importantes centros de armamento rusos están en Ucrania, Moscú y Leningrado. Toda el área de operaciones está dividida en dos mitades, Norte y Sur, por las marismas del Pripet; en la mitad Sur, la red de carreteras es mala; en el Norte, los enlaces por carretera y ferrocarril están en mejores condiciones en la zona Varsovia - Moscú. Este sector Norte cuenta además con mayores contingentes de tropas soviéticas, que alcanzan características masivas en la línea de demarcación soviético - alemana (a lo largo de la Polonia ocupada). El Dnieper y el Dvina son las líneas más orientales que los rusos deben defender, ya que si retroceden más allá dejan al descubierto sus regiones industriales. El ejército alemán debe evitar que se formen focos de resistencia al Oeste de estos ríos, mediante la introducción de cuñas blindadas.

«Una fuerza de asalto particularmente poderosa debe atacar desde Varsovia en dirección a Moscú. De los tres Grupos de Ejército propuestos, el septentrional tendrá como punto de enfoque Leningrado y el meridional, Kiev; de este último avanzará un ejército desde Labun, otro desde Lvov y un tercero desde Rumanía. El objetivo de toda la operación será el Volga y la región de Arcángel: se emplearán 105 divisiones de infantería y 32 panzer y motorizadas, de las que se destacarán grandes contingentes (dos ejércitos) al iniciarse la segunda oleada.»

Este informe sentó las bases para que los dos Altos Mandos, OKH y OKW prepararan conjuntamente la directriz final que presentaron a Hitler el 17 de diciembre de 1940, y que fue publicada al día siguiente en nueve copias, todas con el máximo secreto. Pero de la noche a la mañana Hitler enmendó, y no de manera marginal, los objetos y objetivos preparados por sus consejeros militares. La división de fuerzas entre los tres Grupos de Ejército quedó intacta, así como sus cometidos iniciales. Sin embargo, tan pronto como se destruyera a las fuerzas rusas que defendían la Rusia Blanca (o Bielorrusia: región del Este de Polonia y al Norte del Pripet) se destacarían fuertes elementos del Grupo de Ejército Centro para ayudar al Grupo Norte y asegurar la costa báltica y Leningrado. Hasta que no se llevara a buen fin esta operación no se avanzaría sobre Moscú (maniobra que el OKH había considerado siempre como decisiva).

Tal era la esencia de la *Operación Barbarroja*, nombre en clave con que en adelante Hitler decidió llamar oficialmente su Directriz de Operaciones n.º 21. Pero esto no era todo. Un ejército de montaña, operando desde Finlandia, invadiría el Norte de Rusia, probablemente con la cooperación del ejército finlandés; el ejército rumano, que estaba ya de hecho bajo el control alemán, ayudaría con grandes contingentes a flan-

Los servidores de una ametralladora MG-34 cruzan el Drave y pisan suelo yugoslavo, abril de 1941.

Cañones autopropulsados alemanes avanzan por los Balcanes.

quear el avance hacia Kiev del Grupo de Ejército Sur. Como límite del avance se fijaba la línea Volga - Arcángel, más allá de la cual «el último baluarte industrial que quede en pie será destruido, si es preciso, por la Luftwaffe».

A continuación se determinaba la composición de los tres Grupos de Ejército. El «Norte» se compondría de los Decimosexto y Decimoctavo Ejércitos, con dieciocho divisiones de infantería, y del cuarto Panzergruppe, o Ejército Panzer, como se le llamaría más tarde, que contaba con tres divisiones panzer y otras tres motorizadas a las órdenes del general Hoeppner. Mandaría el Grupo el mariscal de campo Ritter von Leeb.

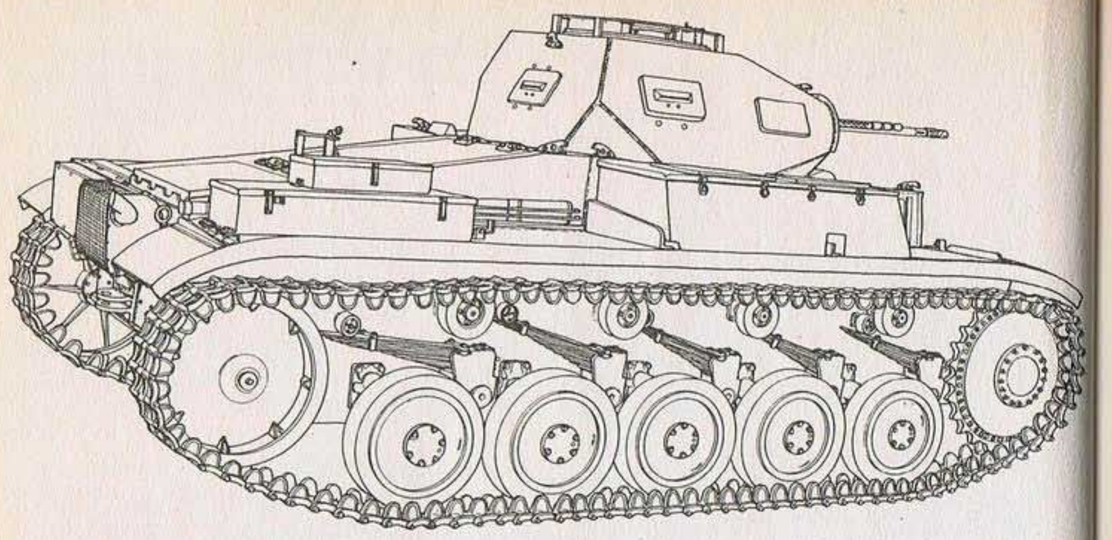
El grupo de Ejército Centro, a las órdenes del mariscal de campo von Bock, estaría formado por el Cuarto y Noveno Ejércitos, con veinticuatro divisiones de infantería. Su orden de combate se completaría con el Segundo y Tercer Panzergruppe, a las órdenes respectivas de Guderian, el gran teórico de la lucha de carros, y de Hoth. Entre los dos compartirían siete divisiones panzer y siete motorizadas.

El grupo de Ejército Sur, mandado por el mariscal de campo von Runstedt el «Caballero Negro del Ejército alemán», constaría del Sexto, Undécimo y Decimoséptimo ejércitos, el Tercer y Cuarto ejércitos rumanos y el Primer Panzergruppe de Kleist. El Undécimo y los dos ejércitos rumanos fueron separados del núcleo principal, que se concentraría al Este de Lublin y de Cracovia y se alineó a lo largo del río Pruth, en el lejano Sur. Rundstedt tenía bajo sus órdenes treinta y una divisiones, de las que cinco eran panzer y tres motorizadas. Su fuerza, por tanto, era la más débil desde el punto de vista de las unidades acorazadas.

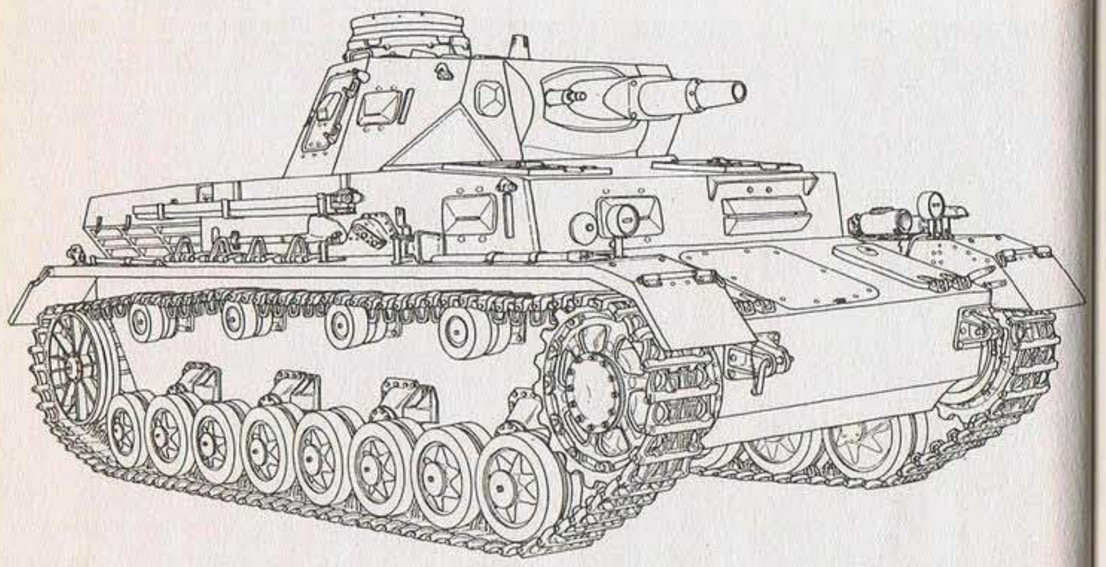
Izquierda: **Los alemanes se abren caminc en Grecia, 1941.** Abajo: **Adhesión instantánea en Salónica, 1941.**

Las divisiones panzer tenían menos carros de combate que en 1939, ya que las dotaciones divisionales de carros establecidas al principio (cerca de 400) eran sin duda exageradas y muchas de las unidades (los PzKw II e incluso los PzKw I), endebles. La reducción del número de carros y sus sustitución por otros más pesados (PzKw III y PzKw IV) se compensaba con un aumento de los efectivos de infantería. La composición de una división panzer quedó establecida en 1940 como sigue: un regimiento de carros de dos (a veces tres) *Abteilungen* de 150 a 200 carros, dos regimientos de fusileros motorizados *(Schützen)* (pronto llamados Granaderos Panzer), de dos batallones cada uno, transportados en semiorugas blindados o vehículos similares; y un batallón de reconocimiento sobre motocicletas. La artillería, también motorizada, comprendía dos regimientos de campaña, uno de cañones medios y otro anticarro. El Cuartel General de la división controlaba un batallón de reconocimiento en vehículos blindados y un reducido número de aviones de observación. Las divisiones motorizadas de infantería tenían una organización similar, y si bien carecía de carros disponían de un regimiento de fusileros adicional; cumplían la misión de seguir a los panzer para auxiliar a su infantería en el ataque, o dondequiera que se hiciera una operación de limpieza de focos aislados de resistencia.

La elevada dotación de medios de transporte mecanizados es lo que hacía de estas formaciones algo muy distinto de las divisiones ordinarias de infantería, cuyo equipo apenas se diferenciaba del que la infantería del Kaiser había utilizado en la guerra de 1914. Las baterías artilleras hipomóviles, los escalones de transporte en primera línea y los batallones de marcha lenta no eran cierta-

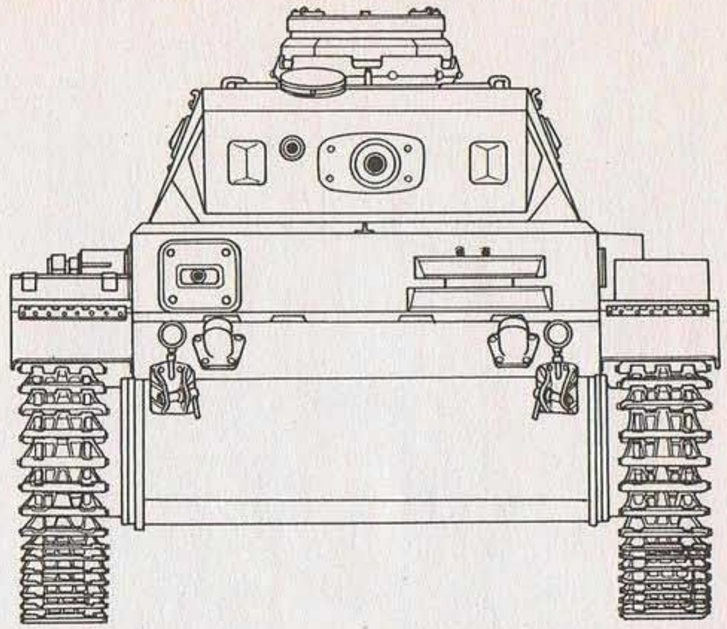


Panzerkampfwagen II «Ausf F» (Sd. Kfz. 121). Fabricado en 1940. Dotación: **3 hombres.** Peso: **9,5 tons.** Armamento: **un cañón KwK30 de 2 cm y una ametralladora coaxial MG34 de 7,92 mm.** Carga de proyectiles: **cañón 180; ametralladora 2.550.** Motor: **Maybach HL62TR de 140HP.** Velocidad: **en carretera, 50km/h; campo a través, 20km/h.** Longitud: **4,85 m.** Anchura: **2,40 m.** Altura total: **2,15 m. La suspensión de ballestas era similar a la de los modelos A, B y C, pero se construyó un nuevo casco para este modelo, aumentando el espesor del blindaje.**

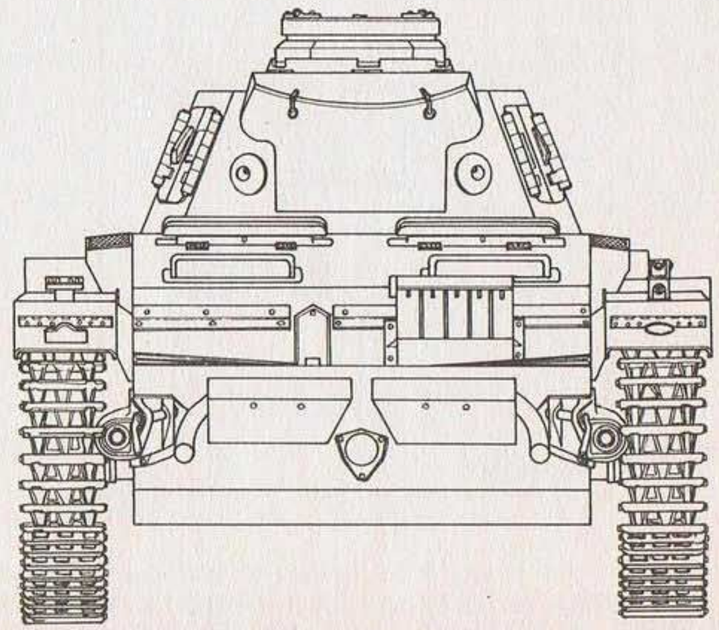


Panzerkampfwagen IV «Ausf C». Peso: **20 tons.** Dotación: **5 hombres.** Cañón principal: **un KwK (L/24) de 7,5 cm y una ametralladora coaxial de 7,92 mm.** Carga de proyectiles: **cañón 80; ametralladora 2.700.** Motor: **Maybach HL120TRM de 300HP.** Velocidad máxima: **en carretera, 40 km/h; campo a través, 20 km-h.** Longitud: **5,85 m.** Anchura: **2,85 m.** Altura: **2,60 m. Este modelo no llevaba ametralladora en el casco, pero tenía una aspillera en el lado izquierdo de la coraza frontal. Destaca una única escotilla a cada lado de la torreta; las escotillas gemelas aparecieron a partir del modelo F. El cañón de 7,5 cm estaba montado en un mantelete interior.**

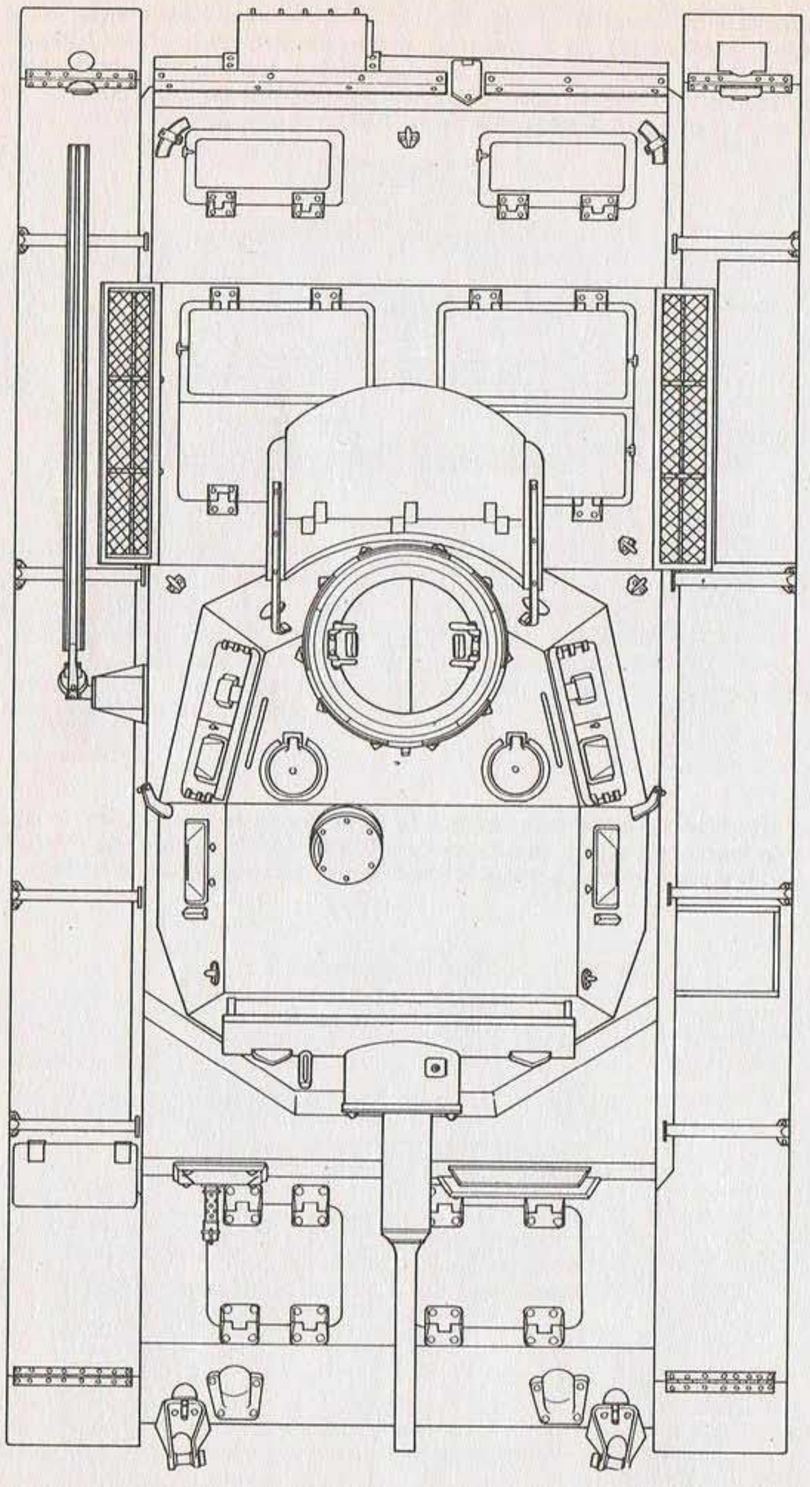
Panzerkampfwgen III «Ausf F». Peso: **20,3 tons.** Dotación: **5 hombres.** Armamento: **un cañón principal KwK (L/42) de 5 cm, una ametralladora coaxial de 7,92mm y otra en el casco, también de 7,92 mm.** Carga de proyectiles: **cañón, 99; ametralladora, 2.600.** Motor: **Maybach HL120TRM de 300HP.** Velocidad máxima: **en carretera, 40 km/h; campo a través, 18 km/h.** Longitud: **5,40m.** Anchura: **2,90m.** Altura: **2,45m.**



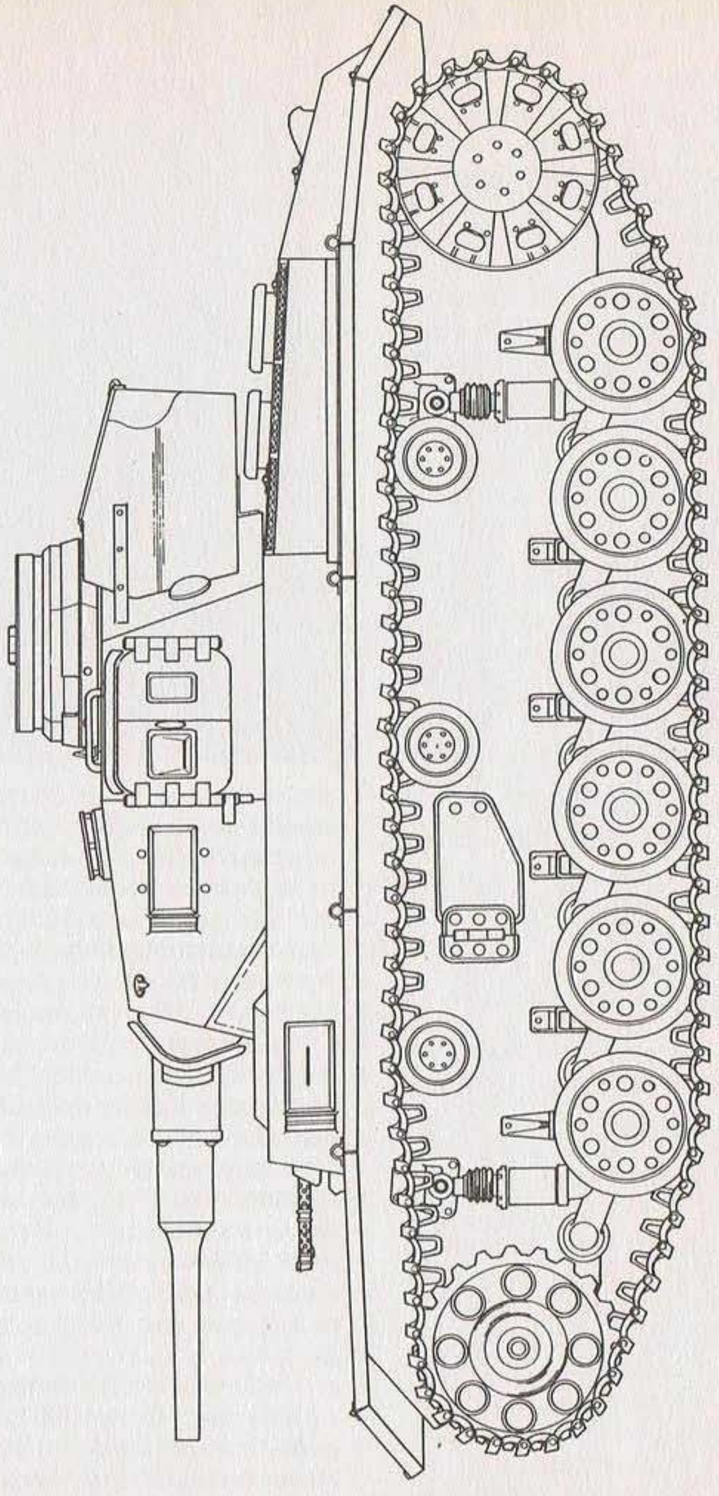
Vista frontal: **El visor del conductor está a la derecha de la ilustración, la ametralladora del casco a la izquierda y hay dos tubos ventiladores en la plancha frontal del casco. Lleva dos mirillas para el cargador y artillero en el mantelete de la torreta.**



Vista posterior: **Lleva cinco generadores de humo que se accionaban desde la torreta.**



Vista superior: **Las escotillas de acceso del conductor y de los radiotelegrafistas están encima de la superestructura frontal, y las escotillas del motor, en la parte posterior. Obsérvese la antena en la parte posterior derecha.**



Vista lateral: **Véase la escotilla de escape en el lateral del casco. El vehículo estaba provisto de una de las primeras cúpulas de mando con cinco mirillas y una caja de almacenamiento en la parte posterior de la torreta. El tipo de tracción por rueda dentada y rodillo tensor se emplearon también en los modelos E y G.**

mente las formaciones que permitirían a los alemanes ganar las batallas de envolvimiento. Como los acontecimientos de 1940 en Francia habían demostrado, era la velocidad de las avanzadillas blindadas lo que contaba en la nueva guerra, o mejor, en el estilo alemán de hacer la guerra. Mientras la infantería pudiera garantizar una marcha de treinta o cuarenta kilómetros diarios, los panzer podrían arriesgarse a llevarle una ventaja de 100 kilómetros. Después no tenían que esperar más de dos o tres días para que aquélla se pusiera a su altura.

La concentración de los vastos contingentes de divisiones de infantería y mecanizadas que iban a emplearse en la Operación Barbarroja debía estar concluída para el 15 de mayo. Debían dirigirse al Este en cuatro oleadas. La primera estaba ya en su lugar cuando se dio a conocer la directriz Barbarroja. La segunda llegaría a mediados de marzo, la tercera a mediados de abril y la cuarta a finales de este mismo mes. En la última etapa no sería ya posible ocultar la extensión del despliegue. Sin embargo, antes de poderse completar la concentración, los acontecimientos de los Balcanes interrumpieron el desarrollo de los planes hitlerianos para el teatro de operaciones oriental. A últimos de marzo, un grupo de patriotas y oficiales anti-nazis del ejército yugoslavo, dirigidos por el general Merkovich, derrocó la Regencia del príncipe Pablo, un entusiasta pro-nazi, y renunció a la firma del Pacto Tripartito que vinculaba a su país con Alemania, Italia y Japón. Hitler, que empezaba a sentir cierta impaciencia despreciativa por el escaso éxito de los italianos en su guerra privada con Grecia, decidió que había llegado la hora de intervenir directa y decisivamente en los Balcanes. Las tropas destinadas a la Operación Barbarroja fueron reagrupadas y realineadas, y el 6 de abril se dictó una nueva orden con la que iniciaba la campaña de los Balcanes.

Su duración fue breve: los yugoslavos

capitularon el 17 de abril; los ejércitos griegos que luchaban en el frente albano lo hicieron el 20, el gobierno griego aceptó la derrota cuatro días más tarde, y esa misma fecha la fuerza expedicionaria británica que Churchill había enviado en socorro de los griegos, al intervenir los alemanes, empezó su retirada por Creta. La isla cayó además en manos de los alemanes como resultado de una brillante pero costosa operación aerotransportada el 26 de mayo.

La campaña de los Balcanes no supuso simplemente el paso de nuevos territorios a poder de los alemanes aunque este aspecto no debe ser desdeñado dado el significado estratégico de la zona capturada. Tal y como resultarían las cosas, lo decisivo fue el retraso que sufrió la Operación Barbarroja. Planeada en principio para el 15 de mayo, no pudo iniciarse hasta mediados de junio: cinco semanas que, como Hitler y el mundo reconocerían más tarde, quizá decidieron la diferencia entre el éxito y el fracaso del ejército alemán en Rusia. Cinco semanas son un gran bocado que se quita al verano ruso.

Pero Hitler, aunque irritado por el retraso que la campaña balcánica impuso a sus planes (al principio, «la perfidia» yugoslava le produjo un tremendo ataque de ira), no se sintió amilanado en su decisión de llevarlos adelante. Si en principio había decidido lanzar la operación por razones prácticas, ésta constituía ahora una obsesión para él. El hombre en clave, apodo de un emperador alemán que en el siglo XII organizó una Cruzada contra los paganos eslavos, revela el papel histórico que Hitler se había asignado. Y estaba decidido a cumplirlo despiadada y opresivamente. Así lo reveló a sus comandantes de los servicios armados en el discurso que les dirigió en marzo:

«La guerra contra Rusia no será una guerra caballeresca: están en juego ideologías y diferencias raciales, y por tanto será conducida con una dureza sin precedentes, implacable e inflexible. Todos los oficiales tendrán que librarse de ideologías anticuadas. Ya sé que muchos de ustedes, generales, no pueden comprender la necesidad de utilizar tales medios para hacer la guerra, pero... insisto en que se cumplan todas mis órdenes sin discutirlas. Los comisarios sustentan ideologías totalmente opuestas al nacionalsocialismo; por consiguiente, deben ser liquidados. Los soldados alemanes culpables de quebrantar las leyes internacionales... serán excusados. Rusia no tomó parte en la Convención de La Haya y por tanto no tiene ningún derecho».

Para gran parte del ejército alemán, estas ideas eran intolerables, pero nadie se atrevió a protestar abiertamente y, como después se comprobaría, la mayoría acató las órdenes de Hitler sin discusión. Para los oficiales de la SS, que habría de administrar y explotar el territorio ruso capturado, el discurso de Hitler no hacía más que aclarar la política que habían decidido implantar desde hacía ya tiempo. Rusia tendría en sus manos una muerte lenta.

Paracaidistas alemanes asaltan una posición británica en Creta, mayo de 1941.

La gran rotura

La corta noche veraniega del 21 al 22 de junio de 1941 transcurrió tranquilamente a todo lo largo de la frontera rusa con Europa occidental. El expreso Berlín-Moscú la atravesó en el horario previsto. Los puestos aduaneros permanecieron abiertos.

A las 03,30 se inició un intenso fuego de barrera. Las endebles defensas rusas de vanguardia desaparecieron tras una cortina de humo. La infantería y los carros de combate alemanes iniciaron el ataque masivo. Una comandancia rusa transmitió a su mando el siguiente mensaje: «Nos disparan. ¿Qué hacemos?» La respuesta fue la siguiente: «Debe estar usted loco. ¿Quiere explicarme por qué no transmite en clave?»

Sin embargo, contrariamente a la creencia general, los rusos no fueron tomados del todo por sorpresa; o para ser más precisos, no lo fueron los altos mandos. Timoshenko, probablemente con la aprobación de Stalin, despachó una alerta a los estados mayores de los distritos militares, advirtiéndoles de la probabilidad de un ataque alemán al amanecer del día siguiente y ordenándoles defender sus unidades.

El aviso llegó demasiado tarde para que pudieran tomarse medidas efectivas contra la embestida alemana. De hecho, la mayoría de las formaciones rusas desplegadas en posiciones avanzadas no recibieron aviso del asalto y fueron sorprendidas en sus posiciones; pero esto era algo que tenía que ocurrir. Las defensas fronterizas, ocupadas por el Ejército Rojo sólo desde 1939 (y en el sector Sur, en las antiguas provincias rumanas, desde julio de 1940), no estaban organizadas en potencia ni en profundidad, y potencia y profundidad —más una gran reserva móvil para el contraataque— son esenciales para defenderse de un ataque blindado. La línea Stalin, fortificada de forma impresionante en algunos tramos, quedaba demasiado alejada de la frontera posterior a 1939 para recibir ayuda, y el despliegue del Ejército Rojo, ordenado por Stalin, era además casi en su totalidad lineal. Más aún: dondequiera que las unidades se escalonaban en profundidad, el alto mando ruso, en los primeros días de la invasión, las envíaba de inmediato a posiciones avanzadas para hacer frente a

Un batallón de reconocimiento del Panzergrupe 2 desfila ante Guderian, julio de 1942.

la infiltración enemiga. Decisiones de este tipo eran aprovechadas con ventaja por los alemanes.

La estrategia alemana en el frente central, a lo largo de la carretera Minsk - Smolensko que va hasta Moscú, era simple. Primero se rodearía al ejército ruso que defendía la zona, cortando su línea de retirada hacia el Este en los ríos Dvina y Dnieper, y allí se le asestaría golpe tras golpe y se le acosaría hasta acabar con él. Después, el Grupo de Ejército Centro se adueñaría del «puente de tierra» situado entre las cabeceras del Dvina y el Dnieper (que desembocan, respectivamente, en el Báltico y el Negro) y lo cruzaría en su camino hacia Moscú.

La primera fase del ataque se cerró con un éxito casi enervante. El contingente de la Luftwaffe que apoyaba las operaciones, la Luftflotte 2 (flota aérea) destruyó gran número de aviones de la Fuerza Aérea Roja en el suelo y cuando halló oposición en el cielo, se adueñó de él con facilidad, infligiendo a los soviéticos grandes pérdidas. Los rusos, que acababan de poner en servicio la nueva generación de cazas modernos, no eran enemigo para unos aviones y pilotos de la calidad y experiencia de la Luftwaffe. En tierra, la infantería, siempre valiente, carecía de las armas adecuadas para resistir la penetración de las poderosas columnmas panzer; sus fusiles anticarro no podían atravesar el blindaje de un PzKw III, y menos el de un PzKw IV, y su cañón anticarro de 47 mm —arma excelente que los alemanes adoptarían más tarde con entusiasmo— no se había distribuido todavía en cantidades suficientes. Por ello, aunque las divisiones del Grupo de Ejército Centro tuvieron que iniciar sus operaciones con el asalto de varios ríos —el Niemen en el Norte, el Bug en el sector Sur—, no hallaron dificultades en abrirse paso hasta la orilla opuesta y en poner pronto pie en tierra.

Arriba: **Cruce de un río al asalto.** Izquierda: **Una columna de PzKw IV.**

Brest - Litovsk, fortaleza fronteriza en la que los alemanes habían dictado la paz a los bolcheviques veintitrés años antes, resistió durante casi una semana; pero aunque dominaba un importante cruce del Bug, no detuvo el avance, ya que los alemanes recurrieron a la estratagema de dejar una división simulando el cruce (como habían hecho en Maubeuge, camino del Marne, en 1914) mientras establecían otras cabezas de puente más al Sur.

Su penetración era doblemente peligrosa para las fuerzas rusas que se les enfrentaban —el Tercero, Cuarto, Décimo y Decimotercer ejércitos—, pues la frontera se adentraba en el Oeste en ese punto, formando el saliente de Bialystok, en cuya cara opuesta estaban las posiciones alemanas de Prusia Oriental; cuando desde allí se produjo una infiltración similar a la de Brest - Litovsk, todas las fuerzas rusas que operaban en la zona se vieron bajo la amenaza de un envolvimiento.

La contabilización de los resultados de los dos primeros días de la contienda inclinó a Von Bock a creer que, para escapar al inminente envolvimiento, las tropas rusas, quizás siguiendo órdenes del Alto Mando, estaban abandonando sus posiciones y huían hacia el Este con la intención de restablecer sus defensas en la línea Dvina-Dnieper. Propuso, pues, al Cuartel del Alto Mando (OKH) que los Panzergruppen, en especial el 3 de Hoth, abandonaran su misión de cerrar la tenaza alrededor de Minsk —a unos 325 kilómetros de su punto de partida— y se dirigieran directamente contra Smolensko, en el Dnieper, 200 kilómetros más allá. Pero el OKH, temiendo que el Panzergruppe quedara aislado si se lanzaba a esa maniobra —y el aislamiento lleva a la destrucción de la *blitzkrieg*— insistió en que Von Bock se ciñera a la directriz original: primero, cerrar la tenaza alrededor de Minsk; sólo después, alrededor de Smolensko. El Panzergruppe 3, siguiendo el plan, inició su marcha hacia el interior del 24 de junio.

Quedó claro entonces que los rusos a

Izquierda: **En la estepa.** Abajo: **En espera del avance, 30 de junio de 1941.**

los que se había visto huir no intentaban una retirada estratégica, sino que, simplemente, abandonaban unas posiciones insostenibles. Las nuevas a las que su huida les había llevado, entre los envolventes brazos de los Panzergruppen y las divisiones de infantería del Cuarto y Noveno ejércitos, no resultaron ser más seguras.

De hecho, no podían escapar a las columnas blindadas alemanas que, avanzando a razón de ochenta kilómetros diarios o más, eran probablemente las formaciones más rápidas del mundo por aquellas fechas. Sin embargo, empezaron a confirmarse los temores del OKH en el sentido de que, si los panzer seguían avanzando sin esperar a sus comunicaciones de retaguardia, quedara roto el frente. De hecho, los rusos, atrapados y luchando a la desesperada, empezaban a encontrar puntos débiles en los brazos de la tenaza, en particular en el formado por el Panzergruppe 2 de Guderian, y amenazaban con romper el cerco por el Sudeste. El curso que tomaban los acontecimientos no gustó nada al OKH, ya que las formaciones huídas se dirigían hacia las marismas del Pripet, y acechando desde aquella impenetrable fortaleza ofrecerían una seria amenaza a los escalones de abastecimiento alemanes cuando pasaran por allí más tarde.

Por lo tanto, el 25 de junio, en vista de ambos peligros —el aislamiento del Panzergruppe 2 y la creación de un foco potencial de resistencia en la retaguardia—, el OKH ordenó que las divisiones de infantería del Cuarto y Noveno ejércitos estrecharan el cerco. Con dicha orden pretendían obtener militarmente lo mismo que se había conseguido en 1940 en la lucha con los franceses, con la consiguiente merma de su moral: la destrucción de su capacidad de resistencia. Pero, una vez rodeados, los soldados rusos no se comportaron como los franceses en circunstancias similares. Conti-

nuaron luchando, y sólo con su exterminio podía considerarse seguro el terreno que defendían.

Como consecuencia, el 25 de junio, el Grupo de Ejército Centro se encontraba luchando nada menos que en tres batallas de envolvimiento: una —la menor en escala—, en la fortaleza de Brest-Litovsk; otra, en Biaylstok, donde seis divisiones rusas habían sido sitiadas durante la acometida inicial; y la tercera alrededor de Volkovysk, donde en ese mismo día se había completado el movimiento envolvente sobre otras seis divisiones.

El 29, el Grupo de Ejército agregó a esa lista una nueva batalla análoga: la que trataba de reducir una gran bolsa situada al Oeste de Minsk, en cuyo interior había unas quince divisiones formadas por refugiados de la frontera y refuerzos del interior de Rusia. Al día siguiente, la reducción de las bolsas de Bialystok y Volkovysk había avanzado tanto que los alemanes pudieron retirar considerables contingentes de infantería y enviarlos a rellenar los huecos que quedaban en la cadena de blindados que atenazaba Minsk.

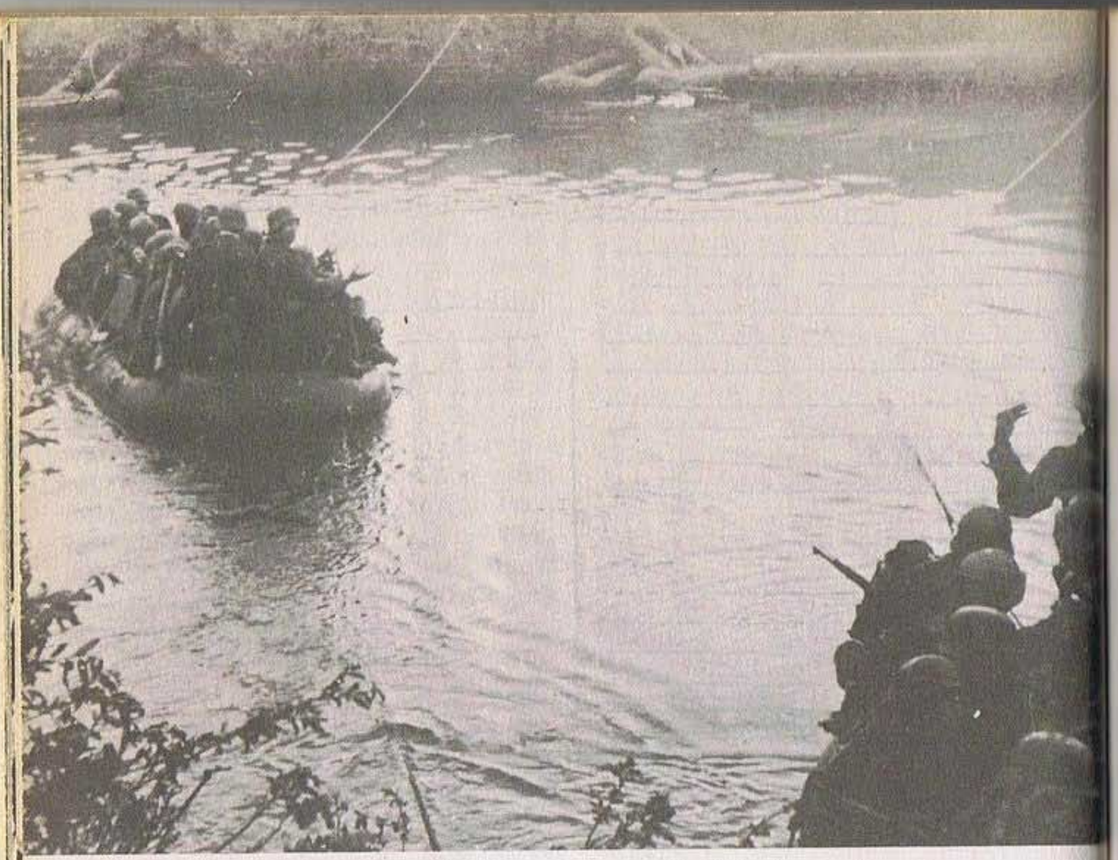
Con todo, esta última bolsa no sucumbió hasta el 9 de julio, viéndose forzada la infantería alemana a acudir una y otra vez en ayuda de los panzer, por las escasas y deficientes carreteras existentes.

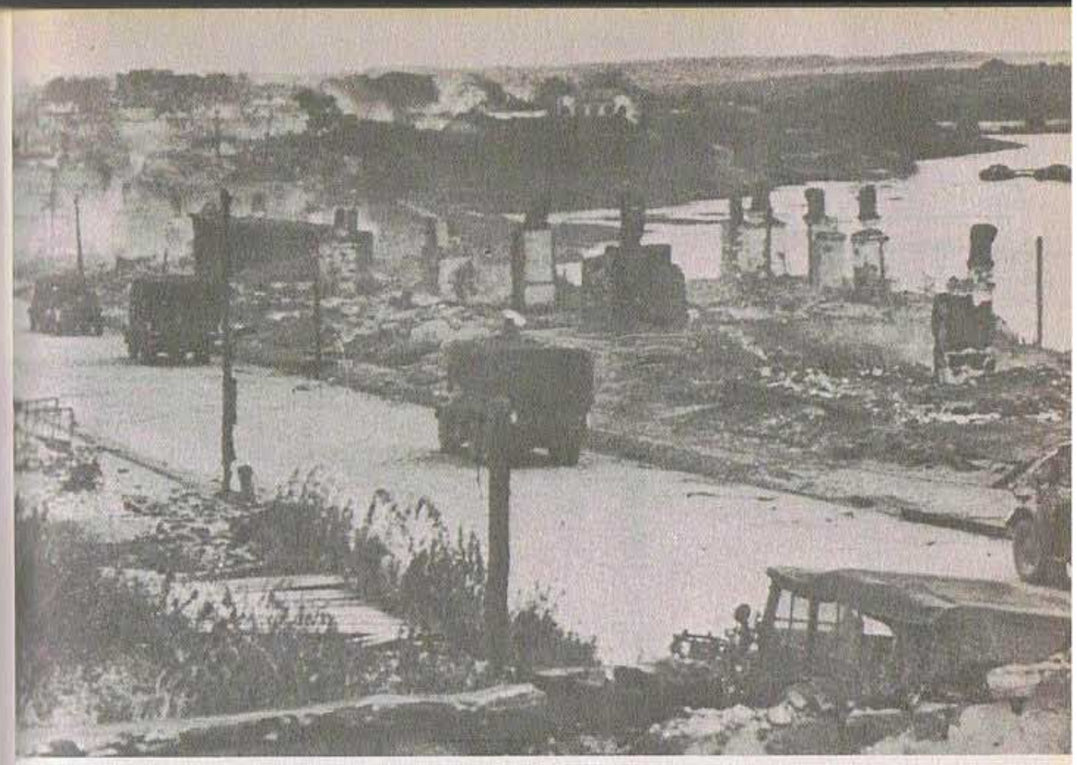
El Cuartel del Alto Mando dio a conocer el 1 de julio las órdenes para la próxima fase, en cuya virtud los Panzergruppe de Hoth y de Guderian se subordinarían a Kluge, convertido en comandante del Cuarto Ejército Panzer una vez que entregó al general von Weichs el mando del ahora llamado Segundo Ejército. La primera orden que recibió en su nuevo cargo fue la de «romper el frente en dirección a Moscú». El Panzergruppe 2 trataría de atravesar el Dnieper al Sur de Smolensko, para seguir la línea de la carretera Minsk-Moscú (mala suerte para los comandantes de los panzer que ya se veían conduciendo sus carros de combate por una autopista: no se imaginaban que en gran parte era poco más que una superficie enlodada) y capturar los altos del Yelna en el recodo del río Desna. El Panzergruppe 3, en el flanco septentrional, conservaría su eje actual y continuaría siguiendo el curso alto del Dvina hasta Vitebsk, donde rompería el frente para capturar la zona situada al Norte de Smolensko. Los ejércitos de infantería Segundo (antes Cuarto) y Noveno se esforzarían para mantenerse el paso de las avanzadillas blindadas. El apoyo de la Luftwaffe no se alteraba: el Fliegerkorps II protegía a las fuerzas del Sur, y el Fliegerkorps VIII a las del Norte.

La operación empezó en seguida, el 3 de julio, antes de que la infantería de los dos ejércitos en marcha del Grupo de Ejército hubiera tenido tiempo de sofocar la última resistencia rusa en la bolsa de Minsk, por lo que, en principio, el avance contra Smolensko fue por fuerza una operación blindada.

Nada más empezar se halló la mayor resistencia encontrada hasta el momento. El Panzergruppe 2 se vio detenido en su intento de cruzar el Beresina cerca de Borisov, en la carretera principal Minsk-Smolensko. El cruce del Dnieper a su paso por Rogachev o del Dvina a su paso por Polotsk no eran alternativas aceptables para el avance, al menos según la opinión del estado mayor del Grupo de Ejército, por lo que se planteó de forma apremiante el problema inherente a toda operación *blitzkireg:* o se aceptaba el retraso y se esperaba a que la infantería se pusiera de nuevo a la altura de los panzer, o se encomendaba a estos últimos el asalto de las posiciones defensivas del enemigo al modo de la infantería. Ambas soluciones eran insatisfactorias; la primera suponía perder tiempo, un tiempo en el que el enemigo reorganizaría sin duda sus posiciones y

La esvástica es izada en Brest-Litovsk, 9 de julio de 1941.





Arriba izquierda: **Un pelotón de zapadores de asalto cruza el Bug por Litonitz.** Izquierda: **Minsk después de un bombardeo de la Luftwaffe.** Arriba: **Una columna motorizada avanza por las ruinas de Minsk.**

reforzaría las reservas; la segunda significaba exponer las fuerzas acorazadas y las disciplinadas unidades motorizadas (granaderos panzer, como pronto se les llamaría) a sufrir grandes pérdidas, nada fáciles de reemplazar.

Bock decidió arriesgarse a esto último, pero, con gran acierto, concentró las fuerzas acorazadas del Panzergruppe 2 antes de intentar el golpe. Ordenó, pues, su desplazamiento al sector de Mogilev, en el Dnieper, y desde allí lo lanzó hacia Smolensko por carreteras secundarias y campo a través. Más la excelente resistencia de los rusos en esa vital línea haría la misión más fácil de planear que de ejecutar. Hasta el 10 de julio, una semana después de empezada la operación, las unidades del Panzergruppe 2 no pudieron dejar sus huellas en la otra orilla.

Para entonces el Panzergruppe 3 había conseguido una importante ruptura del frente en la ruta Norte a Smolensko, destruyendo las defensas rusas del Dvina y estableciendo una gran cabeza de puente en Vitebsk. Tan prometedor le pareció el curso de los acontecimientos a Bock que por un momento consideró la marcha de una gran parte del Panzergruppe 2 campo a través para unirse a la explotación del éxito. Algunos informes no tan optimistas le frenaron, sin embargo, en su decisión; con todo, cuando se secó el terreno los panzer de Guderian consiguieron establecer su propia cabeza de puente cerca de Mogilev.

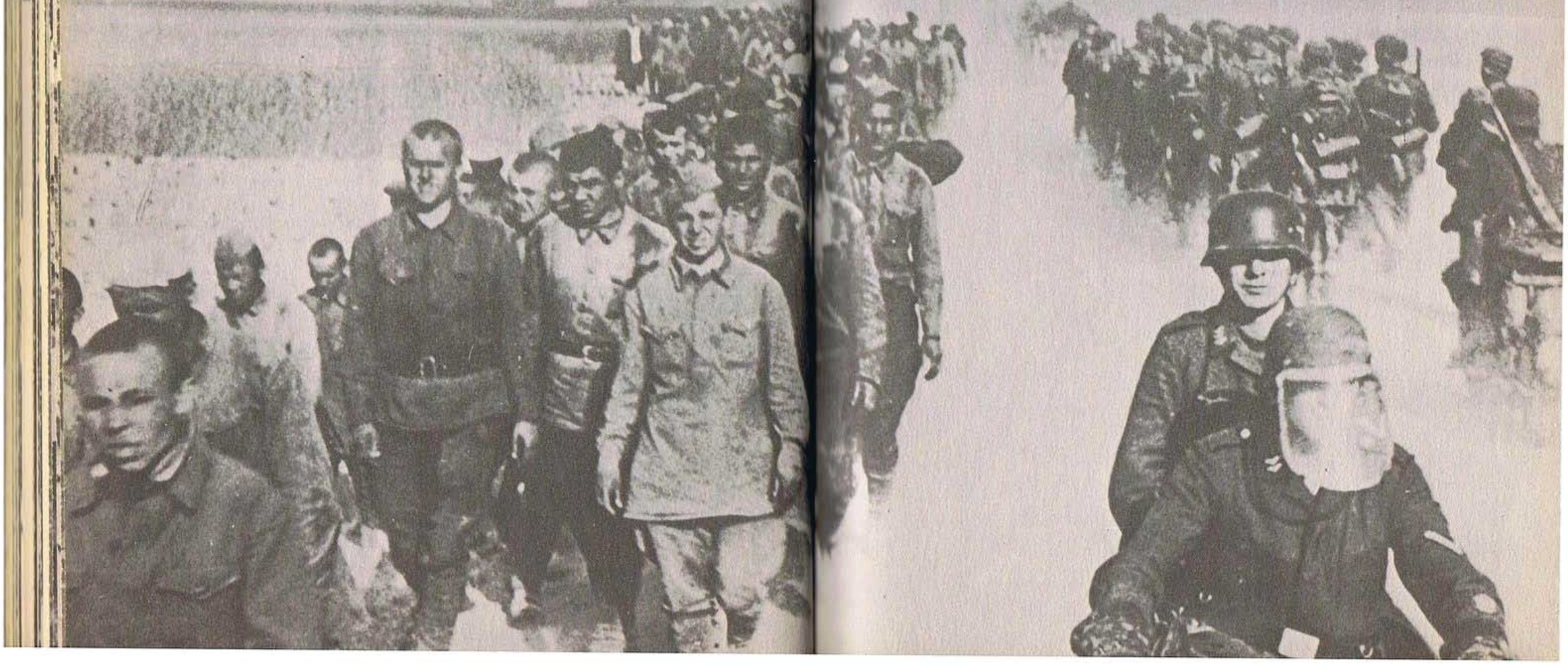
Tras una dura lucha en ambas cabezas de puente, entre el 11 y el 13 de julio, se consiguió por fin la auténtica ruptura que con tanta ansiedad experaban Bock, Hoth y Guderian. Hoth, sobre todo, con su Panzergruppe 3, profundizó en territorio enemigo avanzando a gran velocidad y logró poner una división en la carretera Smolensko-Moscú el 15 de julio; un día después envió otra división sobre Smolensko, capturándola, para sorpresa suya y aún de los defensores,

con extremada rapidez. Cuando sus avanzadillas llegaron a Yelna, ochenta kilómetros al Sudeste de Smolensko, el 17 de julio, la nueva bolsa estaba casi cerrada. En su interior había varios grupos de divisiones rusas: uno de seis o siete cerca de Mogilev, otro de tres o cuatro cerca de Vitebsk, y uno mayor de doce a catorce al Este de Smolensko. Ninguna de ellas representaba una seria amenaza para los alemanes, ya que estaban escasas de municiones y desconectadas de sus fuentes de abastecimientos, pero había que impedir que rompieran el cerco y forzar su rendición sin demora.

Como en ocasiones anteriores, el trabajo principal debería haberlo realizado la infantería del Segundo y Noveno ejércitos, pero sus divisiones estaban entonces a unos trescientos veinte kilómetros de las fuerzas acorazadas de vanguardia y no podían avanzar más de prisa de lo que les permitían sus pies: unos treinta kilómetros diarios. En consecuencia, se formó enseguida un cordón de carros de combate, semiorugas y granaderos panzer, que, sin embargo, no pudieron impedir que varias partidas de soldados rusos se escabulleran hacia el Este. En algún punto del valle del Dnieper, grandes extensiones de terreno quedaron desprotegidas, pues Guderian estaba muy ocupado atendiendo a las demandas de ayuda que llegaban de otros sitios. Por esos huecos, importantes contingentes de rusos, muchos de ellos avanzando en formación, lograron romper el cerco, si no hacia la seguridad —ya que ningún lugar de la Rusia occidental podía considerarse seguro en el verano de 1941—, sí al menos para seguir luchando un día más. Hasta el 27 de julio no pudo tenderse una barrera infranqueable alrededor de la bolsa, y hasta el 5 de agosto no se puso fin a la resistencia rusa en la misma.

La tardanza se debió en parte, a que, durante el tiempo que permaneció abierto, el hueco del Dnieper se empleó no sólo como medio de huída sino también como un canal, que los alemanes tardaron en detectar, para la introducción de refuerzos y abastecimientos. Esta medida definía una postura más inteligente y una respuesta mucho más resuelta y adaptada al desafío de la *blitzkrieg* que la que los alemanes habían encontrado en el Frente Occidental. Ante la embestida alemana y el colapso evidente de las defensas fronterizas en las primeras horas de la invasión —por no decir nada del colapso de sus afirmaciones sobre la impenetrabilidad de dichas defensas y la imbatibilidad del Ejército Rojo—, los dirigentes rusos habían mantenido al menos su jefatura colectiva. El 23 de junio habían creado un Comité de Defensa Nacional (GOKO), integrado por Stalin, Voroshilov (comisario de Defensa), Beria (jefe de la NKVD, policía secreta del Estado), Molotov (comisario de Asuntos Exteriores) y Malenkov (adjunto de Stalin en la maquinaria del partido). Bajo la dependencia directa del Comité había un Estado Mayor, la Stavka, que, al ser reorganizada el 10 de julio, contó como miembros a Stalin, Molotov y Voroshilov por el partido, y a Timoshenko, Budenny, Shaposhnikov (jefe del Estado

Prisioneros rusos capturados en Smolensko.



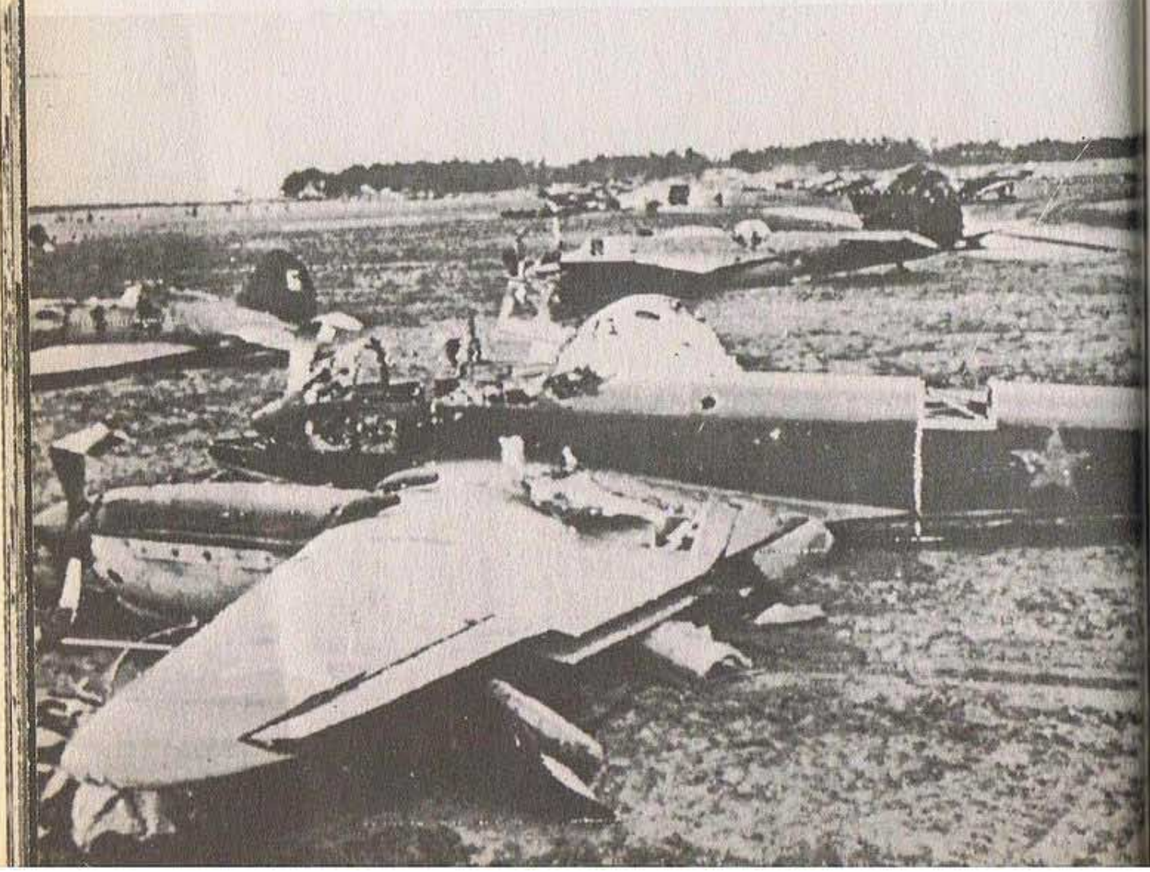
Molotov.

Los alemanes emplean el fuego para combatir a los guerrilleros.

Beria, jefe de la policía secreta de Stalin.

Prisioneros capturados en el cerco Smolensko.

Arriba: **En primer término, carro de combate alemán (ex checo) 35 (t); al fondo, PzKw III.** Abajo: **La Luftwaffe inutilizó gran parte de la Fuerza Aérea Roja en el suelo. Cazas I-16 (a la izquierda) y (en primer término) un bombardero PE-2.**



Mayor Central) y Zhukov (vencedor de la batalla de Kholkin-Gol contra los japoneses en 1939) por el ejército. Esta composición mixta no respondía tan sólo a una convencional práctica comunista: reflejaba además la nueva asunción del control político directo sobre el ejercicio del mando militar. «El mando dual» (esto es, el reparto de la responsabilidad entre el militar y el comisario) se introdujo de nuevo en el Ejército Rojo el 16 de julio.

Volvió a introducirse también, aunque tomándola de una tradición política más antigua, la ejecución de los mandos que fracasaban (a los que se calificó oficialmente de «culpables»), el comandante del Frente Occidental, general Pavlov, ante la corta resistencia opuesta por sus líneas a la acometida del Grupo de Ejército Centro, fue fusilado a primeros de julio junto con sus jefes de Estado Mayor y del Servicio de Transmisiones. No serían éstas las últimas víctimas, ni siempre serían de tan alta jerarquía: varias unidades de la NKVD —«destacamentos de seguridad de la retaguardia»— fueron apostadas detrás de la línea del frente para interceptar y reconvenir a quienesquiera —individuos o unidades formadas— que la abandonaran sin una orden previa.

Además, para asegurarse del ejercicio de la autoridad a todos los niveles, Stalin y la Stavka arbitraron el 10 de julio una estructuración más realista del mando operativo. Se crearon tres nuevos Frentes (un Frente ruso equivale a un Grupo de Ejército occidental), con límites aproximadamente similares a los de los tres Grupos alemanes. Al Grupo de Ejército Sur (Runstedt) se oponía el Frente Sudoccidental, a las órdenes del mariscal Budenny, quien, si bien intelectualmente no podía compararse con Runstedt, era una figura carismática de la edad heróica del Ejército Rojo durante la guerra civil; como comisario político suyo, Stalin designó a Nikita Kruschev, subordinado de confianza y antiguo agente de la colectivización en Ucrania. Para combatir contra el Grupo de Ejército Central (Bock) se formó un nuevo Frente Occidental a las órdenes de Timoshenko, y la lucha contra el Grupo de Ejército Norte se encomendó al Frente Noroccidental, bajo el mando nominal de Vorishilov.

No obstante, ni la resolución de los niveles superiores, ni la reorganización de los inferiores daban respuesta al problema más apremiante de Rusia: la presencia de fuerzas adiestradas y de equipo de primera calidad en el frente. A mediados de julio, las pérdidas alcanzaban proporciones impresionantes. De la fuerza aérea, más de 3.000 aviones habían sido destruidos, la mayor parte en los primeros cinco días, y aún se trataba de un cálculo moderado en comparación con otros que elevaban la cifra hasta 6.000, prácticamente la totalidad del poder aéreo de primera línea. Las bajas en tierra eran aún más escalofriantes: de 164 divisiones rojas identificadas, el OKH estimó, el 8 de julio, que había destruido ochenta y nueve, más de la mitad. La autenticidad al cálculo se refuerza si se tiene en cuenta que el Grupo de Ejército Centro hizo 300.000 prisioneros y capturó 2.500 carros de combate y 1.400 cañones, destruyendo casi por completo cuatro Ejércitos soviéticos. En la batalla de la bolsa de Smolensko, iniciada poco antes de que Stalin reorganizara su Alto Mando, ese mismo Grupo de Ejército capturó otros 310.000 prisioneros, 3.200 carros y 3.100 cañones. Hay que admitir que gran parte del equipo era de segunda clase —pocos de los nuevos T-34 o KV-I habían entrado entonces en servicio—, pero muy poco quedaba en los arsenales para reponer tales pérdidas y, en lo que concierne a las bajas humanas, sólo se podían reemplazar mediante reclutamientos de la reserva o de las filas, a medio instruir, de la *Osoaviakhim*. Para sustituir a las formaciones destruidas se crearon, pues, las unidades *Opolchenie*, «milicia del pueblo».

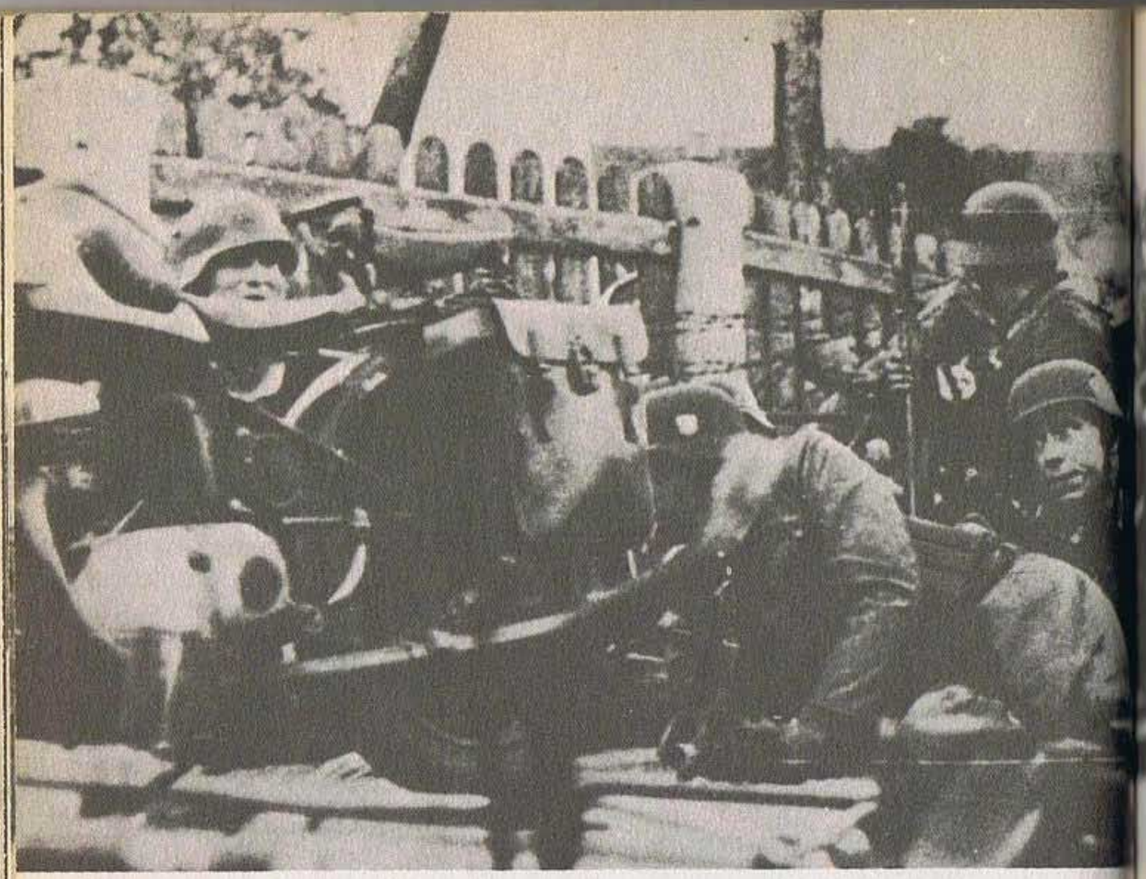
Con todo, a pesar de tantos desastres y de la evidente incompetencia de gran

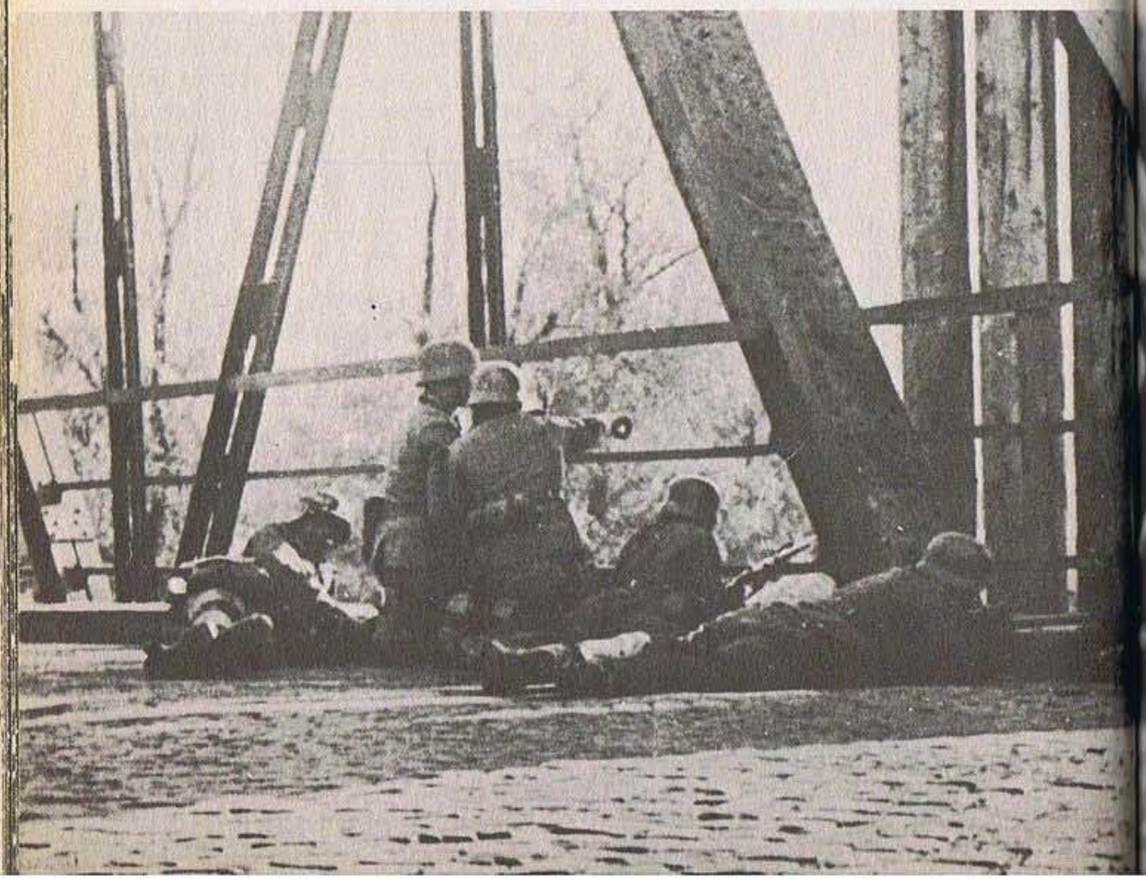
Izquierda: **Atrás quedan en llamas los nidos de resistencia; la marcha continúa.** Abajo: **Los alemanes dejan tras de sí la destrucción.**

parte de la maquinaria militar, no abundan los informes sobre rendiciones voluntarias masivas. La llamada de Stalin a la «guerra patriótica» había pulsado una cuerda sensible de la masa de población rusa, tan apegada tradicionalmente a su patria. Los soldados se rendían cuando no tenían otro remedio, a veces en gran número, pero los informes alemanes sobre la campaña, tanto oficiales como personales, ponen más bien de relieve su tozuda negativa a deponer las armas a menos que estuvieran completamente rodeados y sin munición.

No era, sin embargo, el estado de la moral rusa lo que más interesaba a los alemanes en aquellos momentos. Deslumbrados por la magnitud material de la victoria en el frente central, traron de estimar sus resultados y de programar el futuro. Por lo demás, los acontecimientos no sólo habían seguido un curso favorable en el frente del Grupo de Ejército Centro; los otros dos Grupos habían ganado también mucho terreno e infligido serias derrotas al enemigo.

El Grupo de Ejército Norte, el más débil de los tres, con sólo veinte divisiones de infantería y el Panzergruppe 4, a las órdenes de Hoeppner, tenía asignado como objetivo Leningrado, además de asegurar la costa del golfo de Finlandia y —lo que era más importante— destruir las fuerzas rusas que encontrara en su avance. Su penetración en las defensas fronterizas fue rápida y expédita, ya que la única oposición al ataque del Panzergruppe 4 fue la que protagonizó, el 22 de julio, una división de fusileros que defendía un frente de sesenta y cinco kilómetros. Avanzando en tres columnas —el Decimoctavo Ejército por la costa, el Panzargruppe 4 por el Centro y el Decimosexto Ejército por la derecha, flaqueando las divisiones más septentrionales del Grupo de Ejército Centro, se adentró a gran velocidad en Li-



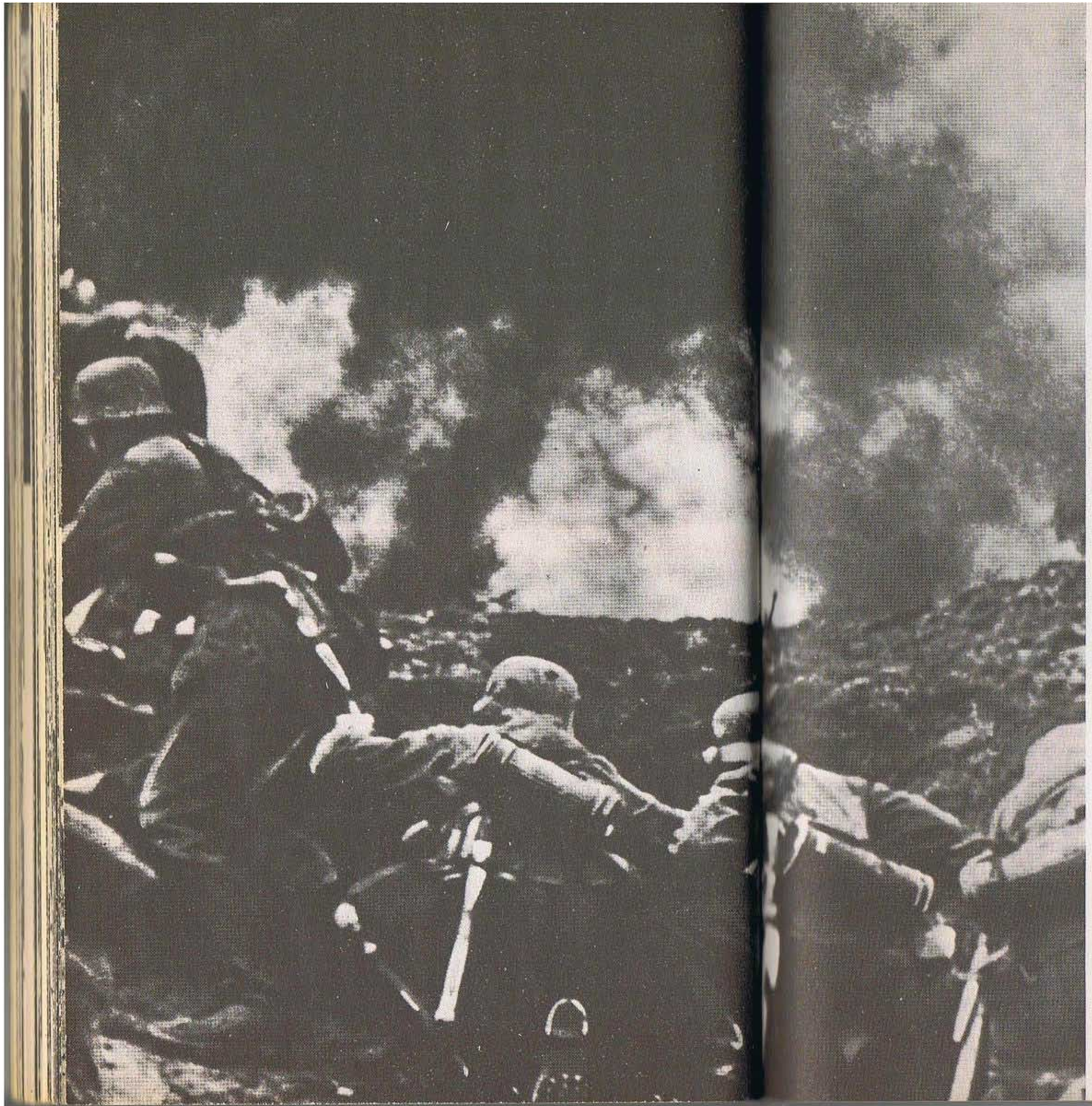


tuania y el 30 de junio había conseguido establecer cabezas de puente en el Dvina, cuyo curso —según se pensaba— seguía la línea Stalin. A marchas forzadas, el Panzergruppe, después de uno o dos giros en falso, llegó el 4 de julio a Ostrov, al Este de la frontera que separaba a Rusia de Letonia antes de 1939. Diez días más tarde, después de rebasar a cuantas concentraciones rusas halló en su camino, su XLI Cuerpo del Panzergruppe 4 alcanzó la línea del Luga, el último obstáculo fluvial importante antes de Leningrado, a sólo cien kilómetros de la ciudad.

El Grupo de Ejército Sur, a las órdenes del más ortodoxo pero quizás también el de personalidad más acusada de todos los mandos del *Ostheer,* el mariscal de campo Gerd von Runstedt, había desbordado imperiosamente las defensas fronterizas rusas de su sector, al Sur del Pripet. El Grupo era en realidad un conglomerado de fuerzas, pues disponía: en el Norte de su frente, de una *masse de manoeuvre* de infantería alemana y un Panzergruppe, el n.º 1; en el Sur, de una fuerza agregada de divisiones rumanas y un cuerpo de ejército húngaro, ambos muy mal equipados con las armas proporcionadas por Francia durante los años de la Pequeña Entente. Las divisiones satélite debían penetrar por el Este de los Cápatos y después marchar paralelamente a los ejércitos alemanes que avanzaban por la estepa de Ucrania; su objetivo era Kiev, capital de la provincia y uno de los más importantes centros industriales de Rusia.

A la penetración inicial en el sector asignado a este Grupo de Ejército siguió a principios de julio uno de los pocos contraataques montados a gran escala por la Stavka durante las primeras semanas del desastre. El Quinto Ejército ruso, refugiado en las marismas del Pripet, y el Sexto, operando desde la in-

Arriba: **Detrás de una valla de la frontera, una unidad de motociclistas espera la orden de avance.** Abajo: **Los infantes alemanes observan su objetivo.**



Un pelotón de asalto se desplaza por detrás de la barrera de fuego.

mensa estepa, se atuvieron a la ortodoxia táctica y lanzaron diversos ataques concéntricos contra la opresora vanguardia alemana, constituida por el Panzergruppe 1, en su avance sobre Kiev. Sin embargo, las inexpertas formaciones rusas demostraron ser incapaces de desconcertar a los avezados alemanes, que con gran rapidez formaron flancos defensivos y reunieron después la potencia necesaria para rechazarles. El esfuerzo ruso salvó a dos de sus ejércitos —el Dudécimo y Vigésimosexto— del cerco, pero no consiguió su objetivo. Apenas puso freno, por el contrario, al avance del Grupo de Ejército, cuyos panzer, desconectados del grueso de las fuerzas y de nuevo en cabeza de la carrera, habían llegado a quince kilómetros de Kiev el 11 de julio.

Los resultados de los combates fueron espectaculares en todos los frentes. Un mes después del comienzo de la invasión los Grupos de Ejército Norte y Sur habían llegado a la distancia de un día de marcha de sus objetivos principales; por su parte, el Grupo de Ejército Centro no había capturado gran número de prisioneros e infligido al enemigo pérdidas de un valor nunca conocido antes en un conflicto armado. Se habían establecido igualmente nuevas marcas de velocidad en el avance: las avanzadillas del Grupo de Ejército Centro estaban el 15 de julio a casi ochocientos kilómetros del lugar de donde habían partido el 22 de junio. A la vista de estos resultados, como era de suponer, el OKH y el OKW con Hitler a la cabeza, creyeron que «la batalla de Rusia» había sido tan favorable como breve (sólo había durado cuatro semanas) y que todo lo que quedaba por hacer era evitar la huida de algunas de las maltrechas unidades del Ejército Rojo. Sin embargo, al decidir cómo habría de llevarse a cabo esta tarea, y al asignar otras a las victoriosas formaciones del *Ostheer*, sus comandantes revelarían una serie de profundas desavenencias.

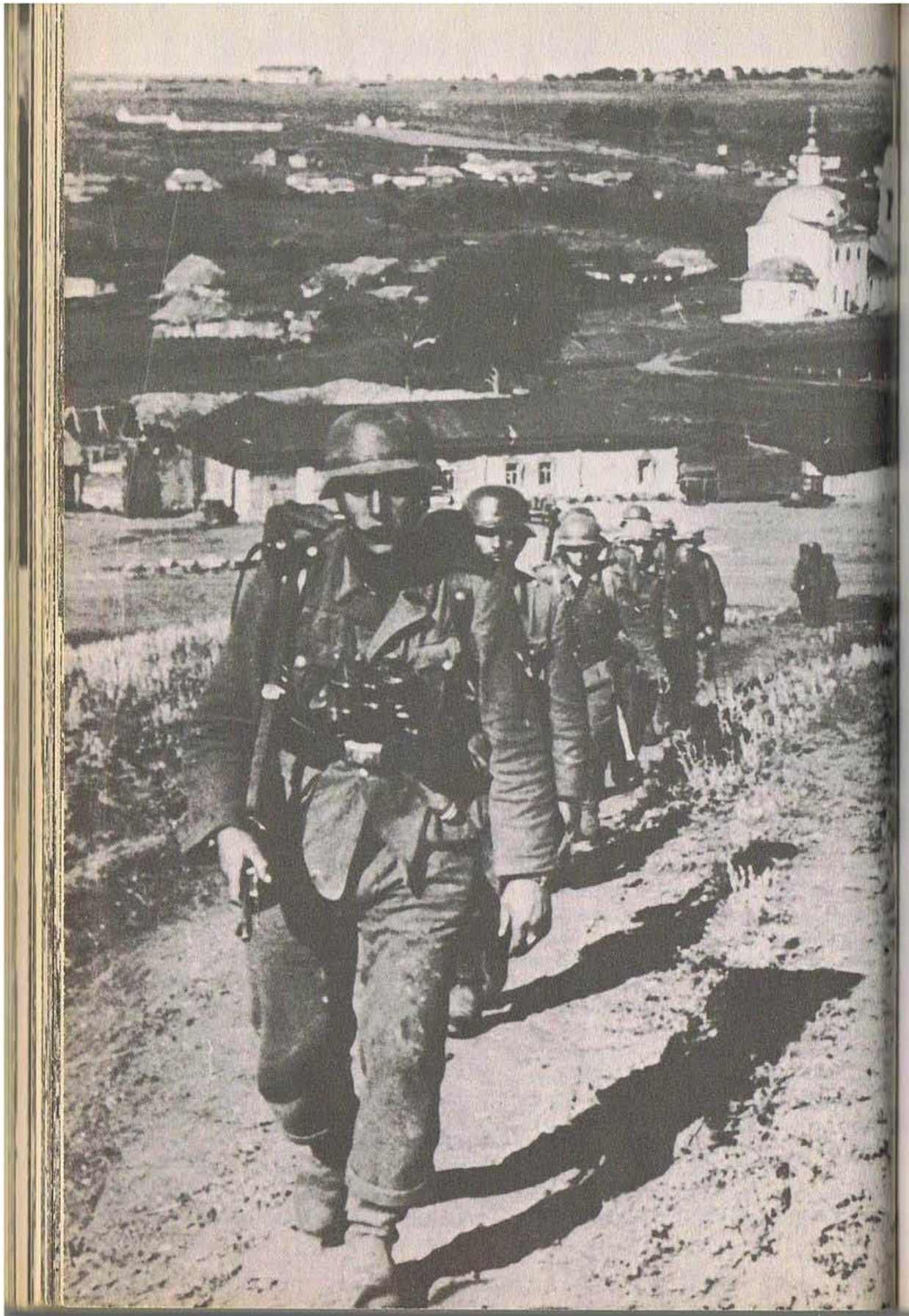
Hitler y sus generale en desacuerdo

La confianza que Hitler tenía en sus dotes militares se había desarrollado poco a poco. Aunque había demostrado estar en lo cierto, frente a la opinión de sus generales, al juzgar que la invasión alemana del Rhin en 1936 y de Austria en 1938 no encontraría oposición, y aunque acertó él de nuevo, y no ellos, al pronosticar el curso y la duración de la *blitzkrieg* contra Polonia en 1939, aún desconfiaba de su tacto en las grandes cuestiones estratégicas y permitió, por tanto, al OKH que durante los largos meses del invierno de 1939-40 hiciera toda clase de conjeturas sobre la invasión. Las reservas del Alto Mando al respecto no afectaban únicamente a la naturaleza o al calendario del ataque, sino también a su propia necesidad o incluso, como en el caso de von Leeb, a su moralidad. Brauchitsch, comandante en jefe, y Halder, jefe de Estado Mayor (del OKH), trataron de persuadir a Hitler, no una sino varias veces, de que la invasión de una potencia más fuerte como Francia por otra más débil como Alemania estaba destinada al desastre. Aun después de que el Führer desechara perentoria y despreciativamente estos temores, acudieron a todos los medios para retrasar el comienzo de la operación, proponiendo sin ánimo diversos planes y saliendo al paso de propuestas más prometedoras (incluso de Hitler) con objeciones técnicas.

Tras la gran victoria alemana en Occidente, Hitler se consideró a sí mismo, y en esto le siguieron por el momento sus generales, como un gran estratega. Desde luego, hubiera sido impropio que quienes estaban dispuestos a aceptarle los bastones de mariscal de campo (doce les ofreció y doce concedió) reaccionaran de otra manera. Pero en lo más profundo de su pensamiento, el estamento militar profesional dudaba del talento de Hitler en el nivel conocido como *operativ*, aquel en que se toman las grandes decisiones estratégicas desafiando los esfuerzos del enemigo para impedirlas; en suma, en el nivel estratégico más difícil. La habilidad *operativ*, sostenía, sólo se adquiría tras muchos años de formación y experiencia, tanto en la paz como en la guerra, ya que su ejercicio requería conocer a fondo el trabajo de todas las formaciones subordinadas de un ejército. Esto le faltaba a Hitler, o al menos así se pensaba. De aquí las reservas mentales de sus mandos acerca de la profundidad de su juicio militar, reservas que aumentaron al advertirse la evidente vacilación de su tacto durante el curso de las operaciones en Occidente. La prueba más fehaciente fue, por supuesto, su decisión de detener las formaciones de fuerzas acorazadas cerca del perímetro de Dunkerque el 26 de mayo de 1940, en un momento en el que, como ahora sabemos, la destrucción de la Fuerza Expedicionaria Británica estaba al alcance de la Wehrmacht. Hitler siguió en esto el consejo de Runstedt, quien poseía una de las más respetadas —y ortodoxas— mentes del ejército alemán. Pero su decisión no fue olvidada por el núcleo principal del estamento militar, que optó por adjudicarle una deslumbrante visión estratégica, pero por negarle también capacidad para la dirección cotidiana de las fuerzas en el campo de batalla.

Evidentemente, hubiera sido sorprendente que mantuviera otro punto de vista: no sólo era poco deseable que un jefe de Estado intentara dirigir por control remoto operaciones militares en gran escala (aunque Hitler lo haría durante meses, e incluso años, al final de la guerra), sino que además era contrario a los intereses de casta del *Generalität* alemán el admitirlo; en la eventualidad de que sus miembros tuvieran que abdicar sus poderes y responsabilidades como comandantes en el campo de batalla en alguien que ante un mapa pudiese calibrar mejor la moral de sus tropas, calcular la fuerza y debilidad del enemigo, presentir el temple de la lucha y aprovechar las oportunidades decisivas, su papel profesional estaría condenado a extinguirse, augurándoseles un triste porvenir de recaderos de la voluntad del comandante supremo.

La brevísima duración de las campa-



Las enormes distancias de Rusia amortiguaron el impacto del avance de la infantería.

ñas que la Wehrmacht había emprendido hasta el momento no había permitido una intervención directa de Hitler en su dirección cotidiana. Quizá influyera también la extraordinaria facilidad con que los grandes planes estratégicos se habían convertido en realidad y alcanzado sus objetivos previstos. Durante el primer mes de Barbarroja pareció que iba a repetirse lo sucedido en el Frente Occidental: la portentosa visión estratégica del Führer se desplegaría majestuosamente bajo la experta manipulación de los militares profesionales, a los que su creador vigilaba con benevolente y alentadora mirada.

A mediados de julio estaba claro que esta división del trabajo, tan satisfactoria en apariencia, estaba a punto de derrumbarse. En realidad, no podría haber sido de otra forma dado el carácter de Hitler y la escalada de la campaña rusa. Ningún otro ejército alemán había desplegado tal número de fuerzas o cubierto tales distancias, y nunca habían estado tan dispersos los objetivos ni había sido tan grandioso el fin de la operación, así que ningún estratega, por perspicaz que fuera, y ningún plan, por amplio que fuese, habrían podido prever todas las contingencias. Por el contrario, se requería habilidad *«operativ»* de la más alta calidad para vencer al enemigo en los límites de tiempo que Hitler había fijado. De ahí su incipiente e inexperto control operativo de las fuerzas que se desplegaban por la estepa.

Como medio para intervenir en los asuntos militares, Hitler disponía del OKH *(Oberkommando der Wehrmacht)*, y en particular de la sección conocida como *Werhmachtführungstab* y dirigida por Jodl. Las responsabilidades del OKW no eran en principio operativas y, por tanto, no estaba previsto que extendiera su control a las operaciones de Rusia (aunque así sucediera en el Norte de Africa y, por un extraño giro de los acontecimientos, en Finlandia). El control diario de los ejércitos en el campo de batalla lo ejercía el OKH *(Oberkommando des Heeres)*, Alto Mando del Ejército. Pero era, naturalmente, en el OKW donde Hitler mantenía sus dos conferencias diarias sobre la situación en el frente, y donde tenían que ir los oficiales del OKH para presentar sus informes. Los dos jefes superiores del OKH, Brauchitsch y Halder, aunque en principio acerbos defensores de la autonomía operativa del Ejército, no poseían, para desgracia de éste, las dotes necesarias para defenderla de manera efectiva. Halder, jefe del Estado Mayor, era lo bastante inteligente para comprender como irían las cosas —de hecho, cómo iban ya— si Hitler seguía recortando los poderes del OKH, pero carecía de firmeza para oponerse. Brauchitsch, que podía y hubiera debido mantenerse firme en su postura, era de todos los mandos el menos indicado, ya que había hecho su carrera a fuerza de no llevar la contraria a Hitler. Designado para suceder a Fritsch cuando se relevó a este último por supuestas acusaciones de inmoralidad en 1938, nada más tomar posesión de su cargo consintió el relevo de algunos de los mandos superiores a quienes sus jefes no aceptaban, quienes, a su vez, le ayudaron a solucionar cuanto antes su propio pleito de divorcio y a contraer nuevo matrimonio (con una entusiasta miembro del Partido). Desde entonces no se había atrevido a enfrentarse con Hitler; en la única ocasión en que lo hizo eligió su terreno tan mal y sufrió tal torrente de vituperios como contestación, que seguramente decidió no arriesgarse de nuevo a una empresa semejante.

Sin embargo, la profunda e importante diferencia de opinión que surgió entre él y sus comandantes en el campo de batalla adelantó a primer plano la necesidad de hacerle frente. En muchos aspectos, esta diferencia recuerda a la que surgiría en el Alto Mando aliado en

Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, durante su visita a una unidad de la Luftwaffe en el frente ruso.

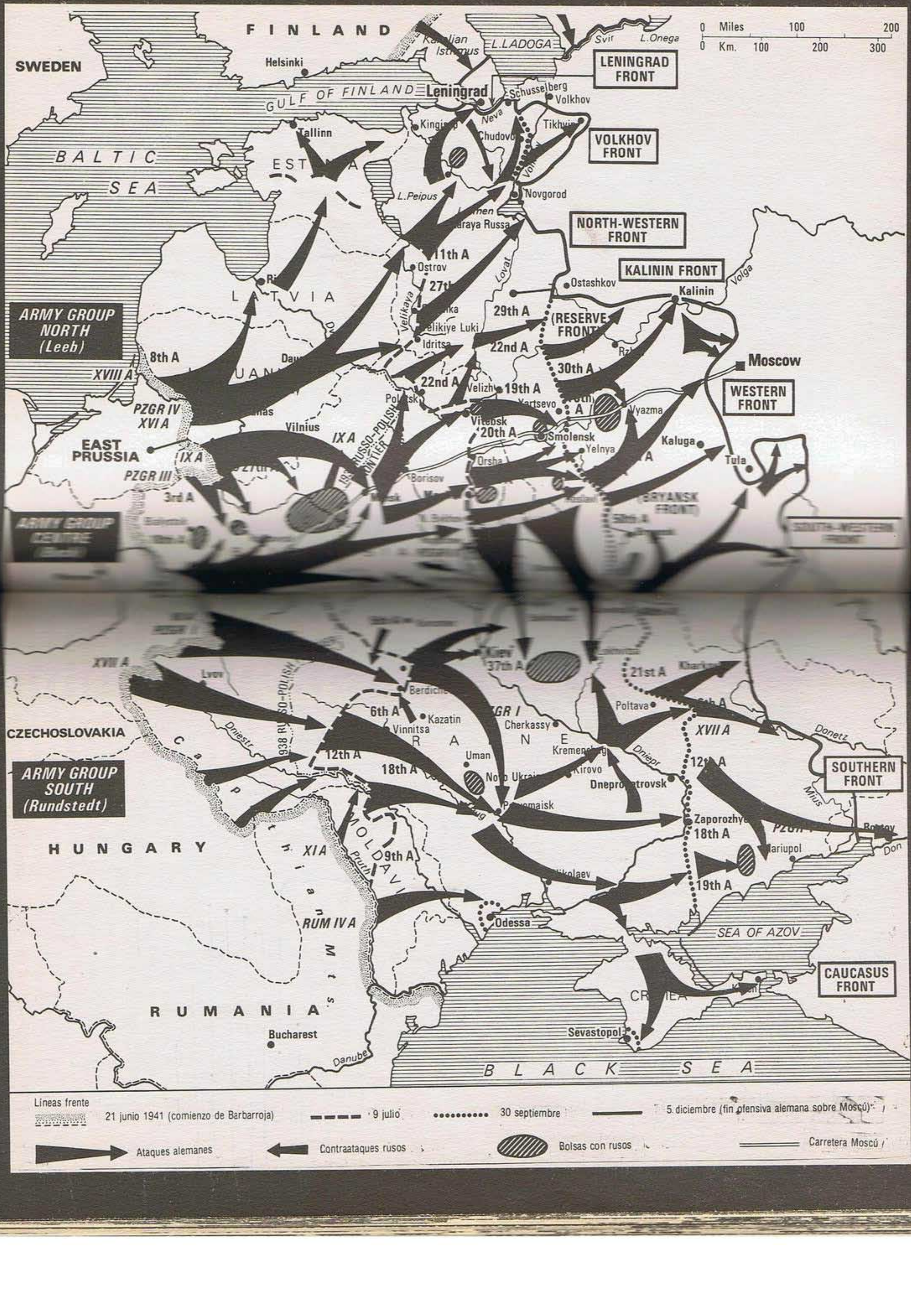
Francia años más tarde, cuando, después de destruir el *Westheer* en Normandía, Montgomery y Eisenhower se mostraron en desacuerdo sobre el modo de explotar el éxito. Montgomery defendería la idea de un «frente estrecho», esto es, de un avance en el sentido Norte-Este que encabezarían tropas británicas apoyadas por todos los medios de transporte y recursos de abastecimiento de que disponían los aliados con objeto de rebasar el Muro del Atlántico y capturar el Ruhr, corazón industrial de Alemania. Eisenhower, preocupado por la potencia de las fuerzas enemigas que habían escapado de la destrucción o del cerco en la batalla de Normandía y temeroso de que no pudieran desplegarse los recursos logísticos de los aliados a la distancia que Montgomery deseaba, arguyó y finalmente insistió en un avance en un «frente amplio» de todas las fuerzas aliadas, que permitiría comprometer al enemigo en una línea lo más amplia posible, abrir nuevas rutas hacia Alemania y tomar las bases precisas para envolver el Ruhr, en lugar de penetrar en él.

La analogía no es desde luego perfecta, pues, como veremos, Hitler defendía una solución para el problema ruso más radical que la de Eisenhower, en cambio, Montgomery y los generales alemanes sí compartían una actitud esencialmente idéntica, y había además importantes semejanzas entre ambas situaciones logísticas, que pasaron inadvertidas en 1941 y 1944. En efecto, el ejército alemán, igual que los aliados en septiembre de 1944, tuvo que valerse principalmente de las carreteras para hacer llegar los abastecimientos al frente, aunque no por los efectos destructores de su propio ataque aéreo sobre el sistema ferroviario, sino por la necesidad de reducir el ancho de vía ruso (1,65 m) al ancho normal europeo (1,435 m). Al igual que Montgomery, sin embargo, los esforzados jefes de los panzer no se quejarían de las dificultades que planteaba el transporte desde lejanas bases, por unas carreteras deficientes y además destrozadas, hasta la línea del frente que continuamente estaba cambiando.

Hitler manifestó las primeras señales de la forma de pensar que le enfrentaría con sus generales el 8 de julio, cuando dijo a todos que creía oportuno atacar Ucrania en lugar de Leningrado o Moscú, debido al premio económico que representaba adueñarse de esta región. Con ello modificaba las prioridades estratégicas establecidas para la Operación Barbarroja en su Orden n.º 21, que después de prescribir como objetivo inicial la destrucción del Ejército Rojo en el Oeste de Rusia, señalaba la captura primero de Leningrado y la costa báltica y luego de Moscú, a menos que circunstancias muy favorables permitieran emprender operaciones simultáneas contra los dos objetivos. Ucrania, en cualquier caso, aparecía en tercer lugar.

La destrucción del ejército ruso mediante movimientos envolventes resultó ser, a mediados de julio, un «bocado» superior a lo que las tenazas de los panzer podían tragar. Inquietaba en particular la presencia de un residuo de las fuerzas de cobertura soviéticas, el Quinto Ejército, en las marismas del Pripet. Datos posteriores revelarían que su potencia combativa era pequeña, pero la amenaza que suponía contra los flancos del Grupo de Ejército Centro, situado al Norte, y Grupo de Ejército Sur, daba a entender de forma convincente que estas dos grandes agrupaciones estaban amenazadas en sus líneas de comunicación con la retaguardia, mientras que las del mismo Quinto Ejército soviético permanecían abiertas.

El 19 de julio Hitler dio a conocer una importante orden destinada a aclarar la situación. Volvía a insistir en que el objetivo principal de la operación era destruir el Ejército Rojo al Oeste de la línea Dnieper-Dniester, en especial el Quinto



Los frentes del 21 de junio al 5 de diciembre de 1941.

Ejército del Pripet, y el Sexto y Duodécimo de Ucrania, pero para la ejecución de estas tareas disponía el despliegue hacia el Sur de una parte importante de las fuerzas panzer del Grupo de Ejército Centro. Dichas fuerzas atacarían conjuntamente con las del flanco septentrional (el Sexto Ejército y el Panzergruppe 1 de Kleist) del Grupo de Ejército Sur. El resto de las fuerzas acorazadas del Grupo de Ejército Centro avanzaría para tomar contacto con el Grupo Norte y facilitarle el avance sobre Leningrado.

Al actuar así, Hitler se interfería abiertamente, y de modo importante, en el control operativo. Ni Brauchitsch ni Halder, sin embargo, creyeron oportuno llevarle la contraria. En realidad, su visión del curso de la lucha puede que coincidiera en líneas generales con la de Hitler. Fueron los comandantes de niveles inferiores, en particular los de los panzer y de modo especial Guderian, del Panzergruppe 2, quienes reaccionaron violentamente contra tal decisión, que acortaba la magnitud de su penetración en las blandas defensas rusas y de su avance hacia el Este.

No disponían todavía de medios para comunicar lo que pensaban a Hitler, quien, cada vez más alarmado a medida que pasaban los días sin que cedieran las formaciones rusas acorraladas y empezando tal vez a sopesar el valor relativo de conquistar nuevos territorios o destruir las fuerzas enemigas, dictó el 23 de julio un suplemento de su Orden n.º 33 que daba por sí mismo cuenta de su importancia. En ella posponía el ataque a Moscú hasta que concluyeran las operaciones de limpieza alrededor de Smolensko y la infantería se hubiera hecho cargo de esta misión. En realidad, considerando que las unidades de infantería del Grupo de Ejército Centro estaban todavía a 360 kilómetros de la capital, este párrafo de la Orden era más un sueño que una realidad.

Guderian sostiene una conferencia con su estado mayor en las ruinas de Roslavl, agosto de 1941.

Por lo demás, la principal concentración de fuerzas rusas estaba en el frente de ese mismo Grupo de Ejército, a las órdenes de Timoshenko, quien lanzaría un vigoroso aunque inepto contraataque en la tercera semana de julio. En el combate que se entabló a continuación, las unidades panzer de Guderian y Hoth sufrieron pérdidas que no podían permitirse, ya que sólo el desgaste del avance había reducido en un 50 por ciento sus efectivos de carros.

Hitler apoyó su punto de vista en la siguiente prueba, que en ningún modo rechazaba el OKH: «No derrotaremos a los rusos con victorias a gran escala, por el simple hecho de que no reconocen su derrota. Por tanto, debemos aplastarlos mediante pequeñas operaciones tácticas» (26 de julio). A tenor de este criterio, y siguiendo la línea del suplemento a la Directriz n.º 33, Brauchitsch envió órdenes detalladas a los cuarteles generales de operaciones.

En relación con el Grupo de Ejército Centro, le encomendó primero la destrucción del Quinto Ejército soviético en el Pripet, utilizando para ello los Panzergruppen. Guderian, a quien se había convocado, con otros comandantes del Grupo de Ejército, para escuchar tales órdenes en el cuartel general de Novi Borisow, se opuso firmemente a lo que consideraba como un empleo inadecuado de sus carros de combate. Como además se le ascendió al rango de comandante de Ejército en la misma reunión (desde entonces, su Panzergruppe se llamaría *Armeegruppe Guderian*), decidió no ceñirse a las instrucciones que allí se habían expuesto en líneas generales. Su ascenso le decidió a tomar esta decisión, al independizarse del control del comandante del Cuarto Ejército, Kluge, por quien sentía gran antipatía (que era recíproca), y le colocaba bajo las órdenes directas de Bock, cuyo cuartel general estaba más a retaguardia que el de Kluge y cuyas ideas sobre la

guerra de fuerzas acorazadas se aproximaban más a las suyas.

La técnica de que se valió Guderian para eludir el cumplimiento de estas órdenes se inscribe en una venerable tradición en la historia de la desobediencia militar: inició una batalla y, una vez entablada, demostró —al menos, tal como presentó los hechos— que no podía prescindir de sus fuerzas hasta completar la victoria. El lugar que escogió para organizar esta «acción dilatoria» fue Roslavl, pequeña ciudad a ciento quince kilómetros del Sudoeste de Smolensko, situada entre el Desna y el Dnieper y donde confluyen las carreteras de Moscú, Leningrado y Kiev.

Los motivos que esgrimió para hacerlo, aparte adueñarse de un nudo de carreteras tan importante, aludían al quebrantamiento de lo que calificaba como una amenazadora concentración de divisiones rusas en la ciudad y sus alrededores. Las divisiones, unas cuatro o cinco, existían desde luego, pero parece poco probable que fueran, como él sostuvo, las fuerzas avanzadas de un gran contraataque. Tan sólo hay que admitir que se unieron, en principio, para introducirse en la bolsa de Smolensko con el propósito de reforzar a las unidades allí atrapadas.

Esta estratagema contaba, por lo visto, con la aprobación implícita o explícita de Bock, su comandante en jefe, a quien no agradaba el nuevo despliegue de fuerzas porque le privaba de su papel principal en el frente ruso, y con el beneplácito del Alto Mando, cuyo representante apareció en el cuartel general de Guderian el 31 de julio e indirectamente le dio a entender que el Ejército no se oponía a una cierta resistencia en la línea del frente a la tendencia de Hitler a inmiscuirse en los asuntos operativos.

Cualquiera que fuera la actitud de Kluge, Bock o Halder, quizás incluso de Hitler, Guderian no podía dar su aprobación a una decisión que dispersara a los grupos panzer que operaban en lo que él consideraba como un eje decisivo, o a un plan que los desviara temporalmente a otros frentes. Después de todo, él mismo casi había creado las fuerzas panzer, estaba mucho más identificado con los principios de la *blitzkrieg* que cualquier otro general de su antigüedad y había depositado una confianza sin límites en su eficacia. Para un general de blindados era igualmente anatema toda preocupación por la seguridad de sus flancos o por la consecuencia de objetivos *en passant*. La velocidad a lo largo de la línea principal de empuje era lo que contaba, ya que era eso lo que desconcertaba al enemigo, propagaba la desorganización entre su oficialidad, llevaba la zozobra al ánimo de la tropa, cortaba sus líneas de aproximación al frente amenazado y destruía la infraestructura del abastecimiento y el sistema de transporte. Por todos los conceptos, Guderian se oponía a que le impidieran avanzar hacia Moscú, que quedaba a sólo 350 kilómetros de las posiciones avanzadas de sus fuerzas. Habían hecho 700 kilómetros en seis semanas. ¿Llevaría mucho más capturar Moscú?

Pero en la misma noche de la ofensiva de Guderian contra Roslavl apareció una nueva directriz del Führer, la n.º 34, de la que se desprendía que Hitler albergaba segundas intenciones. En ella se decía que los panzer del Grupo de Ejército Centro no prestarían ayuda a sus vecinos más débiles. El párrafo central decía así: «El curso de los acontecimientos en los últimos días, la aparición de fuerzas enemigas más poderosas en el frente y en los flancos del Grupo de Ejército Centro, la posición de los abastecimientos y la necesidad de dar a los Panzergruppen 2 y 3 unos diez días para rehabilitar sus unidades, obligan a posponer por el momento tareas y objetivos ulteriores». Los comandantes de los Grupos de Ejército Norte y Sur tendrían que arreglárselas por el momento con las fuerzas de que disponían, y continuar adelante.

El razonamiento, si era diferente del esbozado en la directriz, no quedaba claro. Es posible que Hitler aceptara un retraso inevitable (el sistema logístico alemán estaba muy desorganizado y, desde luego, no podía abastecer a los panzer en un avance de 300 kilómetros). Lo cierto es que decidió aprovechar la ocasión para visitar los cuarteles de operaciones y formarse así una impresión personal de las circunstancias y opiniones de sus mandos. El 4 de agosto visitó el del Grupo de Ejército Centro en Novi Borosow. Era una visita peligrosa, aunque él no lo sabía, ya que en el séquito de Bock figuraban algunos jóvenes oficiales aristócratas que tramaban (con cierto talante de aficionados) arrebatarle el poder. Todavía no se atrevían a utilizar la violencia y no sin razón, pues se lo impedía la protección que los guardias de la SS le dispensaban, y sus esfuerzos fallaron en esta ocasión. De todas maneras, era un presagio de lo que reiterarían, cada vez más decididos, en los tres años siguientes.

Por su parte, Hitler insistió en entrevistarse con cada uno de los comandantes de Ejército por separado, temerosos de que sus objeciones a coro pesaran más que la defensa que él iba a hacer de su estrategia. Fue una precaución sensata, ya que cuando preguntó a Bock, Guderian y Hoth (que mandaba el Panzaergruppe 3) cuánto tiempo necesitaría cada uno para preparar su avance sobre Moscú, el primero le repuso que estaba listo para empezar de inmediato, mientras que Guderian solicitó quince días de preparación y Hoth, tres semanas. Reunidos de nuevo, no pudieron concertar una oposición a sus planes, ni aun obtener de él que les prometiera un suministro satisfactorio de carros de combate o de respuestos para los que fueron destruidos o deteriorados durante el avance. Y todo esto a pesar de que Hitler admitiera con carácter extraordinario ante Guderian lo siguiente: «Si hubiera sabido que las cifras de carros rusos que dio usted en su libro (*Achtung! Panzer!* 1937) eran auténticas, creo que no habría empezado esta guerra».

Hoth, cuyo Panzergruppe 3 había conseguido tanto, si no más, que el de Guderian, reaccionó ante la desaprobación de Hitler de avanzar sobre Moscú preparando obedientemente su Panzergruppe para el traslado al frente del Grupo de Ejército Norte. Ni Guderian, ni Bock, ni siquiera el Alto Mando, que apoyaba con firmeza la opción de Moscú, se mostraron en definitiva menos dóciles, Guderian, durante lo que se ha dado en llamar «el interregno de los noventa días» iniciado a raíz de esta visita de Hitler al cuartel general del Grupo de Ejército Centro, hecho poco positivo: al parecer, pretendía conservar los máximos efectivos posibles en el frente de Moscú, cerca de Roslavl, mientras se dirigía de mala gana hacia el Grupo de Ejército Sur como gesto de conformidad con las órdenes de Hitler.

El Alto Mando ruso compartía, según parece, ese mismo punto de vista, ya que mantuvo sus mayores fuerzas en el frente del Grupo de Ejército Centro, y envió a Timoshenko las reservas más numerosas de que disponían, aunque sólo se tratara de grupos instruidos a toda prisa, a los que se añadían cuadros tomados de unidades en entrenamiento o restos de divisiones destruidas en la lucha. Reservas de este tipo acudieron a reforzar el Frente Sudoccidental al mando de Budenny, quien empezaba a acuciar a la Stavka para que le autorizara a evacuar el Quinto Ejército de sus posiciones del Pripet y agregarlo a sus propias fuerzas. La Stavka, acertadamente, le hizo ver que, si el ataque alemán había cesado por el momento, se debía, al menos en parte, a la indeseable presencia del Quinto Ejército en los flancos interiores de los Grupos de Ejército Centro y Sur, y le negó, por tanto, permiso para retirarlo, aunque ordenó la creación de una gran formación, el Frente Bryansk, que serviría para tapo-

nar entre la brecha que se abría entre él y Timoshenko.

Luego se demostraría que la Stavka tomó una decisión errónea, aunque su razonamiento era acertado. Un examen de las intenciones alemanas basado en los métodos de la *blitzkrieg*, que parecían haberse constituido en su ortodoxia táctica y estratégica, señalaba a Moscú, sin duda, como foco de su esfuerzo en el escenario secundario de la campaña. Pero lo que la Stavka no podía saber era que Hitler empezaba a dudar de la validez de la *blitzkrieg* en la inmensidad de Rusia. Además de considerar que no se vencería a los rusos con victorias en gran escala, sino aplastándolos mediante pequeñas operaciones tácticas, Hitler se sentía atraído por el botín económico que le ofrecían las regiones del Báltico y Ucrania, cuya pérdida debilitaría la capacidad productiva bélica de los rusos, y argüía que la batalla por adueñarse de ellas sería tan decisiva como una nueva batalla de envolvimiento en sus sectores más defendidos.

De esta manera, aunque entre el OKH y el OKW —temporalmente de acuerdo tras una reunión de Halder y Jodl celebrada el 7 de agosto— lograron convencer a Hitler para que modificara su Directriz n.º 34 el 12 de agosto, dejando entrever la posibilidad de una reanudación del avance hacia Moscú quizás para finales de mes, los reveses sufridos tres días después por el Grupo de Ejército Norte al Oeste de Leningrado despertaron de nuevo su temor de no conseguir tan valioso botín y decidió, definitivamente, ordenar el traslado de algunas unidades panzer del Grupo de Ejército Centro al frente septentrional.

Bock calificó la demanda de «imposible», basándose en que las divisiones acorazadas que se le pedían estaban en vías de reorganización, cuando no comprometidas en la lucha, y apeló a Halder, quien, hallando a Brauchitsch poco dispuesto a actuar, convocó a los oficiales más jóvenes de la sección de operaciones para que redactaran un informe de la situación. En él se decía que un ataque contra Moscú ofrecía todavía la mejor oportunidad de llevar la campaña a un rápido y decisivo fin. Halder se lo transmitió así a Hitler y envió a su principal autor, el coronel Heusinger, para conferenciar sobre su contenido con Jodl. La conversación, aunque sólo se conoce en la versión de Heusinger, revela las actitudes que prevalecían en aquel momento en los dos cuarteles generales rivales (aunque por algún tiempo aliados). En palabras de Jodl, Hitler tenía «una aversión instintiva a seguir el mismo camino de Napoleón. Moscú le produce una sensación siniestra. Teme que se libre una lucha a vida o muerte con el comunismo». Heusinger arguyó, al parecer, que esta era precisamente la razón por la que el ejército alemán debía buscar allí la batalla decisiva, y al oír la objección de que la intuición del Führer era «generalmente acertada», sacó a colación del asunto de Dunkerque: «Vamos a perder otra vez una oportunidad decisiva».

La reacción de Hitler ante el informe de los oficiales de operaciones del OKH fue doble. Por un lado emitió, por conducto de Jodl, una nueva orden estratégica reafirmando los objetivos de los Grupos de Ejército exteriores, Leningrado y Kiev, Crimea y la cuenca del Donetz, señalando sin equívocos que el Grupo de Ejército Centro les ayudaría en el avance; en particular decretaba «una operación concéntrica desde los flancos interiores de los Grupos de Ejército Centro y Sur contra el Quinto Ejército soviético». Por otro lado, preparó y envió a Brauchitsch, el comandante en jefe, un estudio táctico de la campaña que llamaba a capítulo al ejército en general (y a Brauchitsch personalmente); al primero, por su inepto manejo de las fuerzas móviles, y al segundo por su fal-

Kluge, rival de Guderian en la obtención de honores.

Hoth, comandante del Panzergruppe 3.

ta de la «necesaria garra». Halder se apresuró a pedir a Brauchitsch que dimitiera, ofreciéndose a hacerlo él también, pero el decepcionado mariscal de campo (exteriorizando un sentimiento que explica a la perfección por qué bajo su mando el Ejército alemán había perdido todos menos los jirones de su orgullosa independencia de antaño) declinó hacerlo con el pretexto de que su dimisión no sería aceptada y ofrecerla no cambiaría en nada la situación.

El más constante defensor de la ofensiva contra Moscú, Guderian, no calló, sin embargo, ni aún después de tan categórico rechazo de su proposición. Continuó creyendo que sus panzer podrían llegar hasta la capital y que los rusos, concentrándose desde todas partes para defender el centro de sus comunicaciones y de su gobierno, se expondrían por sí mismos *en masse* a la última y definitiva acometida. Halder, que llevó personalmente la decisión a Hitler a Bock y sus subordinados del Grupo de Ejército Centro el 23 de agosto, quedó tan impresionado por la ferviente exposición de Guderian que le pidió la repitiera en Rastenburg ante Hitler. Ambos partieron de inmediato.

Llegados a tiempo de asistir a la conferencia vespertina de Hitler, les salió al encuentro Brauchitsch, quien les anticipó: «Les prohibo mencionar la cuestión de Moscú al Führer. Se ha ordenado empezar la operación del Sur (el ataque a Kiev) El problema consiste ahora simplemente en cómo llevarla a cabo. Discutir no tiene ya sentido». Guderian, por tanto, «pidió permiso» para volver al frente, pero Brauchitsch insistió en que informase al Führer sobre la situación de su Panzergruppe, aunque «sin mencionar Moscú». Así lo hizo Guderian, si bien con tan claras indirectas sobre «el objetivo principal» situado frente a sus líneas que el mismo Hitler sacó a relucir el asunto. Guderian, incitado a hablar, hizo un largo bosquejo de la estrategia de la «acometida central» con toda la persuación y precisión de que era capaz. Hitler, después de escucharle, le dio una rápida respuesta en la que figuraban palabras que Guderian no había oído nunca antes («mis generales no saben nada de los aspectos económicos de la guerra») y en la que detalló la necesidad, a su juicio, de asegurar la zona industrial meridional, desde Kiev hasta Jarkof, y de neutralizar Crimea, desde donde temía que los rusos lanzaran ataques aéreos contra los campos petrolíferos rumanos.

Advirtiendo que los presentes no se atrevían a aventurar una palabra en su ayuda, sino que asentían activamente con murmullos y gestos a cada palabra que salían de los labios de su Führer, Guderian decidió abstenerse de continuar argumentando. Después de todo, se encontraba en una situación un tanto ridícula: la de un subordinado que expresa puntos de vista que sus superiores comparten pero no se atreven a admitir en voz alta. Ni Brauchitsch ni Halder le acompañaron a la conferencia (tanto mejor, ya que el primero de ellos había intentado censurar su informe), pero cuando, a la mañana siguiente, el propio Guderian reveló al segundo el desarrollo de la conferencia, exponiéndole su propia decisión de asentir totalmente a la decisión ahora inalterable del Führer de cambiar el eje de ataque a Kiev, y su petición, aceptada por Hitler, de que se le encomendara intacto su Panzergruppe, Halder sufrió lo que aquel describió como «un colapso nervioso».

Perseguido por tales recriminaciones en realidad, se le adelantaron en el camino, pues Halder telefoneó al cuartel general del Grupo de Ejército Centro, contando su peligrosa versión de los hechos mientras Guderian volaba hacia allí, este llegó a su Panzergruppe el 24 de agosto. Su propósito era concluir la operación de Kiev rápida y decisivamente, para tener tiempo de reanudar el ataque «decisivo» contra Moscú antes de que llegara el frío. El ejército alemán disponía tan sólo de dos meses y medio.

La batalla en el Sur

El Grupo de Ejército Sur, al que se encomendaba en adelante el papel principal de destrucción del Ejército Rojo, había realizado hasta el momento una campaña algo menos que brillante. Había fracasado en su intento de conseguir una penetración rápida y profunda, en parte por falta de fuerzas acorazadas solamente el Panzergruppe 1 mandado por Kleist y en parte también por el entorpecimiento que representaba su conjunto, formado por la agrupación de diversas divisiones satélites de nacionalidades dispares o equipo abigarrado y obsoleto. Por orden de importancia creciente, estas formaciones extranjeras bajo el mando alemán eran: una división motorizada eslovaca, un cuerpo de ejército motirizado húngaro (tres brigadas), un cuerpo de ejército rumano, con trece divisiones, y otro cuerpo de ejército rumano de caballería y tropas de montaña.

Sus intentos de penetración habían fallado asimismo, por la enorme extensión del frente asignado, casi mil kilómetros de Norte a Sur, bastante bien defendido —por si todo fuera poco— por cuatro Ejércitos rusos situados en posiciones de abrigo y apoyados por cuatro cuerpos de ejército mecanizados, con dos más en la reserva. Y habían fallado asimismo —esto era lo más importante— por la multiplicidad de objetivos que se había encomendado a Rundstedt. Su ala septentrional, que comprendía el grueso de las unidades alemanas, tenía que atravesar la frontera y dividir

Los PzKw IV avanzan.

Estos planes, ambiciosos de por sí, lo eran más aún si se considera que el eje de avance del ala septentrional, al menos inicialmente, era muy estrecho, pues discurría entre las marismas del Pripet al Norte y los Cárpatos al Sur. Si el comandante ruso del distrito militar de Kiev, el general Kirponos, hubiera desplegado bien su plan de cobertura, habría infligido quizá a Runstedt un duro golpe a su paso por esta estrecha ruta de acceso, o quien sabe si le habría frenado. Pero, como pareció ser la norma en todas partes, Kirponos lanzó a sus tropas al combate desde el primer día, en lugar de reservarlas para un contraataque, y tuvo que contemplar cómo las aniquilaban los alemanes.

Su idea original era buena y demostraba que había estudiado a fondo el desarrollo de la guerra relámpago contra Francia y que había descubierto el modo idóneo de contraatacar: cortar el flanco de las columnas de fuerzas acorazadas al paso de éstas, si es posible con cantidad igual o mayor de blindados. Para ponerla en práctica decidió agregar al XXII Cuerpo Mecanizado de Rovno los otros tres que habían sido escalonados en la reserva, pero antes de poderlos concentrar se vio forzado a hacer intervenir al XXII en una batalla que acabó con él; la inexperta tripulación de sus carros de combate no podía competir con los veteranos de Kliest en sus PzKw IV. Además, al verse atacados, los alemanes adoptaban una táctica que pronto sería familiar para los carros británicos en el desierto africano: retirarse para atraer al enemigo hasta la impenetrable línea de fuego de los cañones de 88mm. De este mismo modo cayó otro de los cuerpos mecanizados de Kirponos, el XV, cuando atacó desde su zona de concentración en el Sur. Al llegar las tres divisiones de la reserva al campo de batalla, el 25 ó 26 de junio, sufrieron tan graves pérdidas que se vieron forzadas a retirarse cediendo terreno y abandonando grandes cantidades de hombres y

en dos su eje de avance: el Sexto Ejército y el Panzergruppe 1 de Kleist se dirigían por el Este hacia el Dnieper, aguas abajo de Kiev, mientras el Decimoséptimo Ejército se encaminaba al Sudeste para llegar hasta el mismo río a su paso por Vinnitsa. Los dos extremos del movimiento de tenaza se cerrarían al otro lado del río, atrapado así a los rusos. Mientras tanto, el ala meridional, formada por el Undécimo Ejército y las formaciones satélites, una vez completado su cometido de proteger el flanco del ala Septentrional contra cualquier maniobra rusa envolvente, se dirigiría hacia el Este, rompería la resistencia rusa en el Sur de Ucrania, aseguraría la posesión de la costa del mar Negro y formaría un frente a lo largo del Dnieper.

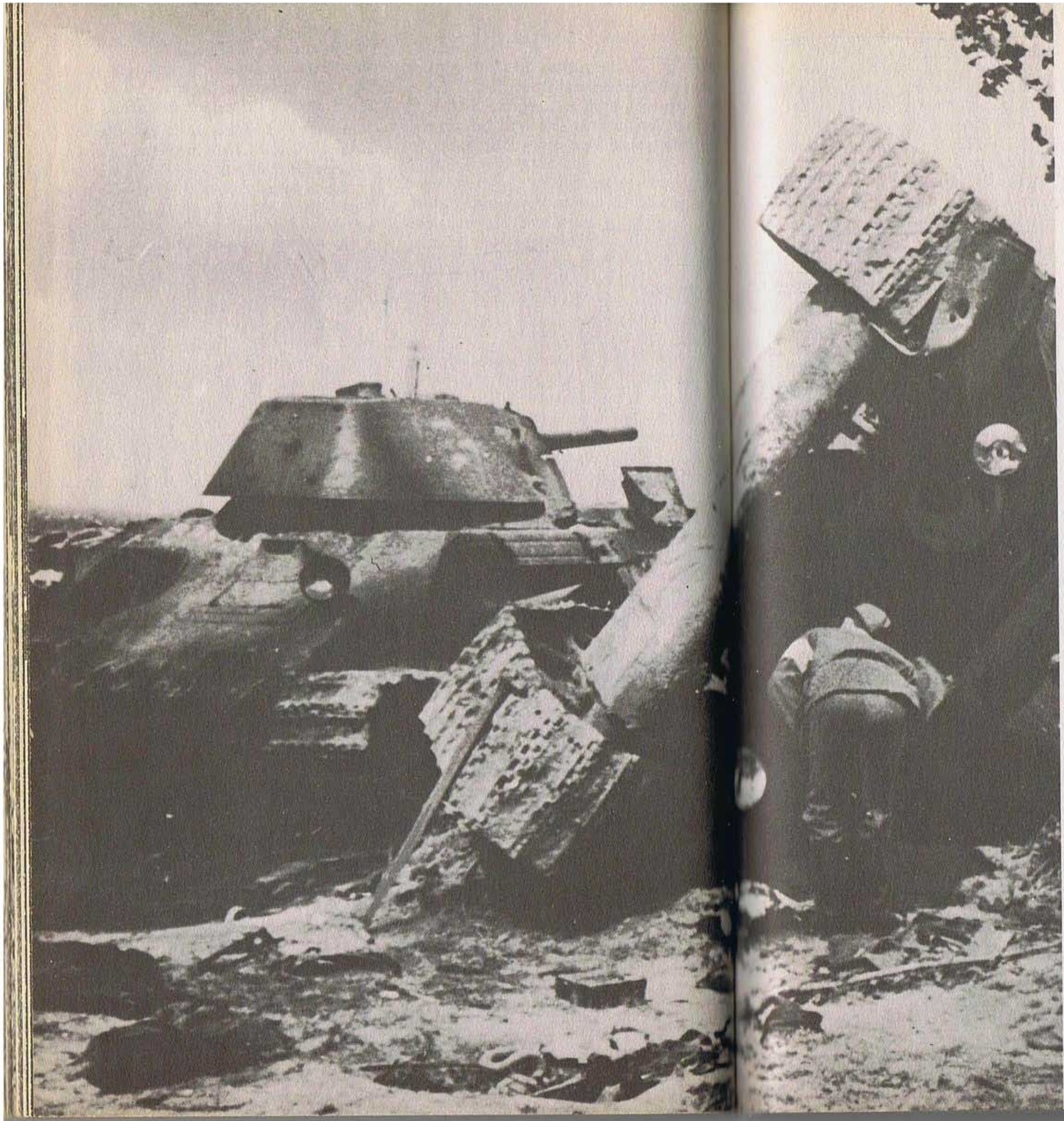
de material. Varias de estas pérdidas se debieron a la ineptitud de los dirigentes rusos. «El comisario de cuerpo de ejército Vashugin, a quien Kirponos había ordenado lanzar un contraataque con una división y media de carros que había tomado del IV Cuerpo de Vlasov, condujo a los carros a un pantano y allí tuvieron que ser abandonados. Vashugin se suicidó». La Stavka, que parecía preocupada por el modo como Kirponos utilizaba sus fuerzas acorazadas, le ordenó el 30 de junio retirarse a la frontera de 1939 y «organizar allí una decidida defensa dando máxima importancia a la artillería anticarro».

No sería éste, sin embargo, el último intento del Frente Sudoccidental de mellar la punta de la acometida acorazada de Kleist. Durante la segunda semana de julio, el Quinto Ejército, obligado a retirarse a las marismas del Pripet desde sus posiciones de abrigo en la frontera, surgió de esta impenetrable región para atacar al Panzergruppe 1 cerca de Zhitomir. Al mismo tiempo, el Sexto Ejército ruso, marchaba rápido hacia Berdichev en un intento de unirse a él. Los alemanes, que en dos años de guerra habían desarrollado una notable habilidad para las tácticas envolventes, salieron bien parados del fuerte y concertado ataque, a pesar de ser inferiores en número. El T-34, del que se formarían pronto una excelente opinión, hasta el punto de considerar en alguna ocasión la posibilidad de copiarlo y producirlo en masa para sus propias divisiones panzer, hizo entonces una de sus primeras apariciones en combate. Pero su deficiente empleo táctico y el poder perforante del antiaéreo de 88mm, disparando en ángulo cero, anularon la efectividad de su empleo en esta ocasión. Muy mal parado, el Sexto Ejército soviético se retiró al Sudeste mientras el Quinto volvía al Norte, a las marismas del Pripet, donde su presencia pondría serias trabas al desarrollo de la estrategia alemana durante las próximas seis semanas, aun a pesar de tener mermado casi por completo su poder combativo.

Unos oficiales del Cuerpo Expedicionario italiano son presentados a Kleist, comandante del Panzergruppe 1.

Las consecuencias de la extraña retirada del Quinto Ejército no se advirtieron en este momento en todo su alcance; desde luego, no las advirtió el estado mayor del Grupo de Ejército Sur, que tenía puestos sus ojos en el despliegue de las fuerzas rusas situadas frente a su vanguardia. Budenny, el espectacular pero obtuso soldado de caballería a quien Stalin había nombrado comandante del Frente Sudoccidental el 10 de julio, con Nikita Kruschev como comisario político, había optado por concentrar el grueso de las fuerzas disponibles, que aumentaban a diario ya que Stalin no hacía más que añadir nuevos refuerzos a lo que empezaba a considerar como el sector vital y más vulnerable del frente de combate, en dos lugares muy separados: Kiev y Uman. Kiev, capital de Ucrania y en realidad antigua capital de Rusia, era el punto más tentador para el ataque. Rundstedt, sin embargo, decidió olvidarla. Sus razones eran varias pero contundentes: la ciudad quedaba fuera de los dos ejes principales de avance del Grupo de Ejército, que corrían hacia el Sudeste en dirección al mar Negro y el curso bajo de los grandes ríos del Sur de Rusia, el Bug, Dnieper y Donetz, y su captura obligaría además a una gran diversión de fuerzas, pues la ciudad era grande y contaba con una guarnición numerosa, aunque poco eficaz. La operación comprometería por otra, a algunas de las divisiones panzer en un tipo de lucha para el que no estaban preparadas, y por el momento era más importante que continuaran profundizando. Por consiguiente, ordenó para que las dos divisiones panzer más cercanas, la Decimotercera y la Decimocuarta a las órdenes del general Mackensen, atacaran la ciudad sólo en el caso de que se les presentaran las oportunidades más favorables.

El, mientras tanto, intentaba abrir



Carros de combate T-34 destrozados en un campo de batalla.

una brecha más al Sur. Aunque no era un experto en la guerra de carros —siendo el general más antiguo en servicio del ejército alemán, sus ideas tácticas se habían formado antes de que aparecieran los carros de combate—, sabía dar a sus comandantes de panzer la autonomía necesaria para manejar sus formaciones, y cuando Kleist le informó de la evidente debilidad de la línea rusa que cubría la principal línea férrea Norte-Sur en el frente de Dudienny le dio permiso de inmediato para que la explotara. Kleist rápidamente se lanzó hacia el Este para desbordar desde el Norte las áreas de concentración alrededor de Uman. A pesar de la amenaza que esta maniobra suponía para las fuerzas rusas concentradas allí, Stalin y Budenny continuaron enviando refuerzos, mientras preparaban otro de aquellos contraataques predestinados al fracaso que tan caros habían costado al Ejército Rojo durante el mes anterior. Se encomendó la misión al Vigésimosexto Ejército, que, con el descuido que había hecho famosos a los oficiales rusos durante la Primera Guerra Mundial, permitió que su orden de operaciones cayera en manos del enemigo. Al iniciarse el contraataque el 20 de julio, los alemanes lo desbarataron con facilidad, habida cuenta, además, del carácter frontal con que fue lanzado.

Las intenciones de Kleist estaban ahora claras incluso para los rusos. Era evidente que se dirigía a la línea férrea Kiev-Dniepropetrovsk; si lograba adueñarse de ella, aislaría Uman desde la retaguardia. El 25 de julio, los carros de combate de su vanguardia entraron en Novo Ukraina, y el día 30 estaban firmemente establecidos en la línea del ferrocarril que enlazaba esa ciudad con Kirovo, al Norte. La única ruta de escape que quedaba abierta para el Sexto, Duodécimo y Decimoctavo ejércitos rusos se hallaba en el Sudeste, siguiendo el curso bajo el río. Bug hasta Nicolaev,

casi a orillas del mar Negro. Pero los rusos no parecían deseosos de aprovechar la oportunidad. El 3 de agosto ya era demasiado tarde; Schobert, comandante alemán del ala derecha o «satélite» del Grupo de Ejército Sur, después de adueñarse de las cabezas de puente del Bug, se abrió camino con dos de sus divisiones rodeando el flanco de una obstinada fuerza de bloqueo rusa y persiguiéndola a lo largo del río hasta Pervomaisk. Allí enlazó con los elementos de vanguardia del XIV Cuerpo Panzer, que Kleist había enviado expresamente al Sur para que salieran a su encuentro.

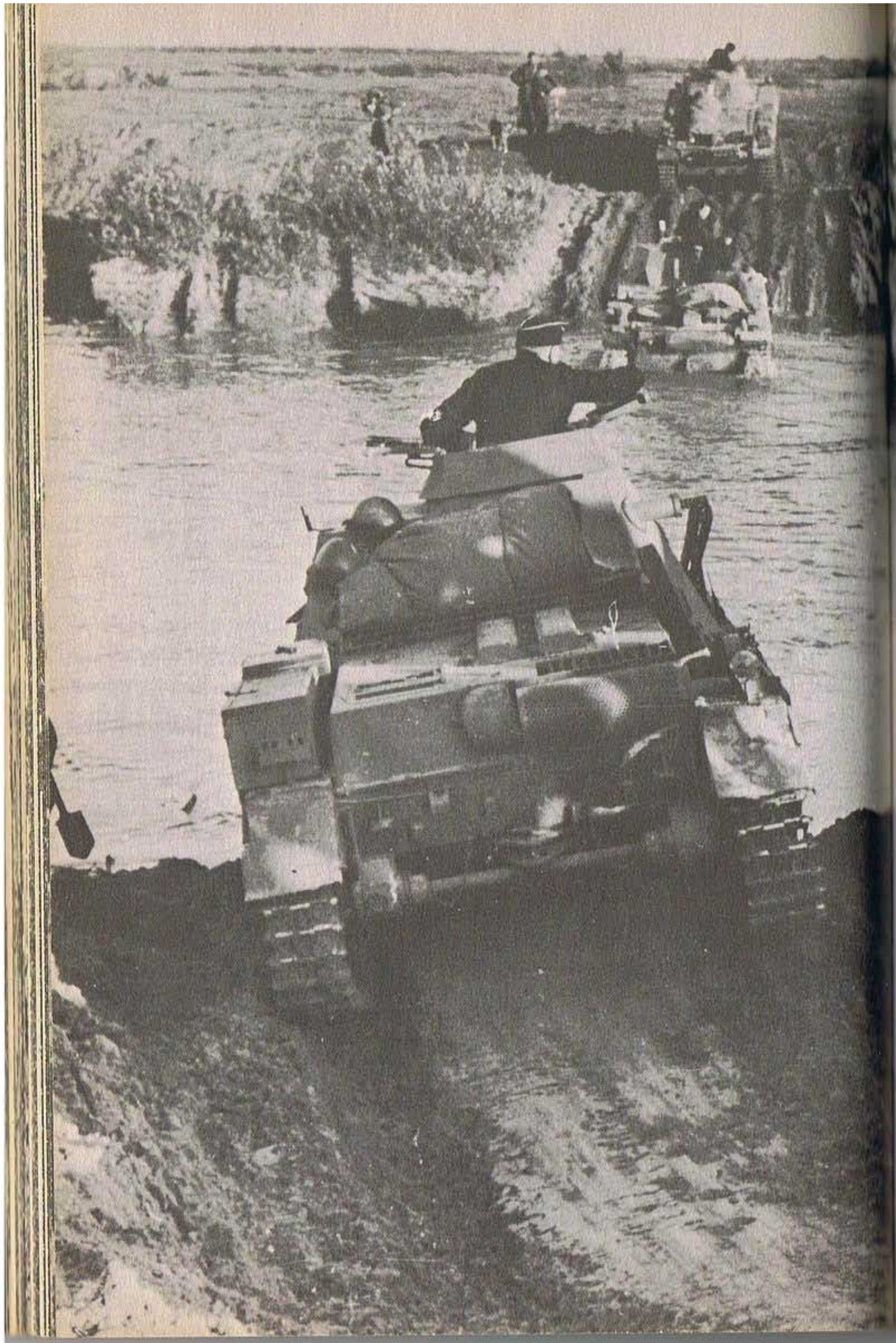
Estos prisioneros rusos no habían recibido probablemente más que unas semanas de instrucción.

La región de Uman se había convertido en una bolsa o «caldera» (*Kessel*) como la llamaba el ejército alemán. La próxima tarea era coser sus extremos aún más, porque, como era ya clásico en los movimientos envolventes en que sólo se utilizaban fuerzas acorazadas y unidades motorizadas, las posiciones alemanas no estaban aseguradas del todo contra posibles rupturas.

Hasta el 8 de agosto, en que las divisiones de infantería del Undécimo y Decimoséptimo ejércitos llegaron por fin a la altura de las fuerzas acorazadas, después de agotadores días de marcha bajo un sol abrasador, no pudo confirmar Rundstedt que había logrado un cerco comparable a los de los ejércitos de Bock en el frente central. Calculó que las pérdidas infligidas al enemigo suponían un total de quince divisiones de infantería y cinco acorazadas pérdidas, con 103.000 prisioneros.

Este éxito en el sector superior del frente del Grupo de Ejército Sur abría el sector costero inferior a los rumanos. El foco más tentador lo constituía la base naval de Odesa, que la Stavka había decidido defender hasta el fin, ordenando a tal efecto la construcción de un perímetro defensivo de tres líneas de profundidad y de unos 650 kilómetros de longitud, con emplazamientos para más de cien batallones. El IV Cuerpo de Ejército rumano llegó al exterior de la fortaleza a principios de agosto y completó el cerco de las formidables defensas el 14 de ese mes. La ciudad quedó totalmente aislada por tierra, pero el cerco duraría aún sesenta y cuatro días y causaría a los rumanos, que ya habían sufrido pérdidas de consideración en las batallas fronterizas, un número de bajas casi insoportable.

La batalla de Odesa, como tantos otros asedios, pasó a ser un problema exclusivo de la ciudad. Al principio, sin embargo, incidió en el curso de la lucha en el frente de Budenny, ya que la decisión de la Stavka de concentrar fuerzas en su perímetro puso en serias dificultades la defensa del Bug y del Dnieper, tanto más importantes cuanto que subsistía el hueco que había quedado al Norte de Kiev, abierto por la acometida alemana de mediados de julio y que había separado al Frente Central del Su-



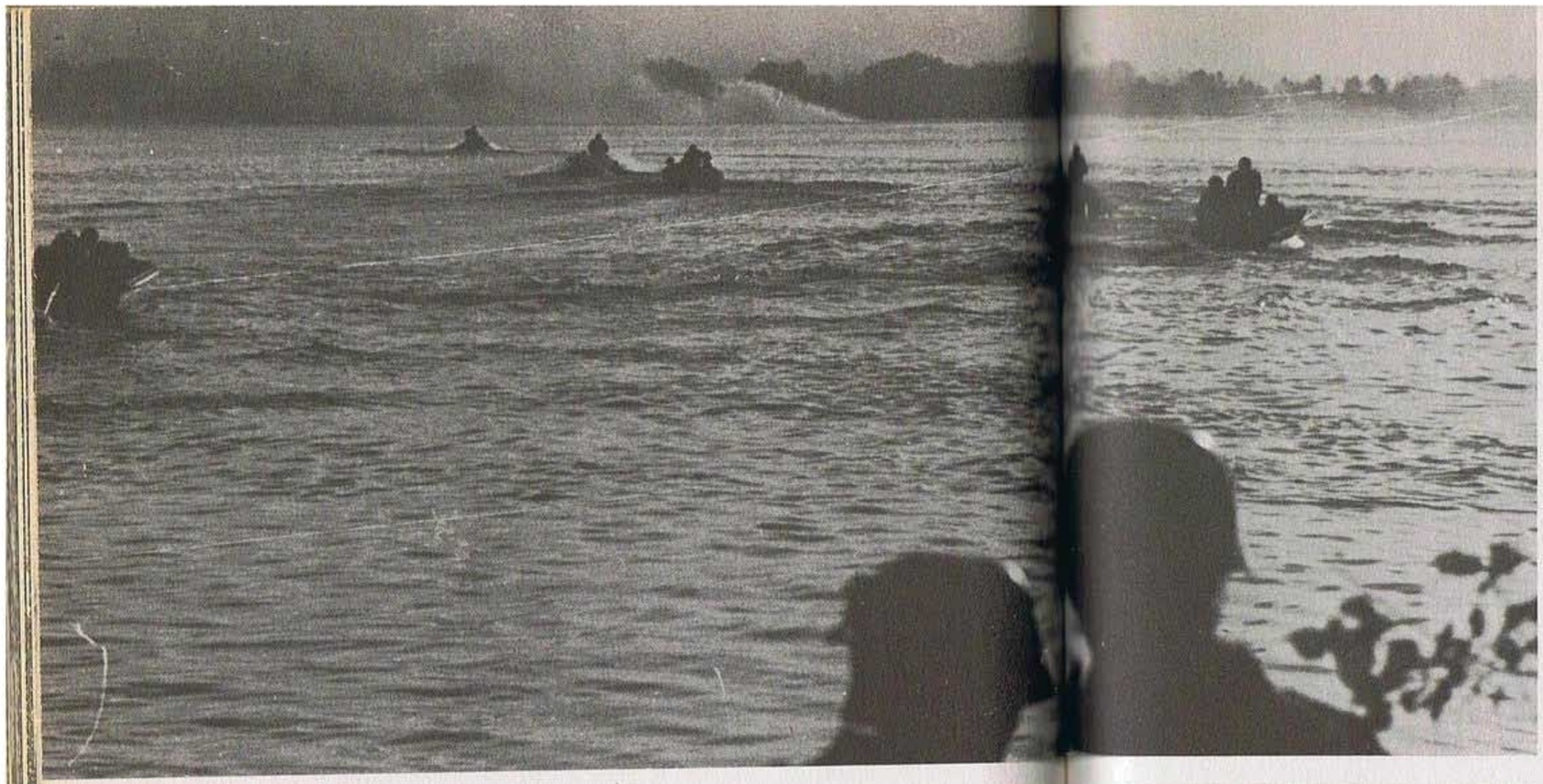
Izquierda: **Los PzKw II vadean un afluente del Desna durante la marcha de Guderian hacia el Sur.** Arriba: **La infantería cruza el Desna en botes de asalto.**

doccidental. Kiev, que ahora albergaba la más importante concentración rusa de todo el frente de batalla entre el Báltico y el mar Negro, ofrecía una vulnerable tantación para un doble envolvimiento.

Stalin y la Stavka no desconocían el peligro que suponía el aislamiento de los Frentes Central Sudoccidental, y el 16 de agosto crearon el nuevo Frente de Bryansk para cerrar el hueco entre ambos. Su mando le fue entregado al general Yeremenko, a quien, sin embargo, sólo pudieron serle confiados dos ejércitos de infantería, con la promesa de otros, sin los que no podría realizar su cometido cuando entablase contacto con el enemigo.

Mientras tanto, la Stavka concedió a Rudenny el permiso que éste había solicitado infructuosamente durante varios días, para retirar al Este del Dnieper todas sus unidades en la orilla opuesta. El Trigesimoséptimo Ejército quedaría en Kiev, encomendándose al Quinto, relevado al fin de su vigilancia en el Pripet, y al Cuadragésimo, recientemente formado con unidades dispares agotadas por la batalla, la creación de un frente en la línea Jarkof-Konotop-Chernigov como medida de prevención contra un intento alemán de penetrar en el hueco entre el sector Central y el Sudoccidental.

Tal amenaza parecía inminente, ya que Guderian había vuelto a desplegar su Panzergruppe sobre el eje meridional y se hallaba dispuesto para dirigirlo contra Kiev. Pero el mismo día en que él dejaba el cuartel general de Hitler, después de su fallida tentativa de convencerle de la necesidad de avanzar contra Moscú, Stalin comunicó a Yeremenko la importancia que la Stavka concedía a la próxima contraofensiva, para la que le ofreció además tentado-

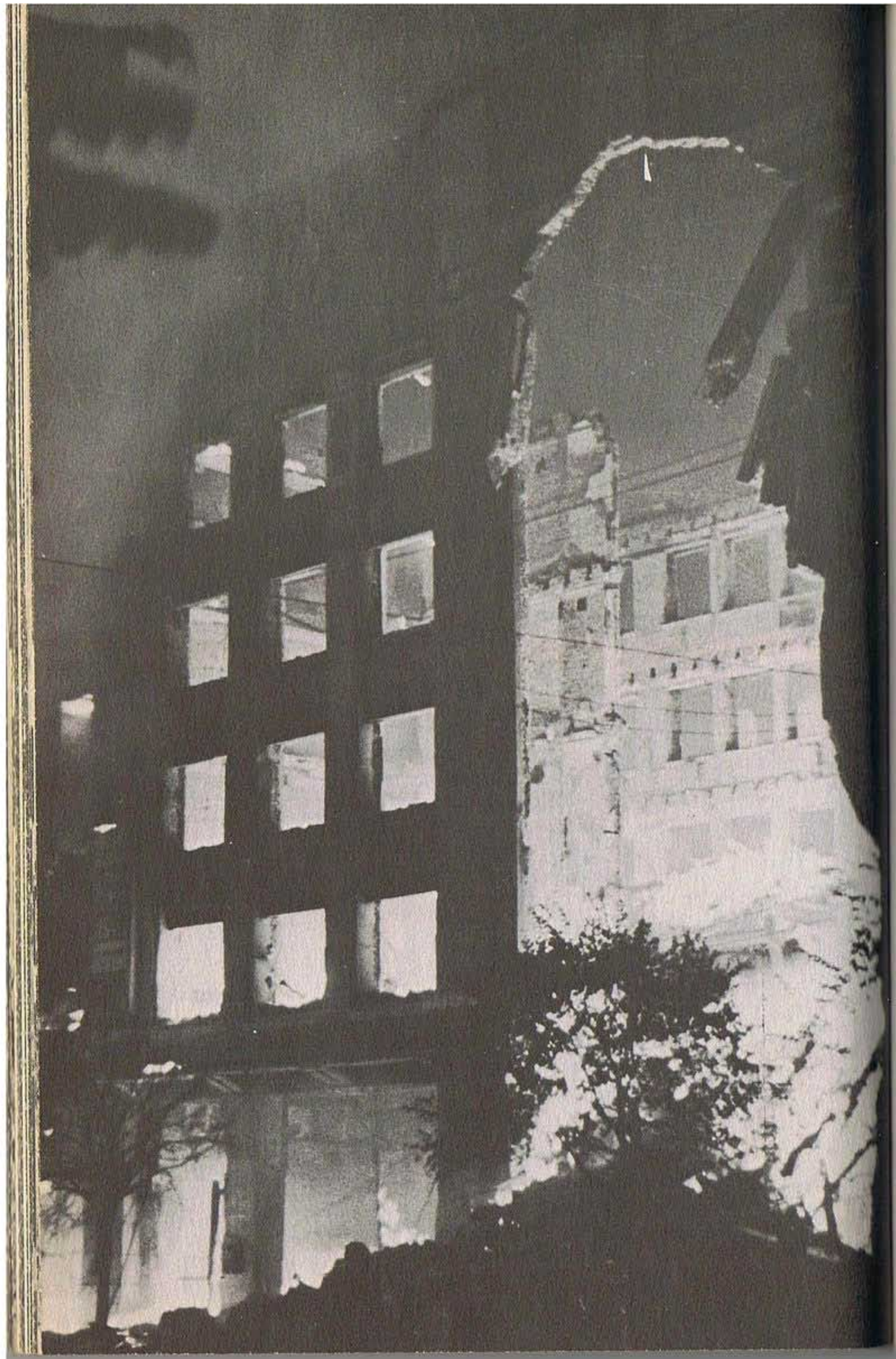


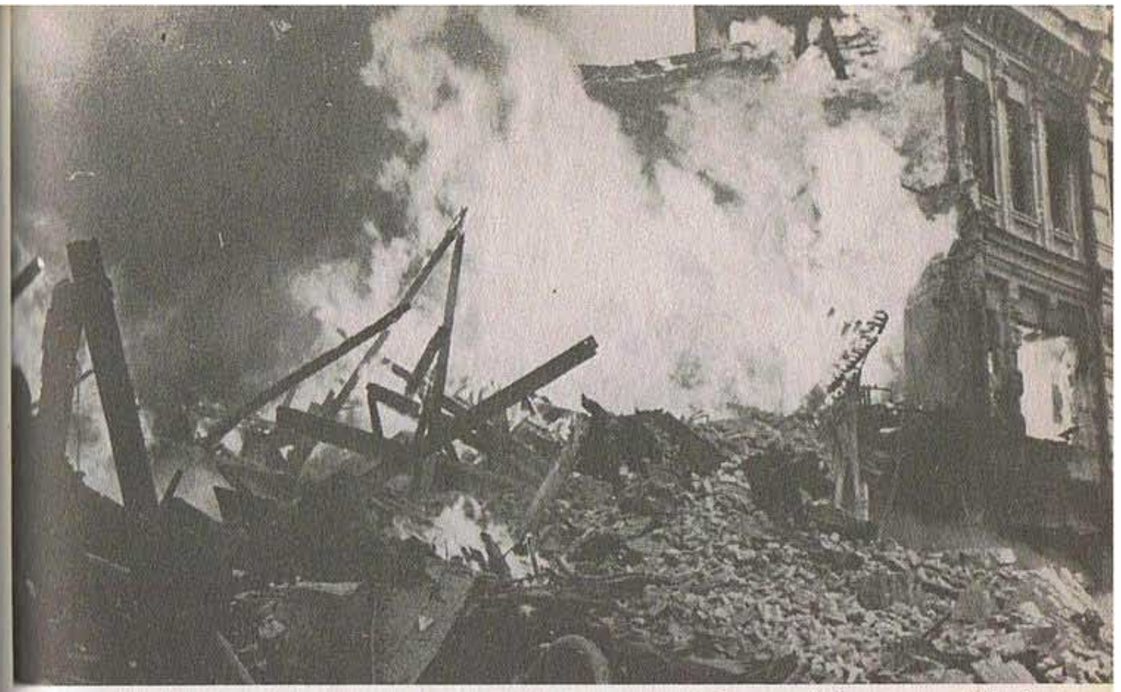
Arriba: **Zapadores de asalto cruzan rápidamente el Dnieper bajo una cortina de humo.** Abajo: **PzKw III, semiorugas y cañones anticarro en formación en el Dnieper, septiembre de 1941.**

ras cantidades del nuevo equipo: varios batallones de carros T-34 y algunos de los nuevos lanzacohetes Katiuska (mortero de tubos múltiples que disparaba proyectiles ligeros estabilizados con aletas y provistos de grandes cabezas explosivas). La disolución del Frente Central, el 25 de agosto, añadió otros dos Ejércitos, el Decimotercero y el Vigésimoprimero, a su orden de combate. Por desgracia, este último hecho llevó a Yeremenko a creer que era además responsable de la defensa de las rutas de acceso a Moscú —unas palabras de aviso de Shaposhikov, jefe del Estado Mayor, sobre la ambigüedad de las intenciones alemanas le indujeron a creerlo así—, por lo que dividió su fuerza, asignando a lo mejor de la misma un frente que resultaría totalmente pasivo.

Impasible, Guderian anunció el 29 de agosto que su XXIV Cuerpo Panzer era atacado por el Sur y el Oeste. Se refería al comienzo de la contraofensiva de Yeremenko, quien, aunque apoyado por el grueso de la fuerza aérea táctica que todavía le quedaba al Ejército Rojo —unos 500 aviones—, no supo proporcionar a sus hombres el ímpetu debido. El Vigésimoprimer Ejército, que encabezaba el ataque, fue rápidamente rebasado por el Cuarto Ejército de Kluge a la izquierda, y el Panzergruppe 2 de Guderian a la derecha; forzado a una rápida retirada, arrastró consigo a gran parte de sus propias unidades de apoyo y dejó brechas en el frente por donde las unidades motorizadas alemanas empezaron en seguida a infiltrarse con rapidez y potencia.

Mientras Guderian rompía las defensas septentrionales de Kiev, Kleist, cuyo Panzergruppe acababa de completar con éxito el cerco de Uman, volvía a desplegarse para atacar hacia el Norte en una maniobra convergente. Mientras





Arriba: **Kiev en llamas.** Izquierda: **Las ruinas de Kiev, antigua capital de Rusia.**

se producía el traslado de tropas, las unidades de reconocimiento del Panzergruppe habían establecido una serie de cabezas de puente en el Dnieper entre Cherkassy y Kremenchung, sector protegido sólo por un Ejército de infantería ruso, el Trigésimoctavo. Su frente era demasiado largo para que pudiera defenderlo en su totalidad y el estado de su material no era en absoluto adecuado para luchar contra los batallones panzer de Kleist. Además, las unidades del Sexto Ejército de Reichenau, que presionaban por el Este en su intento de reducir la bolsa de Uman, amenazaban con atacar su retaguardia.

En consecuencia, en la última semana de agosto todo hacía presagiar un inminente cerco alemán de Kiev, que supondría una catastrófica derrota rusa en el frente meridional. Stalin, sin embargo, se negó a escuchar cuantas sugerencias, le urgían a retirar las tropas de la región amenazada, o al menos permitirlas retirarse a posiciones más defendibles. Por el contrario, buscó nuevas fuerzas con las que reforzar la ya crecida guarnición de la capital de Ucrania, mostrándose dispuesto a desmantelar con ese fin los más sensibles sectores del frente. Como consecuencia, casi un millón de hombres cayeron o estuvieron a punto de caer en manos de los alemanes.

De las dos puntas del ataque, la formada por el Panzergruppe 2 de Guderian tenía que recorrer una distancia más larga y sobre un terreno más comprometido. Bien considerado, su avance era realmente arriesgado, ya que cada vez exponía más su flanco izquierdo a un ataque del Este. Este flanco llegaría a extenderse más de 200 kilómetros. Si los rusos hubieran estado en condiciones de lanzar ataques coordinados, quizá lo habrían destruido. Pero, aunque dispuestos a luchar sin cuartel, mostraban todos los signos de la desorganización a que les habían reducido dos meses de combates. El 26 de agosto dieron una extraordinaria prueba de esta desorientación. La 3.ª División Panzer capturó intacto un largo puente de 750 metros sobre el río Desna a su paso por Novgorov Severski. En su informe de la operación, Guderian calificó la hazaña, realizada por un teniente del 6.º Regimiento Panzer, como «sorprendente y muy satisfactoria». Igualmente sorprendente es su anotación a pie de página en

Un PzKw III apoya el avance de los fusileros de una división panzer.

el recuento de los acontecimientos del 3 de septiembre: en aquel día, los comandantes de la 3.ª y 17 Divisiones Panzer, Model y Ritter von Thoma (el primero sería más tarde mariscal de campo y el segundo caería prisionero como comandante del Afrika Korps), sufrieron heridas leves en el curso del combate. Encabezar el ataque, hábito adoptado por estos «nuevos» generales, resultaba muy peligroso contra un enemigo que, a diferencia de los franceses en 1940, no se rendía cuando se le rebasaba.

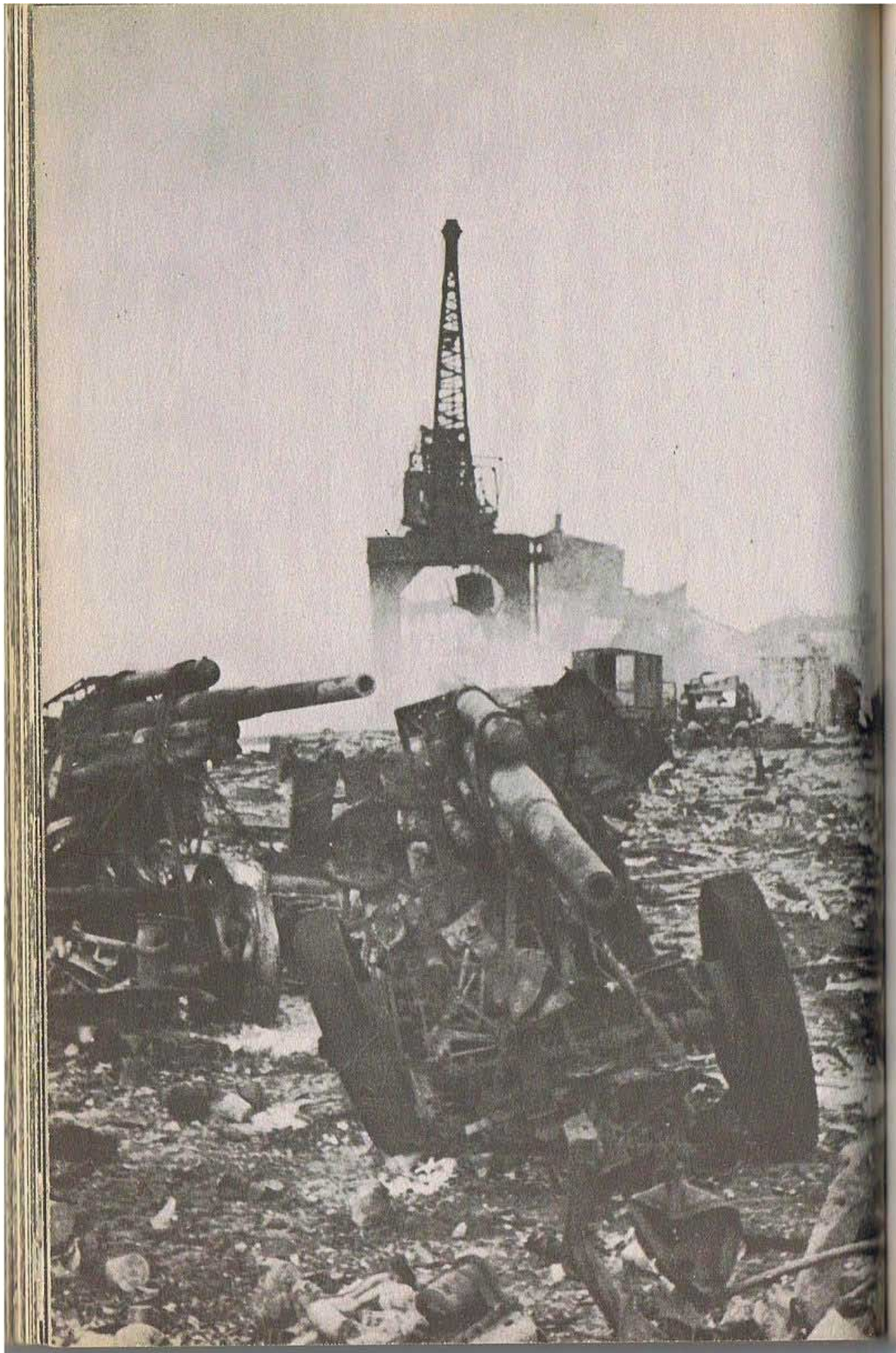
El Panzergruppe de Guderian participó en combates bastante confusos durante los dieciocho días siguientes, intentando vencer no sólo la oposición enemiga sino también los obstáculos que les impedían progresar y que habían surgido a consecuencia de las fuertes lluvias: riachuelos desbordados, puentes inundados y muchos kilómetros de lodo en la superficie de las malas y escasas carreteras. A menudo, las formaciones motorizadas se desplazaban a un ritmo sólo ligeramente más rápido que las divisiones de infantería del Segundo Ejército, que, a su derecha, presionaba sobre el Frente Sudoccidental.

Mientras Guderian bajaba desde el Norte, Kleist, en el Sur, maniobraba para situar a su Panzergruppe en un eje convergente. Trataba de dirigir sus fuerzas acorazadas contra el acceso Norte en el recodo del Dnieper y atravesarlo por allí. No podía haber grandes dificultades tácticas en la consecución de una o varias cabezas de puente, ya que entre Cherkassy y Kremenchung el río estaba defendido únicamente por un Ejército de fusileros que no podrían oponer mucha resistencia (los Ejércitos rusos eran más pequeños que los alemanes y éste, en particular, carecía de material blindado). Pero hasta el 12 de septiembre no pudo Kleist adueñarse del paso, aunque en el proceso destruyó virtualmente el Trigésimoctavo Ejército ruso. El 16 de

Kruschev, en aquel tiempo comisario politico.

Yeremenko, comandante del Frente de Bryansk.

Una patrulla de exploración en avanzadilla.



septiembre, en Lojvisa, unos ciento cincuenta kilómetros al Norte de Kremenchung, sus carros de combate establecieron contacto con los de Guderian. En los días siguientes, las divisiones de infantería de ambos Panzergruppen siguieron adelante, cerrando a su paso las brechas en el cordón de fuerzas acorazadas. Detrás de ellos, el Decimoséptimo Ejército, que avanzaba por el Norte a la izquierda de Kleist, y el Segundo que lo hacía por el Sur a la derecha de Guderian, aumentaron la presión sobre la bolsa de Kiev. El Sexto Ejército de Richenau, que avanzaba por el Este desde Uman, trataba mientras tanto de estrechar la bolsa en su cara Oeste, y desde el aire, el 2.º y 4.º Ejércitos Aéreos de Kesselring y Löhr infligían un insoportable número de bajas a las apretadas masas de tropas rusas.

El 26 de septiembre, el cerco había sido completado. El servicio oficial de noticias alemán anunció que la bolsa había dado 665.000 prisioneros, 884 carros de combate y 3.718 cañones. Cinco Ejércitos rusos y cincuenta divisiones habían sido destruidas. Los rusos han desmentido después estas cantidades, afirmando que no sufrieron más de 175.000 bajas. Es imposible reconciliar las cifras; pero aunque el cálculo alemán deja sin respiración por su magnitud, los informes contemporáneos parecen indicar que es más convincente que el ruso.

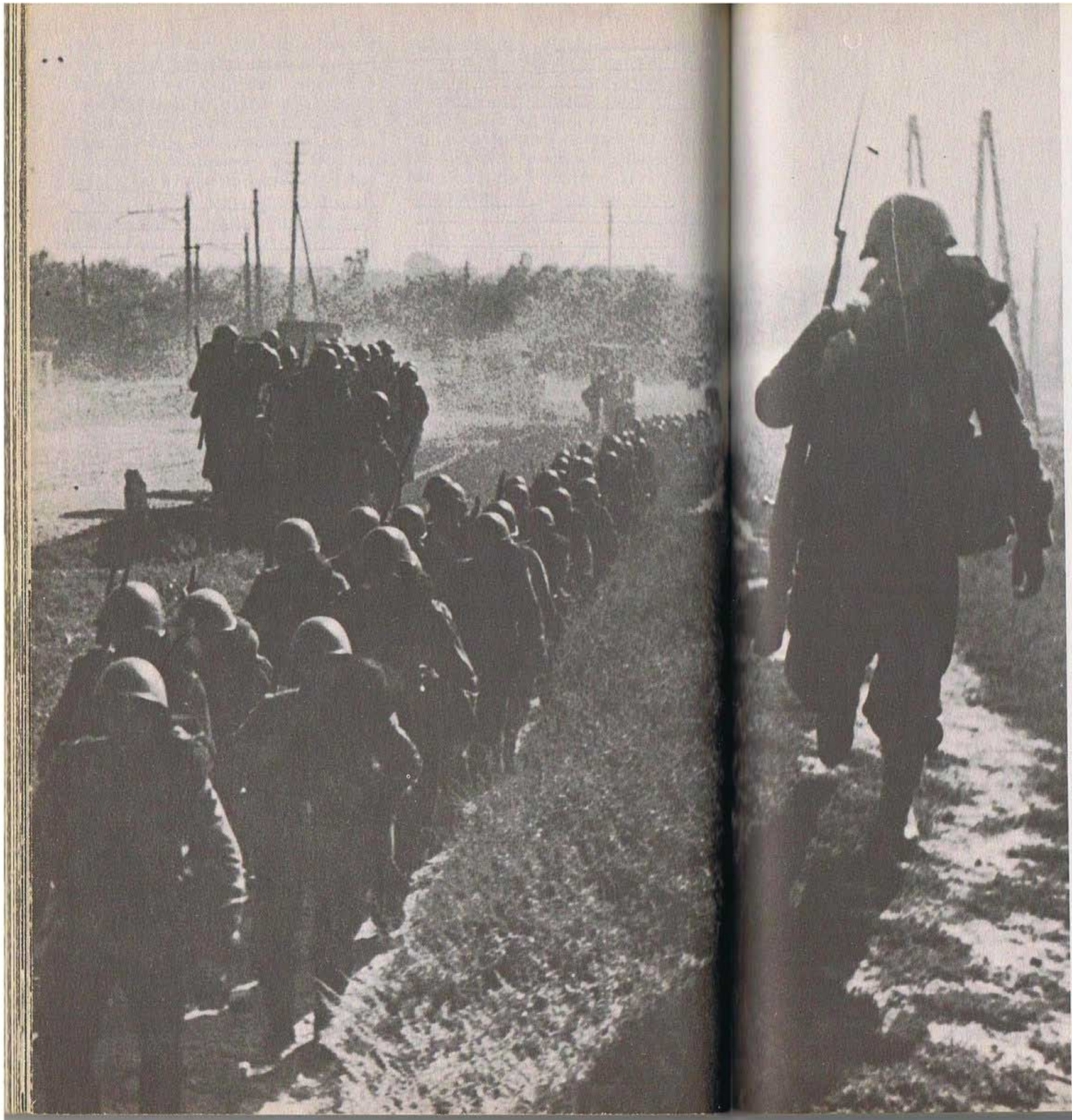
Mucho más interesante que contar el número de bajas es preguntarse por qué el Alto Mando ruso permitió que la mayor parte de sus soldados permanecieran en posiciones tan claramente arriesgadas durante más de dos semanas antes de su caída final. El tema, desde el discurso antiestalinista de Kruschev en 1956, ha provocado apasionados debates en la Unión Soviética. Kruschev, comisario político del Frente Sudocciden-

El puerto de Odesa después de una incursión aérea alemana.

tal, no es, por supuesto, un observador imparcial, tanto más cuanto que podía contrastar la presunta e inepta negativa de Stalin a retirar las guarniciones de Kiev con su propio éxito al evacuar grandes cantidades de material industrial del área amenazada. Es cierto, de todas formas, que apoyó a Budenny cuando éste protestó ante la orden de Stalin de resistir, protesta que supuso el «traslado» de Budenny, el 13 de septiembre, a un puesto honorífico en el Frente de Reserva. Pero su relevo del mando no consiguió acallar los gritos de protesta que llegaban desde el Frente Sudoccidental, decididamente opuesto a las órdenes que se le imponían. Stalin no cedió hasta veinticuatro horas antes de que los alemanes cerraran el cerco. Pero fueron pocos los que consiguieron alguna ventaja con la modificación de su postura. Muchos de los que intentaron romper el cerco fueron exterminados al pasar por las líneas alemanas, entre ellos varios generales como Kirponos, comandante del Frente.

El destino que sufrieron los soldados rusos capturados en las afuerzas de Kiev fue lamentable. Alemania y Rusia no estaban obligadas por la Convención de Ginebra sobre el tratao de prisioneros —aunque las convenciones normales exigen dar alimento y cobijo al enemigo capturado— y quizás deliberadamente no observaron su cumplimiento durante los primeros meses de la operación Barbarroja. De los *cuatro millones* de prisioneros rusos hechos entre junio de 1941 y febrero de 1942, más de medio millón murieron entre noviembre de 1941 y enero de 1942, muchos por negligencia o a causa de heridas no atendidas. En esta situación, ningón ruso escogía a la ligera la captura como alternativa a seguir resistiendo.

A su vez, el soldado alemán, enterado del miedo y el odio que habían despertado entre los rusos las noticias sobre el trato de los prisioneros, luchaba también hasta la muerte antes que arriesgarse a ser capturado. «La guerra no ca-



Marineros rusos, equipados como soldados de infantería, marchan a los puestos defensivos de Odesa.

balleresca» que Hitler había deseado no tardó en hacerse realidad.

Mientras la batalla de Kiev estaba en pleno apogeo, otros sectores del Frente Meridional caían ante la embestida alemana. Un foco muy importante de la lucha era Odesa, puerto del mar Negro sitiado por los rumanos el 5 de agosto. Allí se constituyó a toda prisa el Ejército Especial Marítimo del general Petrov, cuyos defensores, infantes de marina, soldados y marineros de todo tipo, resistieron hasta el 16 de octubre, causando 100.000 bajas a los asaltantes. Cuando finalmente sucumbió, la ciudad fue incorporada a Rumania como capital de la nueva provincia de Transniestria, distinción que permitió a muchos de sus habitantes volver a sus agradables costumbres prerrevolucionarias y que fue muy bien acogida.

De mucha más importancia militar fue la iniciativa tomada por el Undécimo Ejército de Rundstedt, ahora a las órdenes del general von Manstein (del que los rusos tendrían más oportunidad de oír hablar), que entre el 21 y el 29 de septiembre atravesó el estuario del Dnieper y avanzó hasta el istmo de la península de Crimea. Su avance amenazaba con envolver todas las defensas rusas de los ríos meridionales —el Donetz y el Don— y sus grandes centros industriales.

¿Qué haría Hitler ahora: alentar a Rundstedt a seguir adelante, o escuchar los argumentos que le pedían atacar el centro o el Norte? Tal era el problema estratégico con el que se enfrentaba. ¿Qué centro vital atacar? ¿Jarkof? ¿Moscú? ¿Leningrado? Al decidirse por este último, Hitler tomó la decisión más difícil de la campaña hasta ese momento, aunque no le permitió obtener una solución satisfactoria del «problema de Leningrado», que continuaría distorsionando su juicio estratégico.

El sitio de Leningrado

Ametralladores alemanes apuntan a Leningrado a través del Neva, septiembre de 1941.

Leningrado es sin duda una gran capital: la anchura de sus calles, sus altos y espléndisos edificios, la grandiosidad de su paisaje urbano, todo proclama que fue planeada y construida para ser sede del gobierno. Y en realidad fue ésta la función que la asignó el gran zar Pedro I a comienzos del siglo XVIII, al erigirla en un lugar arrebatado a las marismas del Neva y a los pantanos de la costa del golfo de Finlandia. Leningrado es además un puerto, el más importante de Rusia, y centro de su poderío naval en aguas occidentales. Occidental es la palabra clave: Pedro la construyó para que fuera la «ventana» sobre la Europa de Luis XIV. Leningrado —Petrogrado, San Petersburgo: ha recibido sucesivamente todos estos nombres— fue siempre la más occidental de las ciudades rusas; tan occidental como para haber promovido en 1917 una serie de crisis políticas de una amplitud e intensidad desconocidas en Europa desde la caída del *Ancien Régime* y que, empezando por el descontento en el seno de la asamblea constitucional, acabaron con la explosión de la revolución comunista.

En 1918, al trasladarse el gobierno de Leningrado —como se llamó a Petrogrado después de la muerte del Líder— a Moscú, la ciudad se vio privada de su supremacía; pero, aunque sus habitantes se sintieron heridos, no por ello dejaron de enorgullecerse menos de su ciudad, o de sí mismos, pues formaban la sociedad más progresiva y de más amplias miras de la Unión Soviética. No quiere esto decir que el gobierno rojo valorara Leningrado menos que los zares San Petersburgo, se preocupara menos por su seguridad o prestara menor atención a su estado de ánimo. El temple político de la organización del Partido en Leningrado —en opinión de Moscú poco digno de confianza— era un motivo constante de preocupación para Stalin, y defender la ciudad fue su obsesión al final de los años treinta. Su deseo de alargar el cordón de territorio nacional comprendido entre la ciudad y el mundo exterior le llevó a formular demandas territoriales inacaptables para los finlandeses en 1939, a hacerles la guerra, y por último, después de las humillantes derrotas de aquel invierno, a arrebatarles grandes áreas del istmo de Carelia y de la región fronteriza situada al Norte del lago Ladoga (uno de los mayores de Europa, que, al estar situado tierra adentro, cerca de la ciudad, la aísla casi por completo del resto de Rusia).

Estas anexiones de Stalin, para las que había excelentes justificaciones de carácter puramente militar, olvidaban que Finlandia buscaría recobrar lo que era suyo y escogería su oportunidad cuando Rusia no pudiera impedírselo. En suma, por obtener ciertas ventajas poco concretas, Stalin se había creado un enemigo que, de conformidad con las esperanzas alemanas y simultáneamente a su invasión de Rusia, lanzó sus tropas a través de la frontera en junio de 1941. El ejército finlandés no era grande, pero sabía cómo derrotar a los rusos, cuyas reservas, en todo caso, estaban ocupadas en frentes de mayor importancia; además, le ayudaron en su invasión importantes contingentes de tropas alemanas, designadas como *Norwegen Armee*, al mando del general Dietl, e integradas por el III y XXVI Cuerpos y por el Cuerpo de Montaña, con un total de seis divisiones. Al desembarco de las tropas alemanas el 8 de junio, siguieron la movilización general de los finlandeses el 16 y la declaración de guerra el día 25.

Los alemanes contaban con recibir de los finlandeses una gran ayuda, ya que les suponían tan deseosos de asestar un golpe mortal a los rusos como ellos mismos. Pero los hechos demostrarían más tarde que estaban equivocados. Los finlandeses, desde luego, estaban ansiosos por entrar en combate, y muy satisfechos de luchar al lado de los alemanes, pero sus objetivos eran puramente nacionales y bastante limitados. Mannerheim, su líder nacional, estaba resuelto a no avanzar un paso más tan pronto como se hubieran conseguido.

Los objetivos alemanes en el frente septentrional están especificados en la directriz Barbarroja: destruir las fuerzas enemigas que operaban en el área del Báltico y ocupar Leningrado y Kronstandt, base naval sita en una isla de la desembocadura del Neva. Eran misiones de gran alcance, ya que la distancia desde la frontera Este de Prusia Oriental a Leningrado era de ochocientos kilómetros, o más si se seguía el camino de la costa, como el plan pedía que se hiciera, y debe tenerse en cuenta además, de todas las fuerzas comprometidas en la invasión, las asignadas al Grupo de Ejército Norte eran las más débiles: veinte divisiones de infantería, compartidas entre el Décimosexto y Decimoctavo ejércitos, y tres divisiones acorazadas y tres motorizadas pertenecientes al Panzergruppe 4 de Hoeppner. Un hecho curioso era que el comandante del Grupo de Ejército, Ritter von Leeb, y el general al mando de uno de sus

El mariscal Mannerheim, líder finlandés.

Küchler, comandante del Décimoctavo Ejército.

Manstein, un maestro de la guerra en la estepa.

La dotación de un cañón anticarro bloquea la carretera de Kovno.

La bienvenida que Riga dispensó a los alemanes expresaba un sincero sentimiento de liberación.

Arriba: **Una patrulla de la Waffen SS cruza el Dvina al anochecer.** Abajo: **Por la carretera de Leningrado. El carro es un PzKw III.**

Ejércitos, del Decimoctavo (Kücher), habían sido destitutidos por Hitler en la segunda siega de la crisis Blomberg-Fritsch y habían recuperado su buena reputación durante la campaña del Oeste.

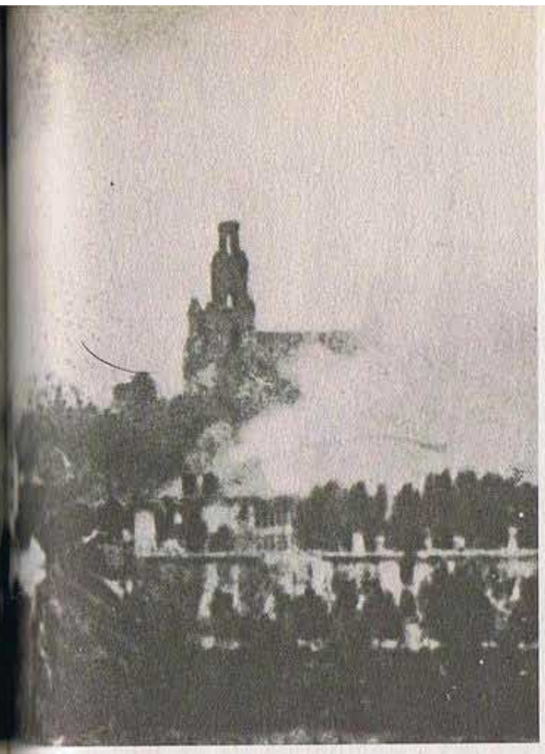
El plan táctico de sus operaciones era complicado en comparación con el de los otros dos Grupos de Ejército, ya que la conformación del sector de territorio ruso que le correspondía no era el más apropiado para conseguir un gran cerco y, a su vez, los ríos Niemen y Dvina proporcionaba al enemigo obstáculos fluviales defendibles transversales a la línea de avance alemana; una línea que, por lo demás, estaba seriamente constreñida en las inmediaciones de Leningrado por los lagos Peipus e Ilmen, entre cuyas aguas tenía que dirigir el Grupo de Ejército Norte su acometida final. A su penetración se oponían importantes fuerzas rusas: el Octavo, Undécimo y Vigesimoséptimo ejércitos en la frontera, además de los refuerzos y la reserva, con un total de veintiocho divisiones de infantería y tres cuerpos mecanizados con un millar de carros de combate. El Frente Noroccidental, al que fueron subordinadas estas unidades tan pronto como empezó la guerra, estaba a las órdenes del general Kuznetsov (más tarde reemplazado por Voroshilov), que era un competente aunque no brillante soldado.

Leeb solucionó el problema del avance colocando a sus formaciones acorazadas en el centro del frente y a los ejércitos de infantería en los flancos. Ya que no podía hacer movimientos envolventes a gran escala, intentaría profundizar con rápidas, profundas y repetidas acometidas de las fuerzas acorazadas, siguiendo una sola línea de penetración. Al ser rebasados, los rusos quedarían desorganizados y la infantería alemana, siguiendo a los panzer a corta distancia,

Dotación de una ametralladora pesada, perteneciente a la Waffen SS, en una aldea lituana.

protegería sus propios flancos y al propio tiempo haría una gran reada de prisioneros y se aseguraría el dominio de los objetivos geográficos más importantes. Leeb trató de mantener el Panzergruppe bajo su mando personal, con objeto de mantenerse en comunicación directa con los comandantes del Cuerpo de Hoeppner. Las cualidades personales de uno de ellos, Erich von Manstein, le habían convertido en una figura de reputación mundial.

Los primeros objetivos del Panzergruppe, una vez atravesada la frontera de Prusia Oriental, eran los puentes del Dvina, el río más caudaloso de la costa báltica de Rusia. (La anexión del puerto franco de Memel, conseguida por Hitler antes de la ruptura de las hostilidades, le permitía ahora atravesar el Niemen, que antes era la frontera Este a Prusia Oriental). Los citados puentes estaban a 200 kilómetros de la línea de partida de Hoeppner, al otro lado de un sector muy bien defendido, en gran parte debido a la magnitud de la guarnición rusa, a pesar de que los rusos habían tenido pocas oportunidades de fortificarlo después de la anexión de Lituania y Letonia en 1940. Y, en efecto, la primera señal que Hoeppner tuvo de las perspectivas de su operación fue, el 22 de junio, la presencia de una fuerte columna acorazada rusa que marchaba al encuentro de la vanguardia de su LVI Cuerpo Panzer, en la confluencia de la carretera de Kedaynyay, nada más cruzar la frontera. Pero esta vez fue la rapidez del enemigo, más que la suya propia, lo que le salvó de una colisión de frente: la columna rusa había pasado por Kedaynyay y continuado la marcha cuando los carros del LVI Cuerpo llegaron al lugar. Dejando el XLI Cuerpo Panzer para resolver la situación, Manstein se dirigió a marchas forzadas con sus divisiones hacia el Dvina. En la mañana del 26 de junio, los carros de vanguardia de la 7.ª



Arriba: **Cañón antiaéreo ligero en las afueras de Godno, junio de 1941.** Izquierda: **El ritmo de avance por las carreteras rusas es cada vez más lento.**

División Panzer arrasaron a su paso Daugavpils y capturaron sus dos puentes. Su avance había sido sorprendente, pues suponía un promerio de cincuenta y cinco kilómetros al día durante cuatro días. Hoeppner lanzó entonces adelante el XLI Cuerpo que, desde su separación del LVI, había cercado y destruido a la fuerza acorazada rusa que tanto le había alarmado el 22 de junio. Le ordenó capturar las cabezas de puente situadas al Sur de las posiciones del LVI, en Daugavpils, y éste así lo hizo: la operación concluyó el 1 de julio, con la conquista de treinta kilómetros de la margen opuesta del Dvina.

Inmediatamente, el Panzaegruppe se aprovisionó con carácter provisional de combustible y municiones para la segunda etapa de su avance, prevista para el día siguiente. Su nuevo objetivo era el «pequeño puente terrestre» situado entre los lagos Peipus e Ilmen, a lo largo de una línea que demarcaba la antigua frontera de Rusia con Letonia y que con toda seguridad estaba protegida por las fortificaciones de la «Línea Stalin». Era vital la captura de tres puntos: de Norte a Sur, Pskov, Ostrov y Opochka, todos a orillas del Velikaya, tributario del lago Peipus.

El primer objetivo era Ostrov, donde los alemanes llegaron el 4 de julio. La conquista no ofreció problemas pues, según parece, los rusos esperaban el ataque más al Norte y habían concentrado sus fuerzas acorazadas alrededor de Pskov. Al advertir la maniobra giraron al Sur, trabando combate con el XLI Cuerpo el 5 de julio, pero fueron derrotados en toda la línea, dejando 140 carros de combate inutilizados en el campo de batalla al Norte de Ostrov. Pskov cayó de inmediato en manos del XLI Cuerpo, mientras el LVI iniciaba su marcha hacia Opochka.

El Panzergruppe 4 había hecho más de la mitad del camino hasta Leningrado. Pero a partir de ese momento empezó a hacerse más lento su ritmo de marcha, en parte debido a las dificultades de aprovisionamiento de las unidades de cabeza, pero también por dos razones fundamentales: la primera, que las divisiones panzer se encontraron con un amplio sector de terreno que atravesaba su eje de avance y por el que no podían pasar sus carros; la segunda, la intranquilidad que había producido en el Alto Mando la crisis de julio planteada con motivo de la dirección táctica del Grupo de Ejército Norte.

El terreno en cuestión era un cinturón pantanoso en la margen opuesta del río Velikaya, en la antigua frontera de Rusia con Letonia. No era posible atravesarlo al Este de Opochka, por donde debía cruzarlo el LVI Cuerpo Panzer de Manstein como paso previo para su acometida contra Novgorod, a orillas del Luga, Reiteradas tentativas de continuar adelante a través de los pantanos demostraron la impracticabilidad del plan, y se decidió, por tanto, que el LVI Panzer se dirigiera hacia el Norte, para

Cabeza de una columna de la Waffen SS.

unirse al XLI Cuerpo cerca de Ostrov. Pero también este último tenía dificultades para continuar adelante, que se acrecentarían si ambas formaciones panzer intentaban compartir el mismo eje de avance. Se decidió, pues trasladar el XLI Cuerpo al Noreste, a la costa báltica, para que abriera una nueva cabeza de puente en el Luga que le permitiera seguir el camino más seguro de los llanos costeros. El Cuerpo de Manstein tomaría mientras tanto su lugar en la cabeza de puente de Ostrov, e iniciaría desde allí su avance sobre Novgorod.

Este plan no era del agrado de Manstein, quien pensaba que el Panzergruppe debía mantenerse unido a toda costa con el fin de asestar un único y contundente golpe (razonamiento acorde con la más ortodoxa concepción de la *blizkrieg)*. Pero ni Hoeppner ni Leeb, por mucho que simpatizaran con su idea, tenían libertad para dar las órdenes necesarias. Desde mediados de julio, el segundo de ellos tenía instrucciones de ayudar al avance del ala izquierda del Grupo de Ejército Centro, tarea que implicaba el desplazamiento de la infantería del Decimosexto Ejército de su propio flanco derecho hacia el izquierdo del Grupo de Ejército Centro, con lo que dejaba a Manstein sin protección y le impedía a él autorizar un avance rápido y profundo de sus carros sobre Leningrado. A últimos de julio, Leeb tuvo que poner como condición que cualquier avance continuado del LVI Cuerpo Panzer de Manstein fuera realizado en compañía de una fuerte escolta de infantería, de la que únicamente se permitiría separarse, cuando se hubieran destruido las más peligrosas concentraciones soviéticas que amenazaban el avance de los carros de combate en las proximidades del lago Ilmen.

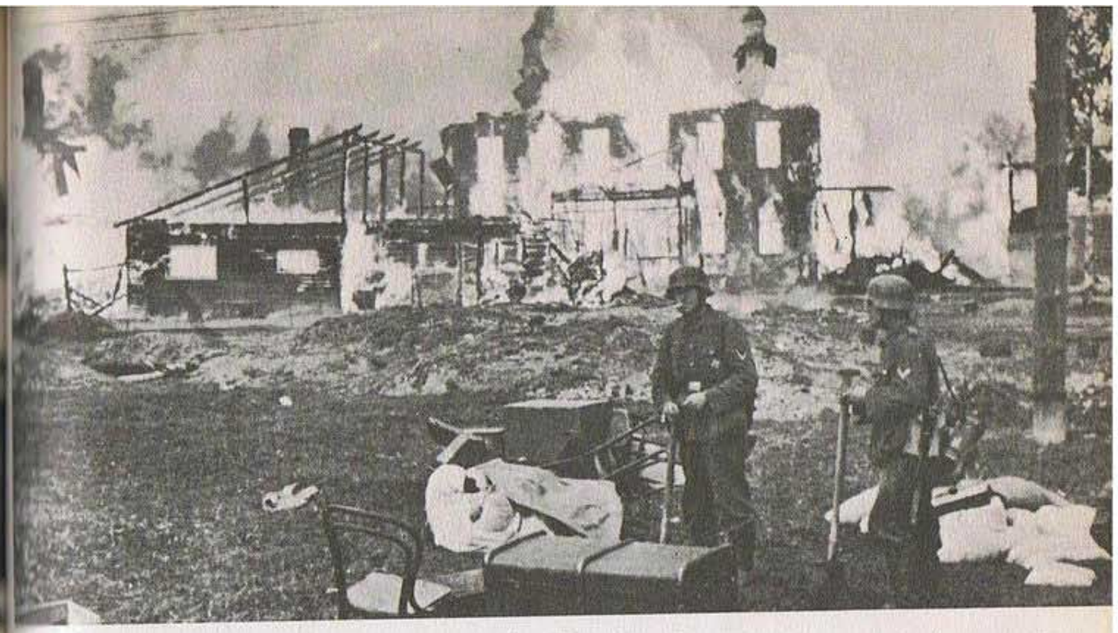
En la práctica, el avance fue sangriento y fatigoso, en particular para la infantería, y en consecuencia a principios de agosto Leeb decidió abandonar la idea que en un principio había acariciado y

Izquierda: **Tropas de la Waffen SS descansan en la carretera de Leningrado.** Arriba: **Lluvia de verano en Kingisepp, agosto de 1941.**

que todavía obsesionaba a las divisiones panzer: un ataque relámpago sobre Leningrado. En su lugar, emprendió el proyecto de un doble envolvimiento de la ciudad con los dos cuerpos panzer, apoyados en ambos flancos por los Ejércitos de infantería, el Decimoctavo y Decimosexto, todos conjuntados con los finlandeses, que avanzarían desde el istmo de Carelia hasta el Sur y el Sudeste rodeando la orilla interior del lago Ladoga.

La misión inicial que se asignaba a los alemanes en este plan era la de irrumpir en el último gran obstáculo que les esperaba de Leningrado, el río Luga, que fluye en dirección Noroeste desde el lago Ilmen al golfo de Finlandia. Controlaban ya algunas cabezas de puente en la margen opuesta, a unos cien kilómetros de Leningrado, y su tarea consistía, por tanto, en concentrar en ellas grandes contingentes y aplastar a las fuerzas rusas que defendían la línea fluvial. Estas fuerzas, adscritas al Frente Noroccidental, estaban divididas en tres sectores: el de Kingisepp, donde estaban apostadas tres divisiones de infantería; el de Luga, defendido por otras tres, y el oriental, cerca del lago Ilmen, con una división heterogénea y una brigada de montaña. Había además, un número indeterminado de rezagados y de unidades disgregadas, aunque es dudosa la potencia combativa que estas últimas añadieron a la defensa.

Su potencia combativa según todos los cálculos, era baja; y aunque al producirse el ataque alemán el 8 de agosto los soldados rusos demostraron tanto valor como siempre que luchaban en posiciones fijas, su carencia de artillería y fuerzas acorazadas les puso en una desventaja irremediable. El 11 de agosto, las fuerzas rusas del sector de Kingisepp habían sido destruidas en casi su totalidad, y el comandante de la línea fluvial, Popkov, empezó a considerar la posibilidad de retirarse, aunque no pudiera ex-



Arriba: **Novgorod arde bajo el bombardeo alemán.** Arriba derecha: **Los alemanes llegan a los barrios extremos de Leningrado a finales de agosto.**

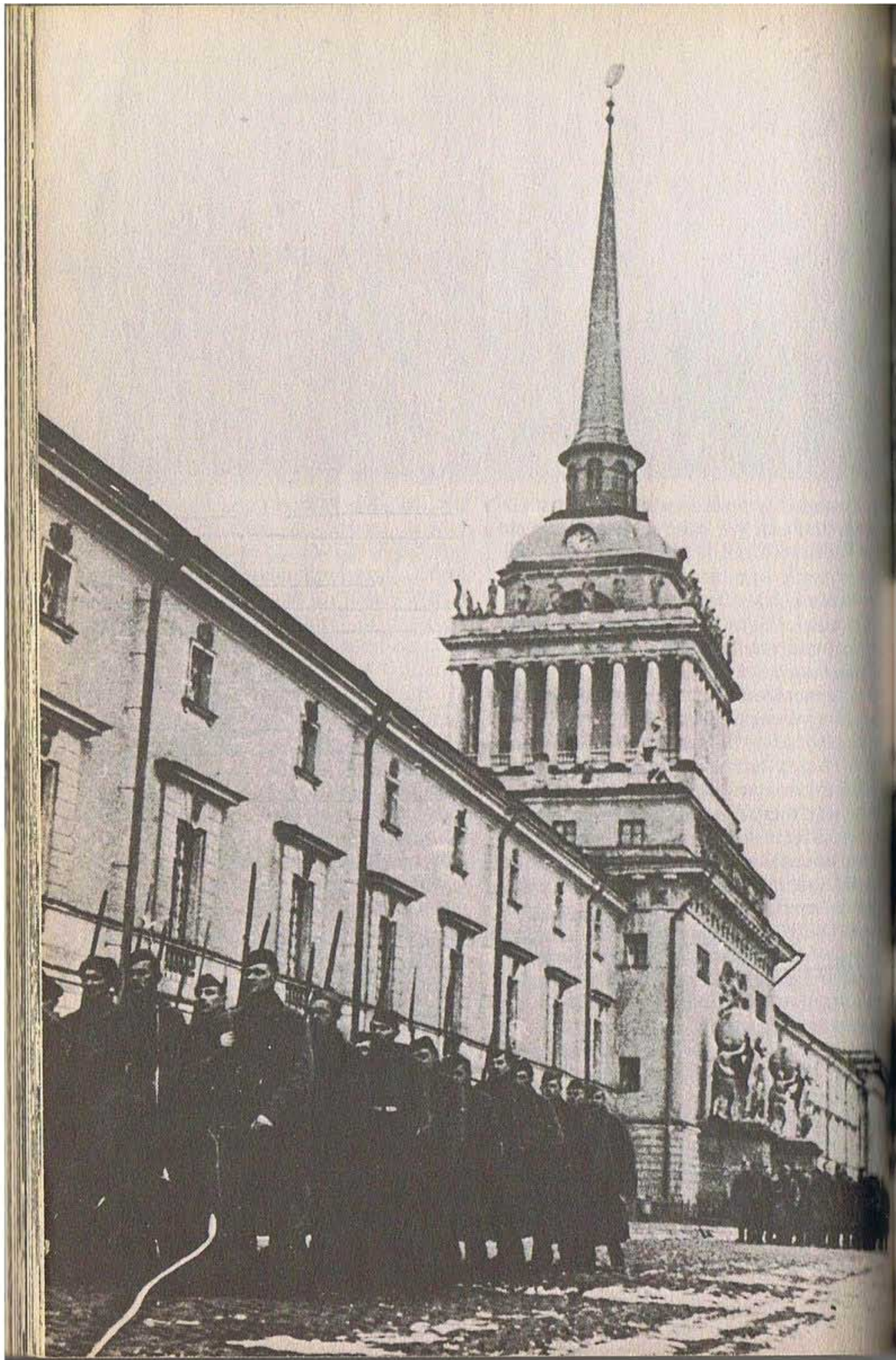
plicar adónde o a cubierto de qué retaguardia. El LVI Cuerpo de Manstein, que Leeb había separado del flanco derecho, se dirigía hacia la brecha de Kingisepp; cuando llegara, no dejaría opción a Popkov sobre si quedarse o marcharse. Pero por fin se concedió un respiro a la agonizante defensa rusa; su Trigésimoctavo Ejército, parte de la guarnición de la frontera finlandesa, que se había dirigido al Sur sin dirección fija siguiendo la orilla oriental del lago Ilmen, apareció de repente en el flanco desprotegido del Decimosexto Ejército de Leeb. Aunque la fuerza atacante era en su casi totalidad de caballería, Leeb ordenó a Manstein que volviera a toda prisa de su misión en Kingisepp, desandando los ciento sesenta kilómetros que acababa de hacer. Con su ayuda, se repelió con rapidez el ataque del Trigésimoctavo Ejército y el avance alemán volvió a recuperar su ímpetu. Novgorod cayó el 16 de agosto y Chadovo el 20. Pero a pesar de la llegada de un Cuerpo Panzer de refuerzo (XXXIX) del Panzergruppe 3, incorporado en virtud de la redistribución de fuerzas acorazadas ordenada por Hitler después de su conferencia con Guderian en Rastenberg, al LVI Cuerpo de Manstein le fue difícil igualar los éxitos del XLI, que el 21 de agosto llegó a Krasnogvardeisk, a cincuenta kilómetros de Leningrado. No obstante, en lugar de aprovechar las ventajas de su posición, Leeb decidió ordenar su avance hacia el Sur, para unirse a Manstein cerca de Nogorov y ambos juntos destruir la resistencia que impedía el avance del LVI y cercar a las fuerzas rusas, que parecían muy considerables y todavía mantenían posiciones en el Luga o estaban a punto de retirarse de él. El enlace se llevó a cabo el 31 de agosto y la maniobra envolvente proporcionó 20.000 prisioneros.

La batalla librada para cercar Leningrado entraba ahora en su última fase. «Cercar» seguía siendo el objetivo operativo, ya que Hitler no había ordenado la captura de la ciudad. Pero para poder llevar el envolvimiento a buen fin se dependía de la colaboración de los finlandeses, y éstos parecían poco inclinados a cruzar las fronteras de 1939, que habían recobrado en su totalidad. El 22 de agosto, el OKW había pedido a Mannerheim que extendiera su avance por el istmo de Carelia para desbordar Leningrado desde el Norte y unirse con los alemanes al Este de la ciudad. El líder finlandés pospuso la respuesta hasta el

27 de agosto, y entonces señaló que estaba dispuesto a salir al encuentro de los alemanes en el Svir, riachuelo que fluye desde la punta Sur del lago Ladoga hasta el lago Omega, pero que no iría más allá (el Svir, en cualquier caso, está a pocos kilómetros de la frontera ruso-finlandesa de 1939) y se limitaría a hacer una demostración de fuerza desde Carelia. Muy decepcionado, Keitel del OKW voló para entrevistarse con Mannerheim el 4 de septiembre, esperando convencerle para que cambiara de opinión. Pero Mannerheim continuó arguyendo que «carecía de la potencia necesaria» para avanzar más allá. Es cierto, desde luego, que la frontera estaba guarnecida por fuerzas poderosas, pero estaba claro para todos que sus verdaderas razones eran políticas; por improbable que pareciera en aquel momento un enfrentamiento de Finlandia con una Rusia resucitada, la cautela exigía no mostrar más ambición que la Rusia del año anterior. En estas convenciones tácitas descansan los más importantes entendimientos a nivel internacional.

Lo importante, en definitiva, era que el Grupo de Ejército Norte tenía que valerse de sus propios medios para sitiar Leningrado. Y el 5 de septiembre esos medios quedaron además sensiblemente disminuidos al señalarse en la Directriz 35 del Führer que la toma de Moscú gozaba la prioridad absoluta, cambio de planes —o retorno al plan original— que implicaba el traslado de la mayor parte de las fuerzas acorazadas de Leeb al Grupo de Ejército Centro, para acelerar su marcha por la carretera principal a Moscú. El acceso inmediato a Leningrado desde el Sur estaba muy bien protegido por tres líneas de obstáculos y posiciones improvisadas. Los alemanes habían roto la primera de dichas líneas entre el 19 y el 21 de agosto, pero no las restantes, y estas defensas, formidables de por sí, eran objeto además de mejoras constantes por parte de la población de Leningrado.

Pese a todo —se ha dicho que las citadas líneas comprendían mil kilómetros de muros de tierra, 650 de zanjas anticarros, 300 de talas de madera, 5.000 casamatas y 500 kilómetros de alambre de espino—, Leeb decidió intentar un asalto directo. No ignoraba, sin duda, que su decisión contrariaba los deseos de Hitler, quien, si bien no había promulgado una decisión final sobre el futuro de Leningrado, sí había hablado de obligar a sus tres millones de habitantes a huir campo a través hacia las líneas rusas, o de dejarles que murieran de hambre dentro de la ciudad. De cualquier forma, su deseo de evitar una lucha en las ca-



Abajo: **Rusos apostados en las posiciones de la línea defensiva de Leningrado.** Arriba: **Una columna de anticuados carros rusos se dirige a las posiciones defensivas en las afueras de Leningrado.** Izquierda: **Una columna rusa pasa por delante del edificio del Ministerio de Marina.**

Arriba: **Cañón antiaéreo pesado en el centro de Leningrado.** Izquierda: **Tropas rusas bajo el fuego enemigo en los pantanos del Neva.**

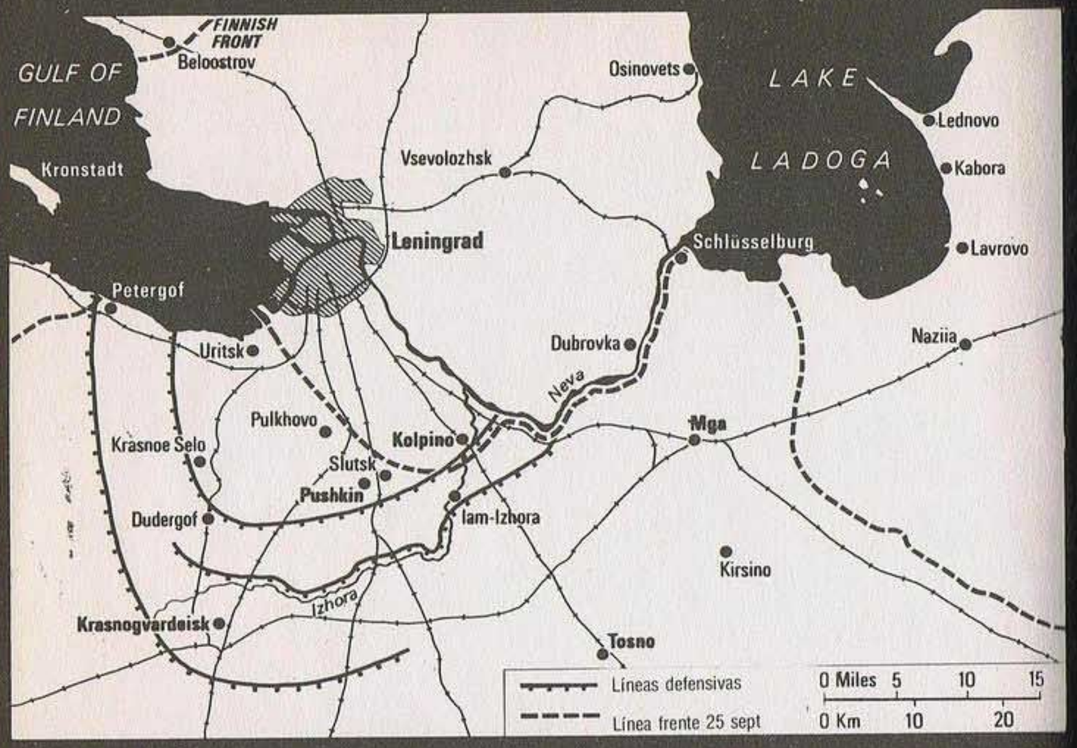
lles era bien sabido entre los mandos. El
8 de septiembre, el Grupo de Ejército Norte, privado de la mayor parte de sus carros de combate (quedaba el XXXIX Cuerpo, pero el Panzergruppe 4 había empezado su marcha para unirse con Bock), inició el avance hacia las líneas rusas. El primer día consiguió su éxito más importante, la captura de Schlusselburg, en el lago Ladoga, dejando a Leningrado incomunicada por tierra con el resto de Rusia; sólo se podía llegar a la ciudad por agua, a través del Ladoga. Desde este momento, el avance progresó con mayor lentitud. El 11 de septiembre los alemanes se apoderaron de las alturas de Dudernof, desde donde se ofrecía a sus ojos una vista general de las «torres y cúpulas doradas» de la ciudad, a sólo doce kilómetros de distancia. Pero la lucha era tan dura (el comandante de una división panzer fue herido y reemplazado tres veces al 10 de septiembre) que Hitler accedió a que las divisiones panzer designadas para ayudar a Bock continuaran un poco más con Leeb. El 17, sin embargo, insistió en que partieran hacia el Este, y desde entonces el ataque alemán perdió su ímpetu. Este giro de los acontecimientos, se debe a las dudas de Hitler como a la resistencia rusa. Habían luchado con tenacidad extraordinaria, con indiscutible capacidad y con lo que parecía una despreocupación total por las pérdidas humanas o de material. ¿Cómo habían conseguido una defensa tan bien organizada?

En parte se debía a la cuidada organización política de la ciudad: 200.000 de sus habitantes pertenecían al Partido y 300.000 a la Liga de la Juventud Comunista, con lo que una de cada seis personas estaba iniciada en los métodos del Partido para el control de la administración. Muchas otras habían pertenecido a la *Osoaviakhim* y algunas, claro está, a ambas organizaciones. Había, por tanto, un gran núcleo de ciudadanos entrenados y dispuestos a realizar trabajos

Arriba: **Construcción de barricadas en el corazón de Leningrado.** Izquierda: **Dos mujeres esperan a ser evacuadas por la «carretera de hielo».**

de emergencia. Asimismo, era alta la proporción de trabajadores de la industria, muy organizados a disposición del Partido.

Una de las primeras medidas para controlar este considerable potencial humano, en parte entrenado y en parte desentrenado, se tomó el 27 de junio, cuando el Soviet de la ciudad dictó una disposición movilizando a toda la población masculina de dieciséis a cincuenta años, para trabajos de defensa. El número de personas así reclutadas era, lógicamente, excesivo para resultar útil, y en la práctica, el Soviet no llamó a la población en masa. De todas formas, tan pronto como se hizo evidente la amenaza contra Leningrado a principios de julio, se reclutó a muchos de los ciudadanos más jóvenes y preparados para dedicarlos a la construcción de un perímetro fortificado constituido por tres líneas que rodeaban la ciudad. Dos de estas líneas, en posición más avanzada, ya se habían excavado; a ellas se añadió la tercera y principal durante el período de crisis. A partir de agosto se construyó un complejo sistema de barricadas, obstáculos, casamatas y focos de resistencia en los distritos adyacentes a la ciudad. «No se pudo evitar que los reclutados sufrieran grandes penalidades durante las obras de fortificación. La población estaba en general poco acostumbrada a tales quehaceres. No era extraño que trabajara de doce a quince horas sin descanso, durmiera en establos o cobertizos y sufriera además el fuego enemigo. Otras veces era rebasada por un súbito avance enemigo, y en algunas ocasiones, nada más acabado un trabajo, tenía que emprender una rápida marcha de diez o veinte kilómetros a otro lugar de construcción. Disponía tan sólo de herramientas de mano muy simples; y no era extraño ver a las mujeres manejar con las manos los pesados obstáculos de cemento armado que se construían contra los carros de combate. Muchos carecían de ropa y de calzado adecuados para el trabajo. Las mu-



Defensas de Leningrado.

chachas y mujeres acudían con vestidos y zapatos de verano». A pesar de estas fatigas e incomodidades, los grupos de trabajo ponían en él todo su empeño, con resultados muy dignos de tener en cuenta, pues las fortificaciones, aunque demostrarían no ser del todo impenetrables, confinaron la penetración alemana a un frente demasiado estrecho, que no permitió asaltar la ciudad con éxito.

Pero Leningrado disponía exclusivamente de sus recursos tanto para la defensa activa como para la pasiva y, debido a las grandes pérdidas sufridas por las divisiones regulares que operaban en su exterior, hubo que formar unidades de ciudadanos, que intervinieron decisivamente en el retraso y detención del avance alemán. Había gran número de estas unidades. Un primer grupo, el de los llamados Batallones de Destrucción, con la misión de hacer prisioneros a los paracaidistas enemigos, estaba organizado desde el 24 de junio y el 24 del mes siguiente contaba con 17.000 hombres. Para entonces, sin embargo, la ciudad estaba en camino de crear una fuerza mucho más considerable, un Ejército Popular de 200.000 combatientes organizado en quince divisiones. El plan demostró ser demasiado ambicioso, ya que alistar a tantas personas significaba reducir la producción de las muchas y muy importantes fábricas de Leningrado a un nivel poco efectivo: pero, en todo caso, entre el 5 y el 15 de julio permitió reunir tres divisiones —la 1.ª, 2.ª y 3.ª *Opolchenie* que, aunque poco instruidas, mal equipadas y mandadas por jefes designados al azar (en su mayor parte oficiales de la reserva), fueron enviados de inmediato al campo de batalla, creándose una cuarta división el 19 de julio.

Poco después, Voroshilov, comandante del Frente Norte, decidió que las futuras divisiones *Opolchenie* se denominaran «de la Guardia», expresión que había caído en desgracia desde la Revolución. Cuatro se crearon entre el 24 de julio y el 13 de agosto, siendo todas enviadas al frente, cada vez más próximo a la ciudad. Stalin adoptaría más tarde la idea de Voroshilov, dándole un mejor uso: se confirió el título de «de la Guardia» a las unidades que habían sobresalido en el curso de la acción, y la obtención del mismo llegaría a ser un honor muy codiciado.

Pero a pesar de todos estos esfuerzos, Leningrado no pudo impedir la acometida alemana, ni evitar su aislamiento del resto de Rusia. A mediados de septiembre hubo un momento en que parecía que los defensores de la ciudad estaban a punto de ser vencidos por el acoso alemán. Krasnoe-Selo, el Versallés ruso, cayó el 10 de septiembre, y el 14 los carros de combate que encabezaban el XLI Cuerpo Panzer se infiltraron en la última línea del perímetro de fortificaciones en las alturas de Pulkhovo, prontos a descender hasta el corazón de la ciudad en cualquier momento.

No se les permitió hacerlo; Hitler, después de larga indecisión, había llegado a la conclusión de que no era aconsejable asaltar Leningrado. Su extensión, la consistencia de sus edificios (siendo una ciudad de estilo occidental, construida a escala monumental, sus edificios públicos y muchos privados eran más sólidos que en otras ciudades rusas) y sus muchos canales constituían un obstáculo militar de primera magnitud, pues amenazaban con tragarse a gran número de tropas a cambio de una ventaja material de escasa entidad.

Entre el 6 y el 14 de septiembre, Leeb, al mando del Grupo de Ejército Norte, intentó un golpe de mano cuyo éxito inicial impulsó a Hitler a suspender temporamente la Directriz 35, que determinaba la transferencia de todo el material blindado al Grupo de Ejército Centro. Sin embargo, el fracaso de la operación, evidente desde el 14 de septiembre, le hizo ratificarse en su anterior decisión de no intentar el asalto. Juzgó que había suficiente con mantener el asedio. Los edificios podrían ser destrui-

Víctimas del bombardeo alemán en la avenida Nevski.

dos más tarde desde el aire y mediante el bombardeo de artillería, y a aquellos de sus habitantes que escaparan con vida se les dejaría morir de inanición.

Durante el invierno de 1941-42, casi un millón de personas fallecieron de hambre, de frío o de las enfermedades causadas por estos padecimientos. Se abrió una carretera de hielo en el Ladoga, pero resultó imposible el abastecimiento de la ciudad con unas provisiones que ni siquiera alcanzaban para procurar el mínimo vital a los combatientes de primera línea. Quienes desempeñaban trabajos de menos importancia recibían, por tanto, menos y a los que no podían trabajar, en especial a los viejos, obligados a permanecer en sus frías casas, se les concedía una cantidad simbólica. Más, a pesar de estas terribles experiencias, la población de Leningrado nunca se volvió atrás en la decisión que había tomado desde un principio: defender su ciudad a toda costa. Esta resolución, que forzó a los alemanes, primero a empeñar y después a sostener importantes fuerzas en el frente septentrional durante mucho más tiempo del que un sobrio juicio militar hubiera considerado prudente, fue decisiva para frustrar el último deseo de Hitler para 1941; la captura de Moscú.

Derrota a las puertas de Moscú

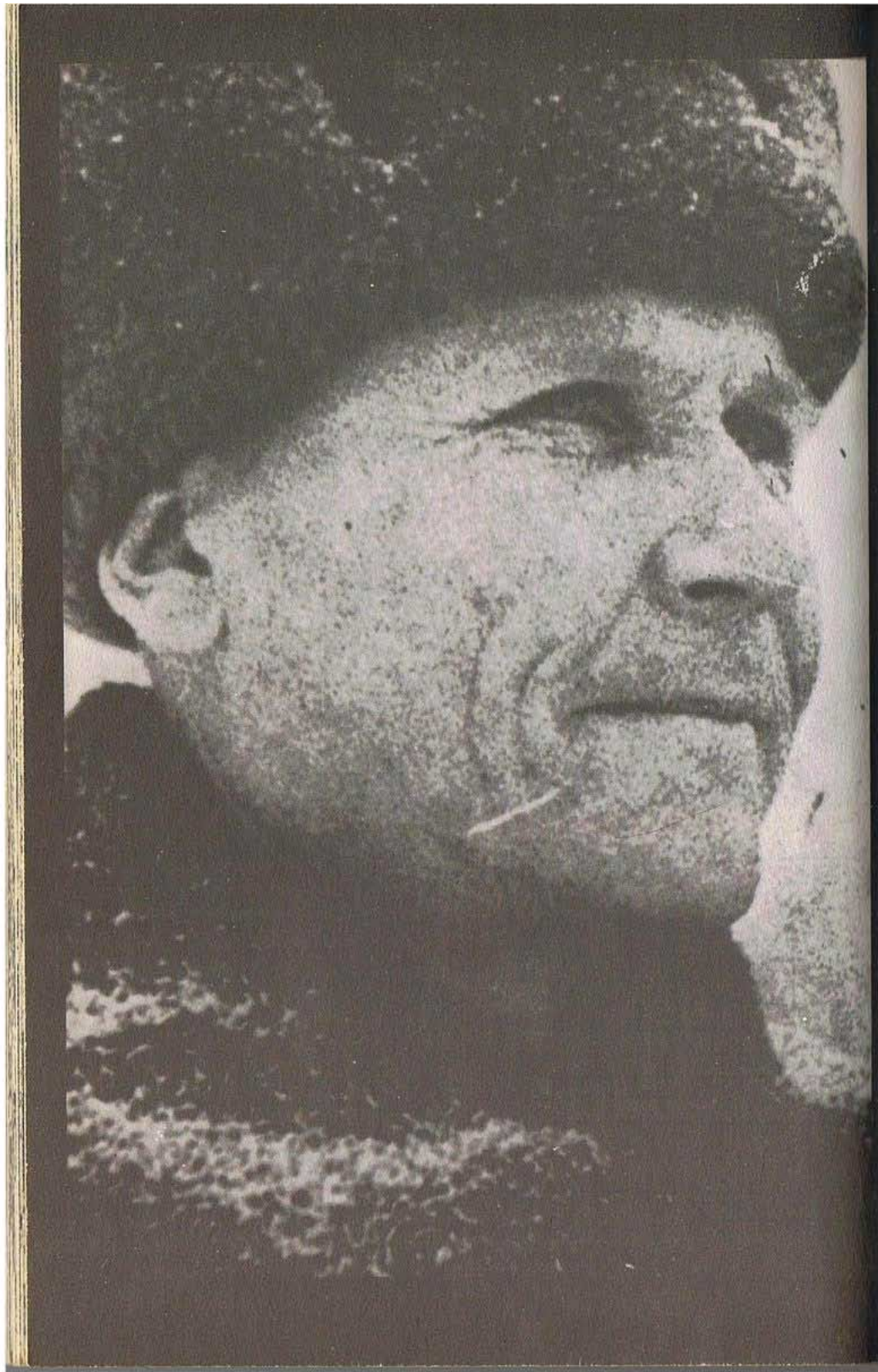
Antes de la caída de Kiev (el 15 de septiembre) y de que se completara el cerco de Leningrado (el 8 de septiembre), Hitler se había dejado convencer finalmente por los argumentos (y por los propios impulsos) que le urgían a disponer que el Ejército alemán, o el *Ostherr* que formaba su mayor parte, abandonara las campañas de las alas Norte y Sur, que cada vez parecían más periféricas, y concentrara sus reservas, sus provisiones y sobre todo sus fuerzas acorazadas para un empuje final contra Moscú. Esos argumentos e impulsos le decían así: Moscú seguía siendo el foco de las comunicaciones militares rusas, la sede del gobierno, el símbolo de su resistencia. Al ser atacada la capital, los rusos se verían obligados, por motivos políticos, estratégicos y sentimentales, a concentrar en su defensa lo mejor de las fuerzas que aún les quedaban y que, según calculaba el servicio de información militar, no eran muchas a pesar de la capacidad rusa para sacar divisiones prácticamente de la nada. La batalla que se entablaría destruiría (al menos, esto creían y esperaban los alemanes) la fuerza combativa del Ejército Rojo y terminaría la guerra en el Frente Oriental de un solo golpe.

La Directriz 35 del Führer, que transmitía las noticias de este cambio de opinión a los comandantes, no especificaba en forma tan precisa las razones de la operación. Simplemente, indicaba que se organizaría un ataque contra el Grupo de Ejército de Timoshenko (Frente Occidental ruso), que empezaría lo antes posible, seguramente a finales de septiembre. Para contar con la potencia y poder de penetración necesarios, los dos Grupos de Ejército Norte y Sur traspasarían importantes contingentes al control de Bock. Estos «importantes contingentes» eran el Panzergrupe 4 de Hoeppner, separado del primero, y el Panzergruppe 2 de Guderian, del segundo. Bock dispondría, por tanto, de tres Panzergruppen; esos dos y el 3 de Hoth, que también había ayudado a Leeb en su avance sobre Leningrado; contaría además con tres ejércitos a pie, el Noveno, Cuarto y Segundo.

Su objetivo inmediato sería envolver el «Grupo de Ejército de Timoskenko» mediante un doble movimiento cuyas

Contraataque ruso en la batalla de Moscú, diciembre de 1941. Las burdas tácticas empleadas no se abandonaron hasta después de Stalingrado.

tenazas se encontrarían al Este de Viasma, lo que llevaría a los carros de combate de vanguardia a unos doscientos kilómetros de Moscú, por la ruta principal de acceso a la capital desde el Oeste. El Panzergruppe 2 de Guderian —o para ser más precisos, su segundo Ejército Panzer, como se llamaba ahora— intentaría un movimiento envolvente similar al «Sudeste de Roslavl» (esto es, alrededor de Bryansk), avanzando velozmente desde el Noreste para unirse con la infantería del Segundo Ejército, que llegaría desde el Este. Estos objetivos o disposiciones recibieron su forma final en la orden de operaciones del Grupo de Ejército (llamada en clave «Tifón»), que Bock dio a conocer el 19 de septiembre. Lo único que quedaba por hacer era reunir los efectivos necesarios para la operación; pero la tarea de reforzar y la aún más importante de abastecer habían tropezado ya con implacables dificultades. Los ferrocarriles, aunque continuaban operando en las líneas principales de zonas tan avanzadas como Smolensko y Roslavl, muy cerca del frente, lo hacían con un rendimiento inferior al de los tiempos de paz. Sólo se habían adaptado al ancho de vía occidental dieciséis mil kilómetros del tendido, cantidad muy pequeña para un área de la extensión de Rusia occidental. Los ferrocarriles eran vitales para la preparación de una ofensiva, ya que ni Rusia poseía la red de carreteras adecuada, ni Alemania los camiones precisos para transportar los abastecimientos por carretera, en las cantidades y con la velocidad necesarias para cumplir el calendario que Hitler había establecido para la batalla. Además, muchos de los camiones estaban en esta fase de la campaña próxima a su abandono, como material de desecho, al igual que gran parte de los vehí-



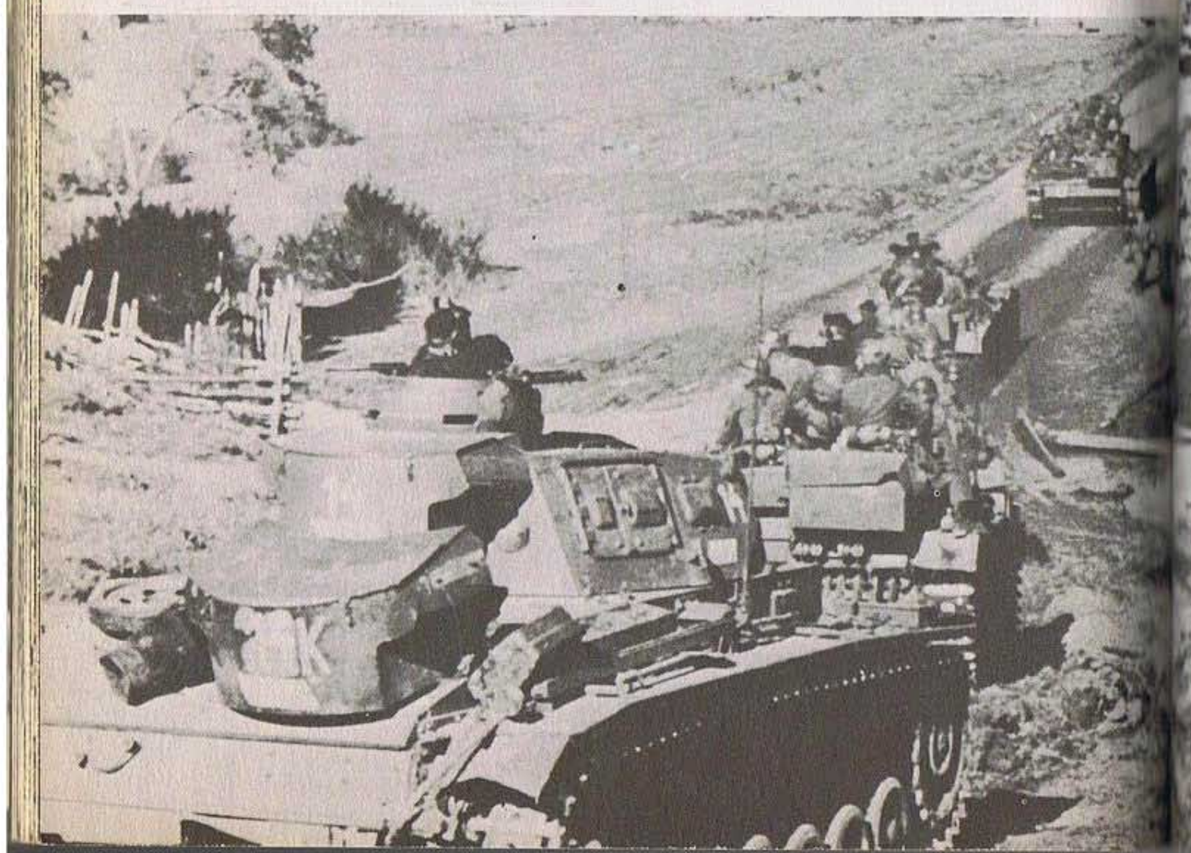
culos blindados; las enormes distancias que habían tenido que cubrir en marchas y contramarchas aisladas se habían cobrado un alto peaje. Se requerían grandes cantidades de piezas de repuesto, ya que muchas divisiones panzer tenían disminuidos sus efectivos a menos de una cuarta parte de lo debido. A pesar de todos estos inconvenientes, se logró allegar los refuerzos y abastecimientos suficientes para que Bock pudiera iniciar la ofensiva más o menos a tiempo, el 2 de octubre. Los rusos, faltos del apoyo de un buen reconocimiento aéreo, fueron tomados por sorpresa y cedieron terreno de inmediato, pues sus contingentes no eran tan numerosos como sugería su orden de combate. Se repartían en tres Grupos de Ejército: el Occidental, cuyo mando había pasado de Timoshenko a Koniev cuando Hitler dictó la Directirz 35; el de Bryansk, a las órdenes de Yeremenko; y el Frente de Reserva, que bajo el mando de Zhukov sólo concedió refuerzos en pequeñas cantidades. En total, los rusos defendían el frente de ataque de Bock con quince Ejércitos; su fuerza combinada, sin embargo, no alcanzaba el medio millón de hombres, muchos de ellos reservistas o reclutas recién llegados de la aldea. A pesar de su disposición en profundidad —Zhukov tenía cuatro ejércitos en la Línea Viasma, así llamada durante toda la contienda— la defensa rusa no era muy efectiva; de hecho, diversos aspectos que se revelarían una vez entablada la lucha parecían indicar que más ayudaba que resistía al brillante ataque alemán.

Lanzado el ataque el 2 de octubre, las tropas alemanas rebasaron pronto las líneas enemigas. El 7 de octubre, según testimonio ruso ulterior, las principales fuerzas de sus frentes Occidental y de Reserva habían sido rodeadas: los ejércitos Decimonoveno, Vigésimocuarto, Trigésimo y Trigésimosegundo habían quedado atrapados entre Viasma y Smolensko por las veloces alas de la concentración principal de Bock. Acerca de la situación el 7 de octubre, Zhukov escribiría más tarde: «Todas las carreteras a Moscú estaban prácticamente abiertas». Hay que admitir la magnitud de la impotencia rusa ante el decidido y bien planeado ataque alemán; sus soldados, atrapados, aunque habían luchado y continuaban haciéndolo desde el interior de la bolsa con gran valor, carecían de habilidad para montar un rápido y coordinado contraataque, que es lo único que puede desconcertar a un enemigo tan experto y hacerle retirarse; a eso hay que añadir que estaban muy faltos de armas pesadas y vehículos blindados.

Guderian, a su vez, había conseguido cercar la ciudad de Bryansk, en la mitad septentrional del frente del Grupo de Ejército Centro. Una columna de su Panzergruppe 2 que se dirigía al Norte para atacar Orel enlazó el 9 de octubre con la infantería a pie del Segundo Ejército, y en acción conjunta las dos unidades rodearon y finalmente subyugaron a otros dos ejércitos rusos, el Tercero y el Décimotercero. En total, como resultado de estas dos batallas, Viasma y Bryansk, los alemanes informaron haber conseguido 657.000 prisioneros, 1.241 carros de combate y 5.396 piezas de artillería. Los rusos, agregaron, habían demostrado poco espíritu combativo y se habían rendido con facilidad: basándose en este informe, Hitler sobrevaloró las perspectivas de su avance sobre Moscú.

Si hubiera considerado la batalla con una mente más abierta, habría hallado pruebas muy diferentes de la calidad combativa rusa. Guderian, que visitó la 4.ª División Panzer el 8 de octubre, dos días después del primer encuentro de sus tropas con los T-34, hizo las siguientes puntualizaciones: «... el nuevo mane-

Koniev, uno de los vencedores de la batalla de Moscú.



jo táctico de los carros rusos abría perspectivas muy alarmantes. Las armas defensivas de que disponíamos entonces sólo tenían éxito contra los T-34 en condiciones excepcionalmente favorables. El cañón de 75 mm, de tubo corto, de un Panzer IV sólo era efectivo si el T-34 atacaba por detrás; e incluso entonces se tenía que hacer blanco en el emparrillado del motor para dejarlo fuera de combate. Se necesitaba una gran habilidad para maniobrar a una posición desde la que tal tiro fuera posible. Los rusos nos atacaban frontalmente con la infantería, mientras enviaban sus carros de combate en formaciones masivas contra nuestros flancos. Estaban aprendiendo». Más ominoso aún fue la caída, el 6 de octubre, de las primeras nieves del ya cercano invierno, que, fundiéndose con rapidez, dejaron las carreteras enfangadas. Era difícil saber en esa fase de la campaña y época del año qué hubiera sido preferible: si un prolongado otoño lluvioso, que tanto difucultaba el movimiento, o una helada temprana, precursora de las ventiscas de nieve, que endureciera rápidamente la tierra y permitiera un avance relámpago hasta el objetivo final. De cualquier modo, ninguna de estas dos opciones estaba en manos de Hitler.

En el lado ruso, tan prometedoras señales estaban nubladas por los efectos de la renovada corriente de desastres, que llevó a la creación —por decreto más que en función de una realidad— de una nueva y «definitiva» línea defensiva, la línea Mozhaisk, sesenta y cinco kilómetros al Oeste de Moscú, y al nombramiento de otro nuevo comandante del Frente Occidental, esta vez un hombre con un genuino dominio de la gue-

Arriba: **Soldados de una posición de infantería toman contacto con la retaguardia rusa durante la penetración en Viasma.** Abajo: **Escuadrón de PzKw III avanzando desde Viasma.**

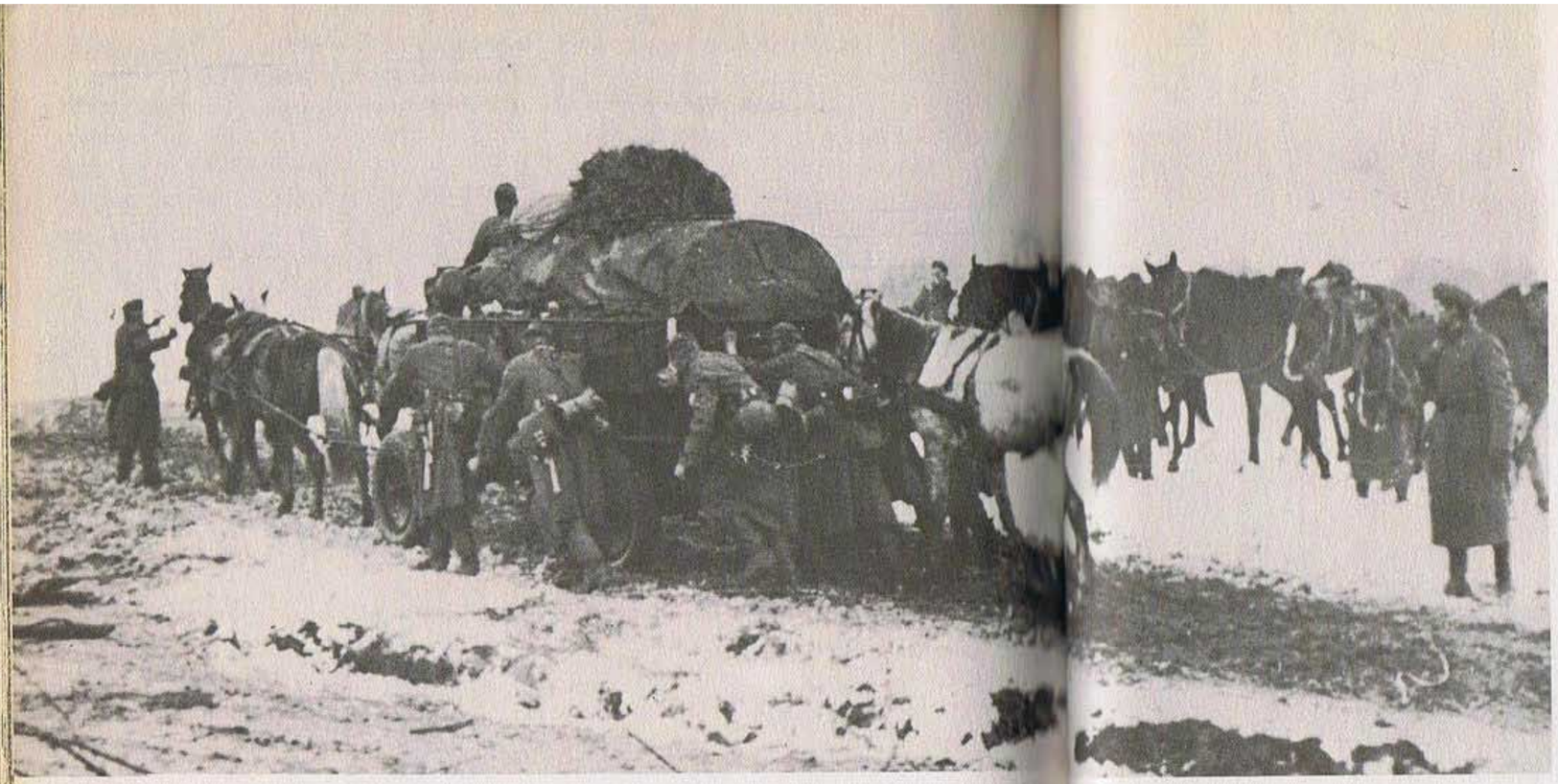
rra, que hasta el momento sólo se había revelado en parte: Zhukov.

Zhukov, soldado de caballería de la Guerra Civil rusa y especialista en el ataque con blindados en la campaña de la frontera de Manchuria durante la guerra ruso - japonesa, fue convocado para dirigir lo que sólo podía ser una estrategia de retirada o, como se llamaría teóricamente, una «defensa de cesión». Difícil de organizar en sí con tropas frescas y bien equipadas —Guderian consideraba esta estrategia como una receta infalibe para provocar la confusión— resultaba más complicada aún cuando sólo se disponía de los despojos que habían quedado de Smolensko, Viasma y Briansk. Zhukov, sin embargo, podía sacar algún provecho del curso del ataque alemán en aquellos momentos, que era menos firme precisamente en el centro, en la carretera principal de Minsk a Moscú, donde la continua resistencia de los seis ejércitos cercados en la bolsa de Viasma impedía un avance rápido del Panzergruppe 4, o Noveno Ejército. En los flancos, el eje que conducía a Kalinin en el Norte, por el que avanzaba el Panzergruppe 3, y Tula en el Sur, objetivo de Guderian, contaba con una buena organización, aunque no fueran muy numerosas las tropas de apoyo rusas. Quedaba la esperanza de que la llegada del invierno —las ventiscas de nieve se esperaban para dentro de seis semanas— y los refuerzos que los alemanes se encontraran en su trayecto retrasaran lo bastante las dos tenazas gemelas que amenazaban con envolver Moscú.

Esta esperanza se desvaneció al instante cuando, el 14 de octubre, el Panzergruppe 3 de Hoth rompió la cortina defensiva rusa en el eje Norte, rebasó la ciudad de Kalinin y llegó al mar de Moscú, lago artificial situado a cien kilómetros de la ciudad. Las noticias, desastrosas para el Alto Mando ruso, no se pudieron ocultar a los habitantes de la capital, y provocaron, el 16 de octubre y los días siguientes, el pánico y un éxodo que sólo se pudo abortar tomando despiadadas medidas de seguridad. Gran número de moscovitas —quizá medio millón— estaban dedicados a la construcción de las defensas occidentales y, aunque hubieran querido, no habrían podido retirarse. Fue entre los que permanecían en su hogar donde se quebró la moral.

Luego, aunque la situación empeoraría aún más, la moral civil mejoró mucho. Varios factores influyeron en ello, principalmente el notable discurso de Stalin a las tropas pronunciado en la Plaza Roja en el aniversario de la Revolución de Octubre, que invocaba, con un estilo que ningún teórico marxista ha-

Prisioneros rusos capturados en las afueras de Moscú, noviembre de 1941.



La primera nevada. Las divisiones de infantería están equipadas aún con vehículos hipomóviles. Abajo: **Los alemanes avanzan por Kalinin, capturada el 14 de octubre.**

bría aprobado, a todos los héroes nacionales rusos —ya fuesen anteriores, posteriores o incluso enemigos de la Revolución—, en un calculado y triunfante intento de convencer a sus oyentes de que estaban empeñados en una guerra patriótica, en la que todos los rusos debían luchar por Rusia, y no sólo en una guerra en la que los miembros del Partido luchaban para salvar al comunismo.

Pero los discursos no detienen a los carros de combate, y aunque los panzer estaban debilitados, las puntas de lanza alemandas continuaban avanzando en dirección a Moscú por los flancos Norte y Sur, hacia Klin e Ystra, hacia Tula y Stalinnogorsk. Sin embargo, se movían con desesperante lentitud para el ritmo normal de un panzer, pues no era únicamente la resistencia rusa, muy debilitada, la que disputaba su avance en cada trecho del camino, sino también las carreteras, que continuaban enfangadas, y el campo, permanentemente encharcado. Hasta primeros de noviembre no empezaron las agudas heladas del invierno a endurecer la tierra en medida suficiente para que el Alto Mando alemán pensara organizar seriamente un ataque definitivo contra las torres y cúpulas del Kremlin, ahora a sólo sesenta y cinco kilómetros de distancia.

Tenía que contar, no obstante, con una grave disminución de la capacidad combativa de sus hombres, ya que, si bien las divisiones a pie disponían aún del sesenta y cinco por ciento de sus efectivos, las divisiones panzer y motorizadas tenían reducidos sus infantes a menos de la mitad y eran ellos los que intervenían decisivamente en el avance de los blindados, cuyo número había disminuido también a un sesenta y cinco por ciento del inicial. Con estas cifras en la mente, el Alto Mando del Ejército se reunió en Orsha, cuartel general del

Arriba: **Construcción de zanjas anticarro en la Línea Stalin.** Abajo: **Una barricada de acero se levanta para defender Moscú. El fuego se emplea para deshelar el suelo.**

Grupo de Ejército Centro, el 13 de noviembre. Estaban presentes Halder y varios jefes de estado mayor de cuerpos y ejércitos. Tal conferencia, habida entre adjuntos más que entre comandantes, estaba muy en consonancia con el sistema militar alemán, en el que los jefes de estado mayor disfrutaban de una notable independencia. La cuestión que les planteó Halder era muy simple: ¿Se debía continuar la ofensiva, o la inminente llegada «del general invierno» hacía más aconsejable atrincherarse durante esta estación? Sodenstern, jefe del Estado Mayor de Rundstedt en el Grupo de Ejército Sur, fue el primero en responder: abogaba por una detención inmediata, al menos en Ucrania, donde la vanguardia alemana había profundizado más que en otros lugares y se arriesgaba a quedar incomunicada si no se le permitía consolidar sus ganancias. Griffenberg, con análogo cargo en el Grupo de Ejército Norte de Leeb, habló en favor de una resolución que se había hecho estática: detenerse. Sólo el jefe del Estado Mayor de Bock abogó por continuar la ofensiva contra Moscú, que describió como una necesidad militar y psicológica. «Debemos tener en cuenta que nos arriesgamos a no conseguirlo —añadió—, pero sería mucho peor quedar tendidos en la nieve, a la intemperie, en un terreno abierto y a cincuenta kilómetros de un objetivo tan tentador». Halder coincidió con él, pero Hitler ya había decidido que tendría lugar la fase final de la ofensiva, por lo que la conferencia de Orsha fue más un recuento de cabezas que una sesión ejecutiva. En cualquier caso, la división de opiniones que revelaba era del mismo interés para el Alto Mando que lo es para los estudiosos de la campaña.

La última etapa del avance contra Moscú empezó el 16 de noviembre. En-

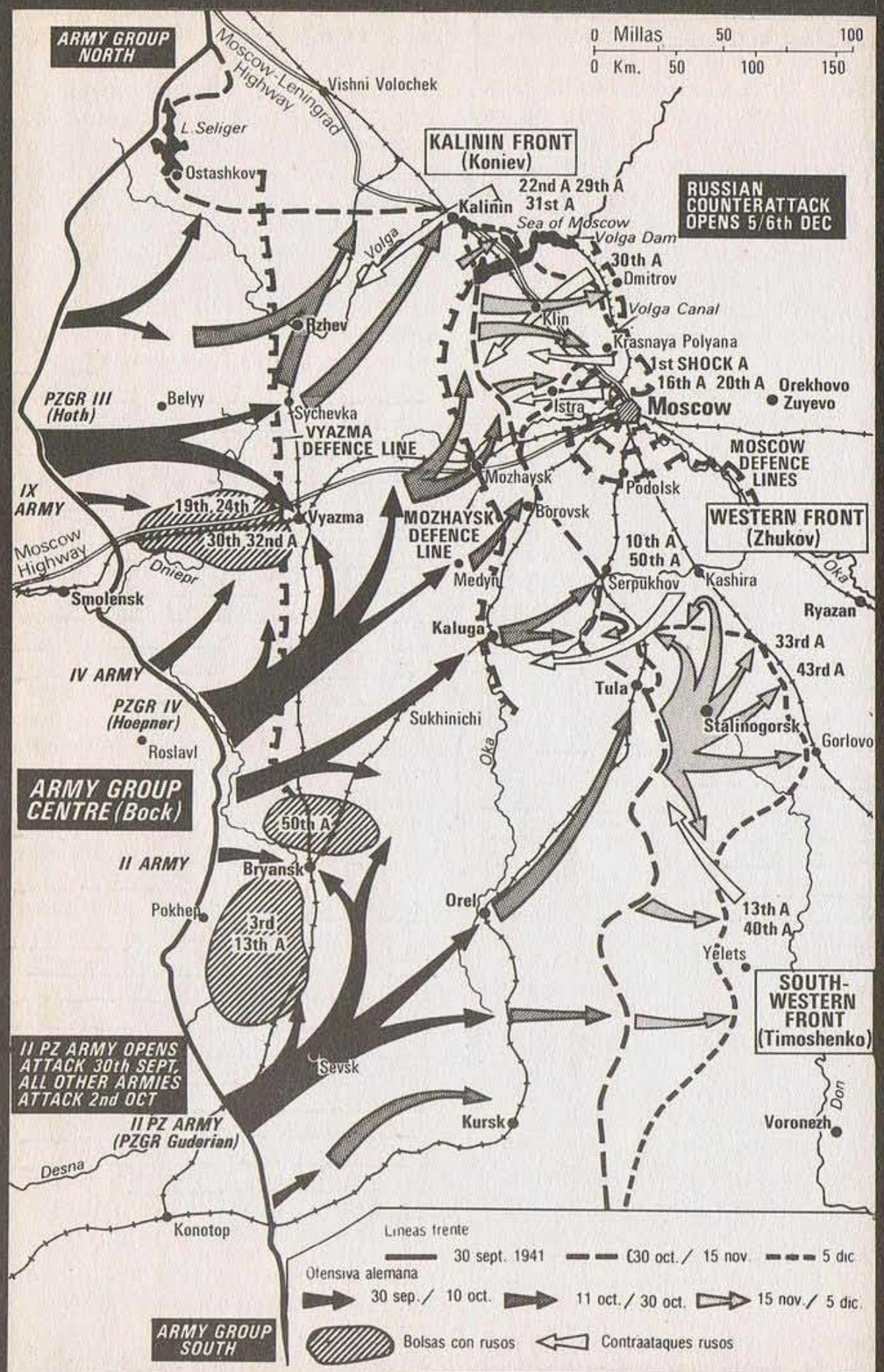
tre tanto, Bock había cambiado la posición del Panzergruppe 4, bastante retrasado en su eje con respecto al Panzergruppe 3 (ahora a las órdenes de Reinhardt), dejando debilitado al Cuarto Ejército de Kluge, con un nuevo frente más extenso que el anterior, y aislado al Panzergruppe 2 de Guderian. La dirección general que seguía el avance alemán era Norte-Este, y su objeto tan obvio para los rusos como para el oficial alemán de estado mayor mejor informado: envolver Moscú con un doble movimiento.

A pesar de la llegada del interior de algunos refuerzos de hombres y material, y de eliminarse a la mayor parte de los comandantes incompetentes, los rusos no pudieron detener al principio el avance alemán en ningún frente amplio. Por segunda vez Guderian intentó capturar Tula, pero su guarnición no le permitió pasar de las afueras, amenazándole con ocasionarle pérdidas que no estaba dispuesto a aceptar, así que, simplemente, desvió a sus columnas de la ciudad y decidió aproximarse más directamente a Moscú. En el flanco septentrional, donde los rusos combatían por consolidar una línea defensiva a lo largo del canal del Volga y el mar de Moscú, el Noveno Ejército irrumpió en esa dirección mientras el Panzergruppe 3 enlazaba con él, al Sur de Dimitrov, el 27 de noviembre. El día 28, la 7.ª División Panzer estableció una cabeza de puente en la margen opuesta, pero los desesperados ataques rusos anularon cualquier perspectiva de intentar romper el frente desde allí.

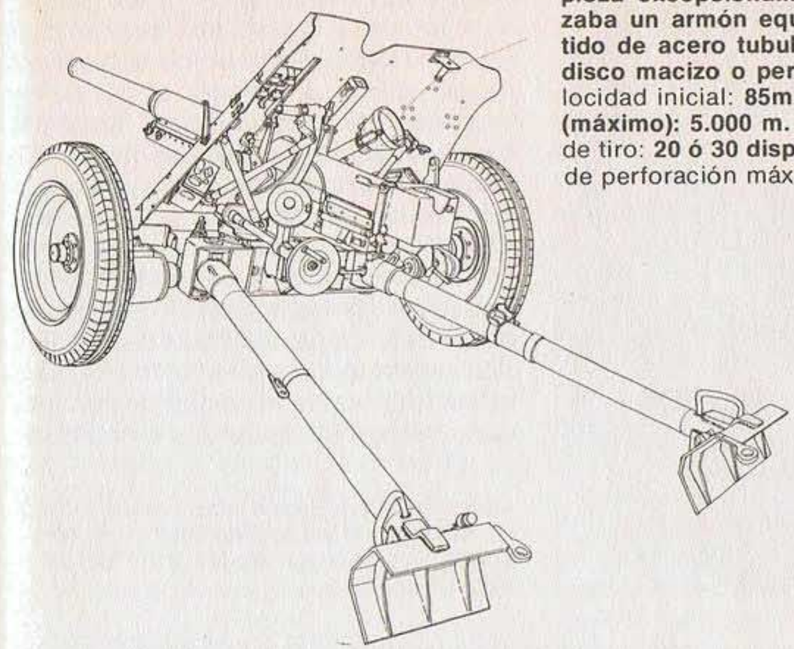
El esfuerzo alemán estaba ahora en período de crísis. En Krasnaya Polyana, el Panzergruppe 3 estaba a sólo treinta kilómetros de Moscú; el Cuarto Ejército, con sus posiciones avanzadas en Burtsevo, a cuarenta kilómetros; Guderian, a ciento diez por el Sur. La leyenda dice que en los días siguientes los alemanes se acercaron lo bastante como para poder contemplar las torres del Kremlin, resplandecientes en un estallido de sol vespertino, y que algunas patrullas llegaron incluso a los barrios extremos de la capital. Si lo hicieron, fue éste el último hálito de la energía de un ejército agonizante. El invierno ruso, desconocido e inimaginable para un occidental, atacaba con crudeza y las pérdidas que ocasionaba, unidas a las que infligía un Ejército Rojo todavía enérgico y resistente y ahora muy reforzado, detuvieron un ataque alemán tras otro. El Panzergruppe 2 no avanzó mucho más después de llegar a Kashira el 25 de noviembre, en un último esfuerzo por penetrar en Moscú desde el Este y tomar la ciudad por la retaguardia. Dos días después, Guderian ordenó la retirada. A partir del 29 de noviembre, no hubo virtualmente más movimientos de avance por parte del Noveno Ejército ni del Panzergruppe 3. Bock, que escribió a Halder el 1 de diciembre, explicó así la situación de su Grupo de Ejército: «Después de nuevas y sangrientas batallas, la ofensiva permitirá una pequeña ganancia de terreno y destruirá parte de las fuerzas enemigas, pero no es muy probable que produzca un gran éxito estratégico. La idea de que el enemigo con que se enfrenta nuestro ejército estaba a punto de derrumbarse era, como demuestra la lucha de los últimos días, un castillo en el aire. Quedarse a las puertas de Moscú, donde el sistema ferroviario y de carreteras enlaza con la casi totalidad de la Rusia oriental, significa para nosotros luchar a la defensiva contra un enemigo muy superior en número. Proseguir, por tanto, la acción ofensiva no parece tener sentido ni objeto, especialmente ahora que se aproxima la estación en que la capacidad física de las tropas quedará casi del todo exhausta».

La llegada del invierno devolvió la libertad de movimientos al material blindado alemán.

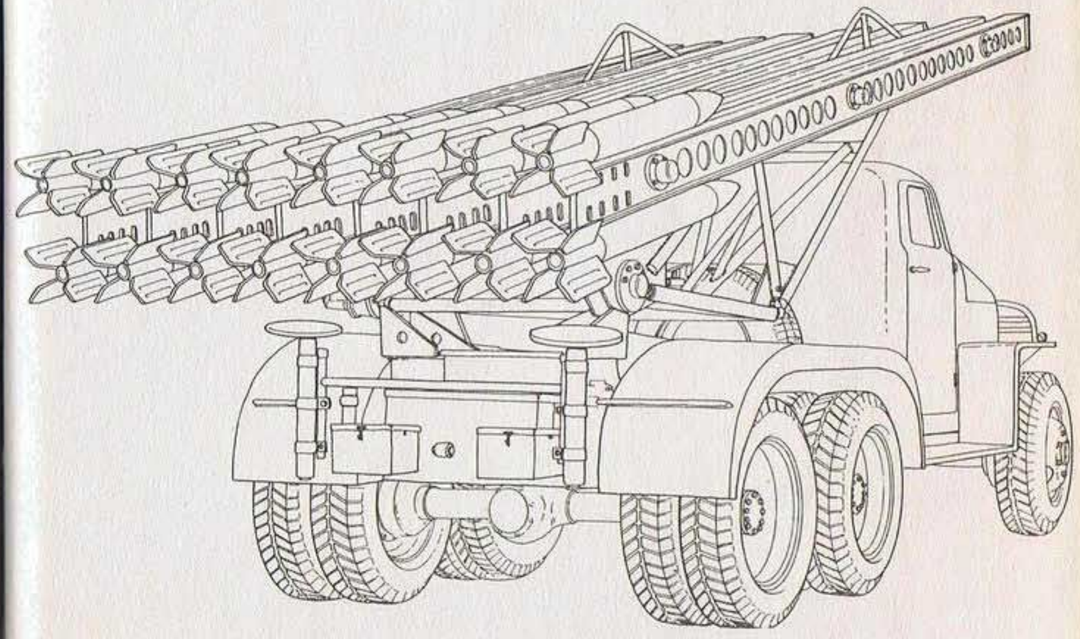
Ese momento, en realidad, ya había llegado. El soldado alemán era casi incapaz de dar un paso, y más aún de combatir. Carente de ropas de abrigo, disponía tan sólo de su capote, que poca



l avance final alemán contra Moscú y el comienzo de la contraofensiva rusa, del 3(eptiembre al 5 de diciembre de 1941.



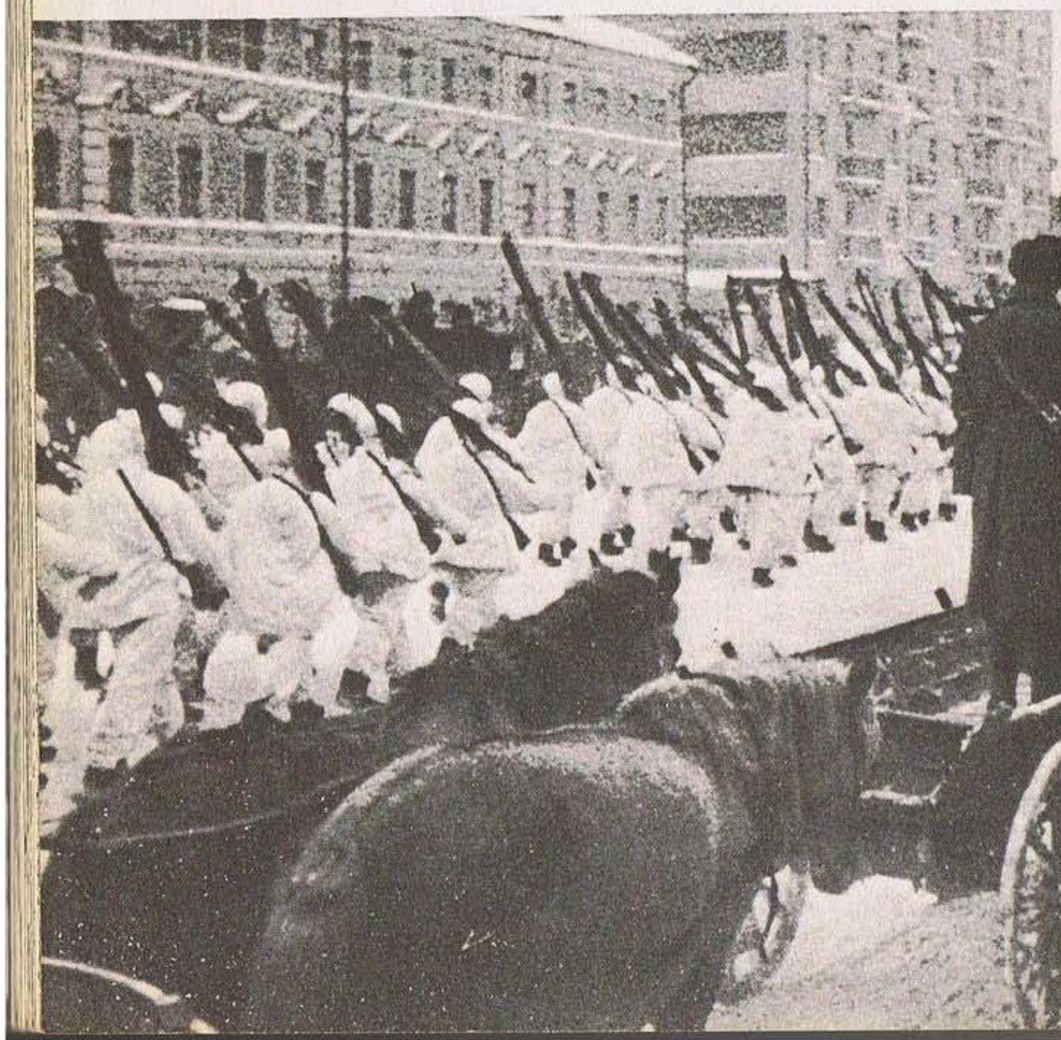
Cañón anticarro M1937 de 45mm. Era una pieza excepcionalmente ligera, que utilizaba un armón equipado con mástil partido de acero tubular. Llevaba ruedas de disco macizo o perforado, o radiales. Velocidad inicial: **85m. por segundo.** Alcance **(máximo): 5.000 m.** Peso: **500kg.** Cadencia de tiro: **20 ó 30 disparos por minuto.** Poder de perforación máxima: **6cm a 550m.**

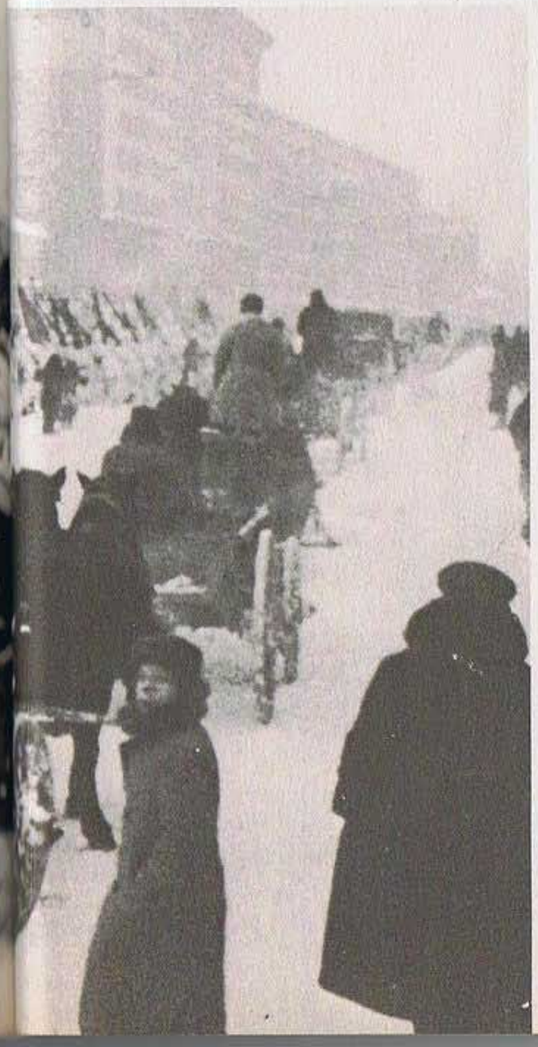


Lanzacohetes M-13 soviético de 132mm. Disparaba simultáneamente dieciséis cohetes de aletas de chapa estampada. La rampa de lanzamiento, constituida por una serie de carriles, estaba montada sobre un camión. 8 cohetes descansaban sobre los carriles de guía y 8 debajo. La ignición se efectuaba eléctricamente desde la cabina del conductor. Alcance: **9.000m.**

protección ofrecía contra los penetrantes vientos de la estepa, y se veía obligado a calzar las apretadas botas militares, cuyo herraje es garantía casi segura de congelación de los pies. Había en los hospitales de campaña más bajas por congelación que por heridas de guerra, y mientras Hitler siguiera negándose a proveer al ejército de otras ropas por miedo a que se tomara como indicio de que se avecinaba una campaña de invierno, con la consiguiente baja de la moral de la tropa, los casos de congelación seguirían aumentando. Por supuesto, las tropas habían empezado a improvisar: vestían los uniformes de faena de algodón sobre los de servicio y rellenaban el espacio que quedaba entre ambos con papeles. Pero la improvisación no salvaría el *Ostheer* del inverno.

Abajo: **Batallón alpino marchando al frente. Moscú, diciembre de 1941.** Izquierda: **Sorge, maestro de espías y héroe de la Unión Soviética.**





El invierno, por otra parte, hacía mucho por ayudar al Ejército Rojo. Los meses invernales eran tradicionalmente su arma más destructiva contra el invasor, y la nieve y las nubes representaban además una valiosa pantalla protectora tras la que se podían concentrar refuerzos; hasta entonces, este factor no había sido de mucha utilidad, ya que no había refuerzos, pero de repente los hubo y en grandes cantidades. Zhukov los estaba concentrando para un contraataque, que salvaría a Moscú. La historia de cómo los logró es muy interesante.

Rusia había mantenido, incluso en tiempo de los zares, un gran ejército en Siberia para proteger sus fronteras con China, Manchuria, Mongolia y Corea. Este mismo ejército, que más tarde reforzaría el ferrocarril Transiberiano, fue el que luchó contra los japoneses en 1904-05. Luego, el gobierno soviético lo conservó y reforzó, dotándole incluso, a las órdenes del mariscal Blucher, de cierta semiautonomía, así como de un alto nivel de eficacia. En estas condiciones luchó dos veces contra los japoneses, con quienes el gobierno soviético estaba en constante desacuerdo sobre la exacta demarcación de la frontera entre el protectorado ruso de Mongolia y la China de ocupación nipona, y en la segunda de ellas lo hizo con gran éxito en la importante batalla de Khalkhin Gol.

Aunque se mantuvieron las relaciones diplomáticas con los japoneses, los rusos los consideraron en adelante como agresores potenciales y conservaron el ejército del Lejano Oriente en condiciones excelentes, tanto en cuanto al material como a la preparación. Su poder fluctuaba entre las treinta y las cuarenta divisiones, con un poderoso complemento de carros de combate y aviación, que se mantuvo durante los desastres del verano y principios del otoño de 1941.

Sin embargo, a partir de julio el Kremlin empezó a recibir informes de que el Japón se aprestaba a lanzar una ofensiva tan importante y con objetivos tan alejados del territorio ruso que decidió transferir a estos efectivos desde Siberia al Oeste. Tales informes provenían de un notabilísimo personaje, Richard Sorge, ahora héroe póstumo de la Unión Soviética y entonces un aparente patriota y entusiasta nazi que trabajaba en Tokio como periodista.

Sorge era en realidad alemán, pero sus ideas políticas eran comunistas, y había sido durante años un agente profesional al servicio de los soviéticos. Estaba bien protegido, y se había introducido en la embajada alemana gracias a su amistad con el embajador, y en el gabinete japonés por conducto de un colaborador. De este modo se enteró del in-

minente ataque japonés a Pearl Harbour, y es posible que Moscú tuviera conocimiento de él ya el 3 de octubre. Más importante aún es que se creía en sus informes, ya que la credibilidad es la cualidad más difícil de lograr por un agente secreto. En definitiva, desde octubre, al principio poco a poco y después en masa, se trasladaron de Siberia importantes contingentes para defender Moscú. Eran tropas excelentes, bien entrenadas y equipadas y sobre todo con prendas de abrigo que las hacían inmunes al más frío de los inviernos.

Con estos refuerzos, que quizá sumaran hasta dieciocho divisiones, con 1.700 carros de combate y 1.500 aviones, Zhukov pudo formar tres nuevos ejércitos, el Primero de Asalto, el Décimo y el Vigésimo. Koniev, al mando del nuevo Frente de Kalinin, formado por el Vigésimosegundo, el Vigésimonoveno y el Trigésimoprimer ejércitos, mantenía con éxito sus posiciones alrededor del mar de Moscú y del canal del Volga. Zhukov tenía la intención de lanzar las fuerzas de refresco hacia el Oeste, partiendo del Norte y Sur de Moscú, y de pagar a los alemanes con la misma moneda las bajas que sus hombres habían sufrido en las batallas de cerco del verano.

El plan, concertado entre el Estado Mayor de campaña y el Estado Mayor central, y aprobado por Stalin, preveía un ataque por tres Frentes: el de Kalinin (al mando de Koniev), el Occidental (Zhukov) y el Sudoccidental (Timoshenko). Al segundo de ellos se confiaba el mayor esfuerzo. En el ala septentrional, sus ejércitos Primero de Asalto y Vigésimo, ambos de refresco, encabezarían el ataque, al que contribuirían también el Trigésimo y Décimosexto lanzándose contra las posiciohnnes de los Panzergruppen e intentando unirse al Trigésimoprimero y Vigésimonoveno de Koniev en el Frente de Kalinin. En el centro, su Frente actuaría con el carácter ofensivo suficiente para mantener en sus puestos a las tropas alemanas, y en el ala meridional, el Décimoquinto y Décimo ejércitos, conjuntamente con el Frente Sudoccidental de Timoshenko, atacaría al Panzergruppe de Guderian.

El ataque se lanzó el 6 de diciembre, dos días después de que Kluge, al mando del Cuarto Ejército, decidiera detener la ofensiva, y uno después que Guderian adoptara la misma decisión. El ritmo inicial del avance no era rápido, pero fue aumentando poco a poco. En el Norte, el avance más profundo, durante el primer día, fue el del Trigésimo Ejército de Lelyushenko, que cortó la carretera Moscú - Leningrado, amenazando la unión del Panzergruppe 3 con el

Los zapadores de asalto rusos se abren paso a través de las alambradas bajo el fuego enemigo. Moscú, diciembre de 1941.

Cuarto Ejército. El 9 de diciembre llegó a Klin y como contaba con el Primer Ejército de Asalto pareció considerar la posibilidad de iniciar una maniobra envolvente. Los ejércitos Décimosexto y Vigésimo, al mando de Rokossovsky y Vlasov respectivamente (el primero destinado a convertirse en mariscal y héroe de la Unión Soviética y el segundo, a conducir un ejército de emigrados contra su patria y morir ultrajado como traidor), igualaban su avance. El 13 de diciembre estas columnas reconquistaban Istra.

Al mismo tiempo, las formaciones rusas que se enfrentaban con Guderian se abrían caminos más prometedores en las posiciones alemanas. El Décimotercero y Cuadragésimo ejércitos, encuadrados en el Frente Sudoccidental de Timoshenko, habían penetrado en la cara Sur del saliente abierto por el Panzergruppe 3 en noviembre, y el 9 de diciembre amenazaban su línea principal de abastecimiento: el ferrocarril Orel-Tula. Mientras tanto, el Décimoquinto y el Décimo atacaban la cara Norte del saliente, ensanchando el hueco abierto entre el flanco izquierdo de Guderian y el derecho de Kluge. La implacable presión rusa determinó el desplazamiento gradual del Cuarto Ejército de Kluge hacia el Oeste, que aumentó a partir del 18 de diciembre, cuando el Trigésimotercero y el Cuadragésimotercero se unieron a la ofensiva.

Las noticias que llegaban de los otros Frentes rusos eran igualmente alentadoras. En el lejano Sur, el Grupo de Ejército de Rundstedt (demasiado desplegado) había tenido que abandonar Rostov del Don el 28 de noviembre, tomada el 23, ante la presión de los rusos, que a continuación le persiguieron por el Oeste hasta el río Mins, donde Rundstedt pudo al fin restablecer una línea y atrincherarse durante el invierno. En el Norte, el Frente de Kalinin de Koniev, después de una lucha sin cuartel contra el Noveno Ejército alemán, consiguió recobrar la ciudad de donde tomaba su nombre y empezó a avanzar hacia Rzhev por el Sur, siguiendo la línea del alto Volga.

El día de Navidad de 1941, los ejércitos rusos habían recuperado casi todo el territorio conquistado por los alemanes en la fase final de su ofensiva contra Moscú. La operación, por tanto, se podía considerar fracasada, y Moscú estaba salvada. El mismo Hitler no tuvo más remedio que considerarlo así. El 8 de diciembre había publicado la Directriz 39, que decretaba la adopción de una postura defensiva en el Frente Oriental, como consecuencia de la llegada del invierno y de «las consiguientes dificultades de abastecimiento».

El 17 de diciembre, su máquina propagandística anunció que el frente tendría que cortarse en algunos puntos, admitiendo con ello que los ejércitos alemanes habían empezado la retirada y que así continuarían. Pero Hitler no estaba dispuesto a autorizar tal cosa como medio de absorber el ímpetu del avance ruso. En realidad, aunque muchos de sus generales le pidieron permiso para retirarse a posiciones desde las que proteger y abastecer a sus tropas, se opuso, insistiendo en que, si el Alto Mando consentía una retirada general, se repetirían inevitablemente los desastres de 1812, cuando el ejército napoleónico fue destruido por las ventiscas de nieve y los cosacos.

Como no confiaba en que sus generales obedecieran esta orden, decidió dar fuerza a su resolución destituyendo a unos cuantos. El caso más importante fue el de Brauchitsch, el comandante en jefe, cargo que asumió él mismo completando así la sujeción del ejército a su control personal, iniciada en 1934. Las otras destituciones fueron una especie de castigo para quienes le habían fallado en el campo de batalla: Leeb y Bock, ambos relevados de sus puestos; Guderian, el más insubordinado aunque imprescindible de todos los comandantes de panzers; Hoeppner, degradado; y Rundstedt, a quien trasladó a un tranquilo puesto de mando en el Oeste. Además, relevó de su cargo a treinta y cinco comandantes de cuerpo o división. No había habido una purga militar tan radical (dejando aparte Rusia, claro está) desde que Joffre despidió a la mitad de sus comandantes en 1914.

Una columna de PzKw II abandona Rostov en diciembre de 1941, tras la breve ocupación alemana.

El paralelismo establecido entre la campaña de Francia de 1914 y la rusa de 1941 puede llevarse aún más lejos, ya que los desastres iniciales que sobrevinieron a los defensores eran en muchos aspectos similares (aunque muy diferentes en otros). Los ejércitos ruso y francés había sustentado una doctrina táctica defectuosa. Ambos carecían del apoyo que hubiera prestado a sus defensas la fortificación de las fronteras (los rusos, porque ocupaban territorio extranjero; los franceses porque despreciaban las posiciones fijas, por muy fuertes que éstas fueran). Ambos desplegaron a sus ejércitos de tal manera que, al privarlos de grandes reservas, hizo la tarea del enemigo mucho más fácil de lo que debería haber sido.

Las razones de la recuperación también son similares. Ambos hicieron extenderse al enemigo en demasía, manteniendo su cohesión durante una larga retirada. Los dos sostuvieron la moral de sus soldados de manera sorprendente. Ambos usaron sus principales ciudades como bastiones desde las que lanzar un contraataque decisivo en el momento crucial. Después de señalar estas similitudes, tampoco debemos sentirnos tentados de llevarlas demasiado lejos. Por agonizante que fuese la prueba que pasó el Ejército francés durante la batalla de las fronteras y la retirada del Marne en 1914, la magnitud de sus sufrimientos y su inesperada recuperación no pueden medirse en la misma escala que las del Ejército ruso. Cerca de cuatro millones de prisioneros y dos millones de heridos o muertos era el aterrador balance de los rusos cuando empezó la batalla de Moscú. El hecho de que los restos del Ejército Rojo conservaran su poder y su fe para frenar y finalmente repeler el avance alemán es signo de su enorme resistencia.

Sin embargo, la batalla de Moscú no sería ni siquiera el principio del camino hasta la victoria. Los rusos sufrirían aún otro año de desastres y retiradas antes de poder poner pie firme en el Oeste y reconquistar la tierra de su patria.

Bibliografía

The Soviet Army por Sir Basil Liddell Hart (Weidenfeld and Nicolson, Londres).
Rusia at war por Alexander Wert (Barrie and Rockliff, Londres. Dutton Nueva York).
Panzer Leader por el general Heinz Guderian (Michael Joseph, Londres. Ballantine Books, Nueva York).
Juggernaut por Malcolm Mackintosh (Secker and Warburg, Londres. Macmillan Nueva York).
Barbarossa por Alan Clark (Hutchinson, Londres. New American Library, Nueva York).
The Nemesis of Power por Sir John Wheeler-Bennett (Macmillan, Londres. Viking Press, Nueva York).
Marshal Zhukov's Greatest Battles por Georgi K Zhukov (Macdonald, Londres. Harper and Row, Nueva York).
Hitler's War Directives por H R Trevor-Roper (Sidgwick and Jackson, Londres).

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La batalla de Inglaterra, por Edward Bishop.
Kursk, por Geoffrey Jukes.
Golfo de Leyte, por Donald Macintyre.
Stalingrado, por Geoffrey Jukes.
Midway, por A. J. Barker.
Día-D, por R. W. Thompson.
Tarawa, por Henry I. Shaw.
La Defensa de Moscú, por Geoffry Jukes.
La Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Charles Whiting.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford.
Gestapo SS, por Roger Manvell.
Comando, por Peter Young.
Luftwaffe, por Alfred Price.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
Lanchas Rápidas, por Bryan Cooper.
La Flota de Alta Mar de Hitler ,por Richard Humble.
Paracaidistas en acción, por Charles Macdonald.
T-34, Blindado ruso, por Douglas Orgill.
Armas Secretas Aliadas, por Brian Ford.
Me-109, un caza incomparable, por Martin Gaidin.
La Legión Cóndor, por Peter Elstob.
El Caza Cohete, por William Green.
Warffen SS, los soldados del asfalto, por John Keegan.
División Panzer, "el puño acorazado", por Kenneth Macksey.

PERSONAJES Morado

Patton, por Charles Whiting.
Otto Skorzeny, por Charles Whiting.
Hitler, por Alan Wykes.
Tito, por Phyllis Auty.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por Kenneth Macksey.
Bombardeo de Europa, por Noble Frankland.
Incursiones Fuerzas de Choque del Desierto, por Arthur Swinson.
Barbarroja, Invasión de Rusia, por John Keegan.
Operación Torch, Invasión anglo-americana del Norte de Africa, por Vicent Jones.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manwell.

OTRAS OBRAS DE LA MISMA EDITORIAL

ENCICLOPEDIA EN COLOR

Cazas 1919-1939, por Kenneth Munson.

Bombardeos 1919-1939, por Kenneth Munson.

Cazas 1939-1945, por Kenneth Munson.

Bombardeos 1939-1945, por Kenneth Munson.

Cazas en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.

Bombardeos en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.

Uniformes militares de la guerra civil española, por Bueno J. M.

Uniformes militares de todo el mundo, por Kannik P.

Acorazados, por Martín López J.

FUERA DE COLECCION

Guerra en Irlanda, por Vicente Talón.

Los rusos en el Mediterráneo, por Vicente Talón.

La Aviación Legionaria. España 1936-39, por Vigna.

Buques de guerra española 1885-1971, por Aguilera y Elías.

El 5.º Regimiento de Milicias Populares, por Comin Colomer.

Subversión y Reversión en la España Actual, por Carlos I. Yuste.

SAN MARTIN

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

campañas libro nº 4

Nunca había sido emprendida una operación de la envergadura de Barbarroja, ni con tanto optimismo. «Sólo tenemos que dar un puntapié a la puerta de entrada», había proclamado Hitler, «y todo el podrido edificio ruso se vendrá abajo». A medida que las unidades acorazadas alemanas se desplegaban hacia el Este, los campos de prisioneros se abarrotaban y la sangre rusa empapaba el suelo patrio. La jactancia de Hitler al anunciar que la conquista habría concluido en Navidades no parecía infundada, pero el éxito planteaba tantos problemas como habría planteado el fracaso.